BIBLIOTECA DE ESTUDIOS SOCIALES (IDEAS Y HECHOS)

L. A. C.

CUATRO CARTAS

y

OPINIONES DE LA PRENSA

CUADERNO N.° 9

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS SOCIALES

(IDEAS Y HECHOS)

CUADERNO N.° 9

L. A. C.

CUATRO CARTAS

—oo—

OPINIONES

DE LA

PRENSA

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA SIGLO XX — SANTO DOMINGO 684
1957

45

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

Biblioteca de Arq. y Bellas
1 OCT 1957
Depósito Legal

INDICE

PÁGS.

Carta a don Hernán Diaz Arrieta 5

Carta a don Luis Correa Prieto 23

Carta a don Raúl Marin Balmaceda 31

Carta a doña Ginna Maggi 37

Opiniones de la Prensa 41

Unas pocas palabras 41

Una obra notable 43

El liberalismo y la Cuestión Social 47

El Socialismo de la Cátedra y la Cuestión Social 64

El Socialismo de Estado y la Cuestión Social 78

El Marxismo y la Cuestión Social 94

Majaderías Socialistas 124

Enciclopedia de Ciencia Social es la obra del señor Luis Arrieta Cañas 129

Señor don

Hernán Díaz Arrieta.

Mi querido Hernán: Muy buena es tu Crónica Literaria publicada en «El Mercurio» el 8 de enero próximo pasado y en la que das cuenta del último libro del señor Magnet. Profunda impresión me ocasionó la lectura de los párrafos de las cartas que intercambiaron los sacerdotes jesuítas señores Vives y Hurtado Cruchaga. ¡Es cosa para asombrarse conocer como estos santos varones pasan, sin advertirlo y, tal vez, sin quererlo, a constituirse en verdaderos agentes comunizantes. En la conversación telefónica que con este motivo sostuvimos tú y yo, prometí escribirte una carta en que expusiera más extensamente mis ideas sobre este delicado asunto. Me toca, ahora, cumplir con aquella promesa.

Comienzo por repetirte que encontré muy buena tu Crónica Literaria del día 8 de enero y que este concepto se afirma en mí mientras más la leo.

Tu artículo está saturado de sentido común; todo él es la más clara expresión de ese buen sentido que tú, en vez pasada, apodaste de muy aburrido. No, Hernán, este chiste tuyo es, para mí, una coquetería que tú empleas para burlarte en son de disculpa, de algo que usas con gran maestría. No creo que alguien se haya aburrido al leer tu crónica del 8 de enero, y si lo hay, ese alguien no cuenta para nada.

Es cosa imposible prescindir de ese sentido común. Aburrido o no, hay que recurrir a él forzosamente para enmendar errores y corregir atolondramientos. El mismo actual Papa, Pío XII, uno de los más bondadosos y prudentes Pontífices que han pasado por el Vaticano, tuvo que usar de su buen sentido común

cuando, aquejado de la incomprensible dolencia que le impedía ejercitar sus elevadas atribuciones de primera autoridad moral del mundo, sin dejar de implorar la misericordia divina, llamó a los doctores de la ciencia laica para que le quitaran el hipo. Evitó así el riesgo de que le pasara lo del Rey Asa, que, según se dice en los vers. 12 y 13 del Capítulo 16 del II Libro de Crónicas «enfermó de los pies para arriba y en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos» y, por eso, «durmió Asa con sus padres y murió». Pío XII mostró en su caso más sentido común: «A Dios rogando... y al médico llamando» (¿no es eso?), a pesar de que su actitud hiciera suponer que no tenía una incondicional confianza en las fuerzas espirituales y que la intromisión de la ciencia humana iba a contrariar los designios de Dios manifestados en forma incomprensible aunque se trate malamente de explicarlo por un secreto capricho divino inaccesible a nuestro pobre razonamiento.

Así, pues, no es cosa fácil porque no lo es natural, eludir los consejos del buen sentido ni las admoniciones del sentido común. El sentido común es «el conjunto de nociones generales que todos los hombres (o la gran mayoría de los hombres), tienen sobre la naturaleza de las cosas y sobre las acciones humanas», de acuerdo con el uso sencillo del raciocinio, es decir, de la sana razón. Aceptar los pronósticos de los agoreros es una actitud opuesta al buen sentido, como lo es creer que los hombres y las cosas sean o pasan obedeciendo a disposiciones contrarias a lo que son o a circunstancias opuestas a su naturaleza, cuya realidad nos ha sido impuesta por la experiencia y ha sido legitimada por la meditación serena y sencilla, desapasionada y sincera. No vale, por lo tanto, la pena decir que es aburrido o entretenido. Es así y así debe ser si se quiere hacer algo de provecho. Por consiguiente, es contranatural y peligroso buscar remedios y explicaciones obtenidos por los intringulis dialécticos o por los estramboticismos mentales que pueden ser muy divertidos, pero que no sirven para nada cuando no es para crear confusiones o causar desastres. En resumen, no es cosa humanamente procedente tratar los asuntos serios de más o

menos pequeña o gran trascendencia social como si fueran cosas divertidas. Y esto lo has probado tú, inteligente y sobradamente, en tu artículo crítico que nunca termino de alabar suficientemente.

Y a propósito de estos intringulis y estrambóticismos en que se cae cuando no se tratan seriamente los asuntos transcendentales o no se observan actitudes correspondientes, me viene a la memoria (no sé por qué, tal vez por asociación natural), la ridícula escena del Rey David cuando encabezando el convoy que traía el arca santa a la ciudad de David (Jerusalén), saltaba y bailaba, esto es, hacía piruetas tan divertidas y cómicas, que su mujer Michal, hija de Saúl, que lo aguaitaba desde una ventana se sintió avergonzada y «menosprecióle en su corazón», dice el Antiguo Testamento (2.° Samuel, Cap. 6.°, vers. 16 y 1.° Crónicas, Cap. 15, vers. 29). Esta Michal fue comprada a su padre Saúl por David, por un precio que, en consideración a tu pudor de solterón crónico e inconvertible, no te detallo, pero que puedes leerlo en 1.° Samuel, Cap. 18, vers. 27 y en 2.° Samuel, Cap. 3, vers. 14. En seguida fue quitada a David por Saúl y entregada a Palti, hijo de Lais (1.° Samuel, Cap. 25, vers. 44), para ser, en fin recuperada por David que alegó su calidad de esposo comprador.

No tomes, Hernán, estas referencias bíblicas como un afán mío de hacer ostentación de pedantería. Estas, y otras citaciones que haré más adelante están destinadas a mostrar que las alusiones que tú haces sobre las peligrosas manifestaciones mentales de algunos curitas modernistas y sus actitudes comunizantes pueden encontrar su fundamento en las incongruencias que abundan en la Santa Biblia, como lo veremos más adelante.

Pero lo de más importancia que he querido decirte en esta carta mía, es lo siguiente. Hay en tu artículo crítico algo, no solamente nuevo, sino de gran profundidad y de valiente entonación; quiero referirme al vicio (ya que todo exceso lo es) en que incurren los curitas socializantes al querer darles una exagerada o torcida aplicación a los sentimientos de caridad y de compasión. En vez de servir a la paz y a la armonía, fomentan

el odio y la lucha entre las clases sociales. Erradamente se imaginan que sirven a Cristo. Fue Chesterton quien dijo que hoy el mundo está lleno de ideas cristianas que se han vuelto locas. Pero no es así; no son las ideas cristianas sino algunos caritas los que se han vuelto locos. Sus actitudes pueden ser comparadas a la de Pío XII que acabo de describirte; escupen vociferaciones contra los ricos y no hacen otra cosa que andar tras de ellos pescando herencias, pidiéndoles plata para Seminarios, Iglesias, Hogares, Obras de Beneficencia, Novenas, Ceremonias del Culto, etc. Estas actividades, por cierto, están inspiradas en el propósito de producir beneficios a la sociedad, y por eso merecen una entusiasta aprobación; pero hay en muchas de ellas un lamentable empeño de propaganda no siempre ajeno al motivo de apoderarse de influencias políticas lo que perjudica al prestigio de los sentimientos cristianos con que se las reviste mañosamente. Tú tocas esta cuestión con mucha oportunidad y, así has colocado el dedo en la herida, has puesto en descubierto el punto más interesante del problema social del momento.

Con una notable falta de capacidad y de buen criterio y con un excesivo y desviado sentimiento de compasión no enteramente desprovisto, como acabo de observarlo, de mezquinos intereses materiales, los caritas populares exageran y desvían la índole del apostolado de San Francisco de Asís. San Francisco dignificó la pobreza inmerecida, pero no condenó la riqueza justificada. Predicó con el ejemplo al renunciar a las riquezas, pero no constituyó su enseñanza en negar su necesidad. La misma renuncia y destinación de ellas explicó su utilidad.

Esta circunstancia más que alejar a los caritas comunizantes de San Francisco los acerca a Karl Marx, el mefistofélico patrocinador de la doctrina del odio, soliviantador de los bajos instintos de las clases inferiores de la sociedad, entre los cuales predominan las pasiones. No es la bondad o el odio, no es la paz o la lucha de clases lo que diferencia a esas dos tendencias sociales; pero los une el objetivo que persiguen: la revolución en contra de la realidad, la persecución de una ilusión de imposibilidad y, seriamente meditado, de una inconveniencia

cial que nos traería el desbarajuste de la organización económica fundada en el ahorro y la propiedad. Conviene sin embargo observar que los marxistas no atacan la riqueza; la roban. Lo que atacan es la posesión personal del capital y reemplazan esta ordenación por el monopolio del Estado, por el capitalismo del Estado. Los curitas comunizantes condenan la riqueza exagerando la influencia corruptora de la codicia para poseerla y acopiarla y atacan a los ricos generalizando la avidez de algunos casos existentes. Y atacan también a los ricos por lo del ojo de la aguja y el camello. En verdad lo que Jesús dijo al rico que le pedía consejos fue: «Si quieres *ser perfecto*, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás *tesoro* en el cielo, y ven, sígueme» (Mateo, Cap. 19, vers. 21; Marcos, Cap. 10, vers. 21). Jesús no ataca, pues, la producción de la riqueza sino que nos aconsejó una (según su criterio) *mejor deptinación*. Y, así, los pobres quedan algo más ricos o, por lo menos, no tan pobres, mientras los ricos quedan enteramente empobrecidos. No es, evidentemente, una solución completa del problema, pero en todo caso, es mejor que la de los bolcheviques en que se empobrece a los ricos sin enriquecer a los pobres. En la operación evangélica se recomienda una transacción mediante la cual se entregan bienes terrenales y transitorios, recibiendo en cambio la esperanza de obtener un tesoro muy grande celestial y permanente en una supuesta y deseada vida futura. El fenómeno, al fin de cuentas es una negociación efectuada sobre el más hábil ejercicio del espíritu de lucro ya que se espera obtener en ella el ciento por uno de ganancia (San Marcos, Cap. 10, vers. 29 y 30; San Mateo, Cap. 19, vers. 29; San Lucas, Cap. 18, vers. 30). En una palabra: el lucro y el placer efímeros son compensados por un tesoro y una felicidad eternos y mayores. En el fondo es una pura utilización de los principios de la Economía Política clásica y una justificación del Hedonismo.

Los curitas comunizantes al condenar la riqueza como un peligro de carácter moral *santifican* la pobreza y condenan la producción de las riquezas y sobre todo su acumulación que es

el capital. Tú dices una gran verdad cuando preguntas: ¿qué será de los pobres y qué harán si no hubieran ricos? Lo que les pasaría lo está hoy mostrando Rusia en donde no hay sino un solo rico: las cortinas de hierro, los campos de concentraciones, la sujeción completa a la voluntad de los Poderes Públicos para poder subsistir, la limosna estatal, las *colas*, la pérdida de la independencia material, intelectual, artística y moral, la anulación de la personalidad, los tiritos en la nuca, la desaparición misteriosa de los individuos, los auto incriminaciones patológicas y enjuiciamiento teatrales y las purgas.

En resumen, los curitas comunizantes, pretenden eliminar la riqueza poseídos de un vicioso afán de *santificar* la pobreza (y ahí está su error), en tanto que los bolcheviques, comunistas integrales, no intentan anular la riqueza sino apoderarse de ella. En el fondo, manifiesta o encubiertamente, a ambos les incomoda la riqueza de los otros.

En términos generales, se puede decir que la lucha está entablada entre los conceptos de la producción y de la distribución de las riquezas y, considerado el problema desde este punto de vista, puede decirse que una cosa es entorpecer la acción de los capaces y maldecir a los que saben crear y conservar la riqueza nervio del bienestar material y del progreso industrial y otra y muy diversa, desear su mejor inversión, esto es, aconsejar una más generosa y humana destinación posible de ella. En todo caso conviene tener presente que no habrá nada que distribuir si de antemano no se produce.

Además, en tu artículo insinúas la idea de que hay una diferencia fundamental entre los antiguos sacerdotes y los de la época moderna. Tú y yo tuvimos un santo en nuestra familia que no se dedicó a pescar herencias ni a ofender a los ricos ni a blasfemar contra las riquezas, sino que se dió todo él y todo lo que él tenía para fundar la Casa de María y el Patrocinio de San José. En su corazón sólo había generosidad y bondad y no odio. Y todo esto sin sonajeras, modestamente, en silencio porque poseía algo de éso que en tu crónica tú llamas «el espíritu de los santos antiguos».

Esa diferencia fundamental que tú notas entre la acitud de los antiguos sacerdotes y la de los modernos curitas desorientados cuyas opiniones tú has debelado, ¿no podría, acaso, encontrar su explicación o disculpa, como ya te lo he insinuado, en las incoherentes y muy a menudo, inmorales narraciones históricas del Antiguo Testamento? Así, por ejemplo: ¿Es aceptable que el único hombre que los Angeles salvaron del incendio de Sodoma y Gomorra fuera Loth, sobrino de Abraham, un incestuoso que, en una de sus hijas tuvo a Moab, y en la otra a Ben - Ami, jefes de las tribus de los Moabitas y Ammonitas? (Génesis, Cap. 19, vers. 37 y 38). ¿Es admisible que el Pueblo Hebreo, el Pueblo Santo escogido por Jehová tuviera por origen a los doce hijos de Jacob tenidos en Lea y Raquel sus esposas y ambas hermanas y en las siervas Bilha y Silpa (Génesis, Cap. 30, vers. 1 y siguientes), que Abraham tuviera por mujer a Sara su hermanastra? (1) (Génesis, Cap. 20, vers. 12). ¿Puede ser un antecedente honorable para fijar el camino que hay que seguir para una mejor y más justa comprensión de la voluntad divina ver honrado por Jehová a un Rey adúltero, cuyas porquerías familiares nos son detalladas con especial prolijidad? El Rey David, en cuya extirpe debía venir al mundo el hijo de Dios, tomaba para sí a Bath - Sheba la hermosa mujer de Uria Hetheo, y enviaba a Uria a su general Joab con el siguiente encargo: «Poned a Uria delante de la fuerza de la batalla, y desamparadle, para que sea herido y muera», lo que en realidad pasó (2.º Samuel, Cap. 11, vers. 14, 15 y 17). Y,

---

(1) «Maldito el que se echare con su hermana hija de su padre o hija de su madre» (Deuteronomio, Cap. 27, vers. 22 y Levítico, Cap. 18 vers. 9).

«Cualquiera que tomare a su hermana, hija de su padre o hija de su madre... por tanto serán muertos a ojos de su pueblo... (Levítico, Cap. 20, vers. 17).

Para mayores esclarecimientos sobre la inmoralidad del matrimonio de Abraham, ver los comentarios de Straubinger, «El Antiguo Testamento»

así, David, el Rey *amado de Jehová* (1.° Reyes, Cap. 15, vers. 4) y dado como ejemplo a los Reyes de Judá e Israel, se quedó con Bath - Sheba (Betsabé), que fue la madre del muy sabio y libidinoso Rey Salomón que se dio el lujo de tener 700 mujeres reinas y 300 concubinas que «le torcieron su corazón» (1.° Reyes, Cap. 11, vers. 3). Mil mujeres, sin contar la Reina de Saba, que fue un *extra*, no solamente pudieron *torcerle* el corazón, sino *retorcérselo*. Un adúltero asesino y un mujeriego sensual, fueron, pues, los Reyes amados por Jehová.

Por otra parte es cosa que, indudablemente, se presta a tristes meditaciones que Jehová castigara a Adán y a toda su descendencia por que le desobedeció comiendo la fruta prohibida y perdonara a David y glorificara a su extirpe (1), porque le cantó el Salmo Miserere. Jehová le dijo a Adán... «De todo árbol del huerto comerás... Mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comerás de él...» (Génesis, Cap. 2, vers. 16 y 17). Y a su pueblo le dijo: «No cometerás adulterio... No codiciarás la mujer de tu prójimo», (Exodo, Cap. 20, vers. 14 y 17). «Y el hombre que adulterare con la mujer de otro, el que cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, indefectiblemente se hará morir al adúltero y a la adúltera» (Levítico Cap. 20, vers. 10). «Cuando se sorprendiera a alguno echado con mujer casada con marido, entrambos morirán, el hombre que se acostó con mujer y la mujer. Así quitarás el mal de Israel» (Deuteronomio, Cap. 22, vers. 22). ¿Por qué hacía el ojo gordo con David y castigaba a Adán? Ambos le desobedecieron y a Adán lo condenó a morir y a todos sus descendientes a expiar una falta que no habían cometido y a David lo dejó perdonado y honró a su extirpe. ¿Bastarían para destruir estas justas observaciones las amenazas y bravuconadas de Jehová, dichas en 2° Samuel, Cap. 12, vers. 9 y siguientes? A Jehová le bastó para perdonar a David y para honrar a su descendencia, que David

---

(1) Y, esto, a pesar del enredo que nos denuncia *San Mateo* en *los versículos 16 y siguientes del Capítulo 1 de su evangelio*.

le cantara un miserere y con hacer que su Bath - Sheba perdiera al niño que había concebido en adulterio. En cambio a Adán y a Eva los expulsó del Paraíso y condenó a todos sus descendientes que no tuvieron ninguna participación en el hecho, ni si quiera noticias de ello. ¡Gran misterio!

Así, como lo ves, pasaban las cosas en el pueblo elegido (1) y protegido por Jehová, quien, tal vez, las aprobaba o permitía, y, en todo caso, hacía el ojo gordo, esto es, se hacía el leso. ¡Entiéndalo Ud. si puede! Pero no importa; para explicar estos contrasentidos están los doctores de la Iglesia. En lo que Jehová se mostró inflexible fue en las infracciones al culto y, en tales casos, los castigos eran tremendos.

Por otra parte Jehová se equivocaba a cada rato como cualquier hijo de vecino y se lo pasaba arrepintiéndose por ello. Se arrepintió de haber creado («hecho»), al hombre (Génesis, Cap. 6, vers. 7) y sólo salvó del diluvio a Noé, que lo primero que hizo cuando se secó el agua, fue emborracharse. Durante toda su intervención mundana no hacía sino arrepentirse de lo que realizaba (Exodo, Cap. 32, vers. 14; Jeremías, Cap. 15, vers. 6; Cap. 18, vers. 10; Cap. 26, vers. 3 y 19, etc., etc.).

A las numerosas inconexiones, pues, y a lo mucho que hay de incoherente y de indisciplina moral en el Pueblo Santo, conviene agregar sus inauditos actos de crueldad, actos que fueron, no solamente justificados sino cohonestados y aconsejados por Jehová como puedes imponerte por algunos de los muchos versículos que, sobre estas crueldades, pueden ser leídos en el Antiguo Testamento, y que yo cito en seguida. Cuando Jehová

---

(1) «Porque tú eres *Pueblo Santo* a Jehová tu Dios: Jehová tu Dios te ha *escogido* para serlo un pueblo especial, mas que todos los pueblos que están sobre la haz de la tierra» (Deuteronomio, Cap. 7, vers. 6).

Así es que Jehová se equivocó de medio a medio porque no ha existido, creó, un pueblo más inmundo y salvaje que el de los Hebreos en toda la historia de los pueblos asiáticos. O ¿acaso es que Jehová no hizo nada para humanizar a su Pueblo Santo?

habló a Moisés (Exodo, Cap. 20 y siguientes), dijo entre muchas otras cosas: «He aquí yo envío al Angel delante de ti . . .» (Exodo, Cap. 23, vers. 20). «Guárdate delante de él y oye su voz . . . porque mi nombre está en él» (Exodo, Cap. 23, vers. 21). «Porque si en verdad oyeres su voz e hicieres todo lo que te dijere, seré enemigo a tus enemigos y afligiré a los que te afligieren . . .» «Porque mi Angel irá delante de ti y te introducirá al Amorrheo y al Hetheo, y al Pheresco, y al Cananeo, y al Heveo, y al Jebuseo, a los cuales *yo haré destruir*» (Exodo, Cap. 23, vers. 23). «Y díjome Jehová: no tengas temor de él (de Og rey de Bazán), porque en tu mano he entregado a él y a todo su pueblo y su tierra: y harás con él como hiciste con Jehón rey Amorrheo, que habitaba en Hesbon». «Y Jehová nuestro Dios entregó también en nuestra mano a Og rey de Bazán y a todo su pueblo al cual herimos hasta no quedar de él ninguno» (Deuteronomio, Cap. 3, vers. 2 y 3).

Moisés dice en los versículos 31 a 34 del Capítulo 2 del Deuteronomio: «Y díjome Jehová: He aquí yo he comenzado a dar delante de ti a Jehón y a su tierra: comienza a tomar posesión, para que heredes su tierra». «Y saliónos Jehón al encuentro, él y todo su pueblo, para pelear en Jaas . . .» «Más Jehová nuestro Dios lo entregó delante de nosotros; y herimos (por *herir* entiendase *matar*) a él y a sus hijos, y a todo su pueblo». «Y tomamos entonces todas sus ciudades, y destruimos todas las ciudades, hombres y mujeres, y niños, no *dejamos ninguno*». «Samuel dijo a Saúl: Jehová me envió a que te ungiese por Rey sobre su pueblo Israel; oye pues la voz de las palabras de Jehová . . . Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruíréis en él todo lo que tuviere: y no te apiades de él: mata hombres y mujeres, niños y mamantes» (1.° Samuel, Cap. 15, vers. 1 y 3). Sin embargo en el Exodo, Cap. 20, vers. 13, se dice «No matarás y esta orden es confirmada en San Mateo, Cap. 5, vers. 21; Cap. 19, vers. 18; y San Pablo Ep. a los Rom. Cap. 13, vers. 9). Por lo tanto, era Jehová quien ordenaba esos robos y esas matanzas.

La anterior citación merece especiales consideraciones

«Volvióse, pues, Samuel y siguió a Saúl y adoró a Jehova» (I Libro de Samuel, Cap. 15, vers. 31). Después dijo Samuel: «Traedme a Agag rey de Amalec» y «Agag acercóse a él con aire complacido, pues se decía Agag: Seguramente ha pasado ya la amargura de la muerte» (Id. vers. 32). Pero Samuel dijo: «Así como tu espada ha privado de hijos a tantas mujeres, que- de también tu madre sin hijos entre las mujeres». Ahora bien, «Samuel destrozó a Agag delante de Jehová en Galgula» (Id., vers. 33). Y ¿por qué estas crueldades en contra de un adversario vencido? En la lucha con los Amalecitas, los Israelitas, aconsejados por su Jehová, también dejaron sin sus hijos a las madres de Amalec. Además Agag fue atacado porque impidió el paso por sus tierras a los israelitas. Los amalecitas estaban al Oriente de Egipto, al Norte del Mar Rojo y naturalmente tenían derecho a vigilar y a permitir o a negar el tránsito por su territorio a muchedumbres más o menos bien o mal armadas; y, esto, porque tal vez conocían las brutalidades de las hordas salvajes, sensuales y sanguinarias que formaban el pueblo escogido por Jehová. Pero el Dios de los hebreos no entendía las cosas de esa manera. Así dice Jehová de los Ejércitos: «He visto lo que hizo Amalec contra Israel, como se le opuso en el camino cuando subía de Egipto» (Id., vers. 2). «Ve, pues, ahora y derrota a Amalec, extermínalo por completo sin tenerle compasión. Haras morir a hombres y mujeres, niños y mamantes, vacas y ovejas, camellos y asnos» (Id., vers. 3). Los mamantes, las ovejas, las vacas, los camellos y los asnos, ¿tambien se opusieron al tránsito de los de Israel? ¡No me diga! Todo esto no es sino acto de salvajismo. Allí no hay ni un ápice de sentimiento cristiano, o mejor dicho, de humanismo razonable. Jehová el eterno civilizador, la eterna sabiduría y bondad no servía, entonces, para nada sino era para aconsejar brutalidades y patrocinar las crueldades de su pueblo elegido, del Santo Pueblo de Israel, ¿Jesús vino, entonces, a enmendar la plana a su padre Jehová? (Ver a S. Mateo XVIII, 2, 3, 4, 5 y 6; San Marcos X, 13. 14, 15 y 16. Ed. Torres Amat). «... Dejad que vengan a mí los niños y no se lo estorbéis; porque de los

que se asemejan a ellos es el reino de Dios» (San Marcos X, 14. Ed. Torres Amat). Y en el versículo 15 aproda de *inocente*, al niño. Jehová ordena que se mate a esos *inocentes* niños que su hijo bendito Jesús toma en sus rodillas y acaricia y estrecha entre sus brazos (Id., vers. 16). No faltará un comentador bíblico (si no es que ya lo hubo o lo hay), que explique esta contradicción diciendo que Jehová por boca de Samuel ordenó la matanza de los inocentes niños y mamantes Amalecitas para tener el placer de recibirlos en su reino y gozaran allí de una eterna y beatífica felicidad.

Pero sigamos. En la Ley (el Antiguo Testamento) está la práctica del talión: «ojo por ojo... diente por diente... mano por mano... pie por pie... quemadura por quemadura... herida por herida... golpe por golpe» (Exodo XXI, 24, 25). Jesús siempre en su ardua tarea de enmendar la plana a su excelso padre Jehová aconsejaba: «Mas yo os digo: no resistáis al mal antes a cualquiera que os hiriera en la mejilla diestra vuélvele también la otra» (San Mateo, V, 39). «No os vengueis vosotros mismos, queridos mios; sino dad lugar a que se pase la cólera; pues está escrito: a mi toca la venganza, yo haré justicia dice el Señor» (San Pablo, Ep. a los Romanos XII, 19 Ed. Torres Amat). «Procurad que ninguno vuelva a otro mal por mal sino tratad de hacer siempre bien unos a otros y a todo el mundo» (San Pablo, 1.ª Ep. a los Tesalonicenses V, 15). «Finalmente sed todos de un mismo corazón, compasivo, amantes de todos los hermanos misericordiosos, modestos, humildes» «no volviendo mal por mal...» (San Pedro, 1.ª Epístola III, 8, 9). «Entonces Jesús le dijo (a Pedro), vuelve tu espada a la vaina; porque todos los que se sirvieren de la espada *por su propia autoridad* a espada morirán (S. Mateo XXVI, 52). Los comentadores podrán alegar por la redacción (Ed. Torres Amat) de este versículo que los israelitas atacaron a los de Amalec no por su *propia autoridad* sino autorizados por Jehová que habló por boca de Samuel; pero en la más auténtica traducción católica que es la hecha por Straubinger, la redacción de este versículo es la siguiente: «Vuelve la espada a su lugar

porque todos los que empuñan la espada perecerán a espada». En esta importante versión no existe la frase intercalada en la de Torres Amat la cual deja en manifiesto la incorrecta intención de la versión de este editor, autorizado por Roma.

Por fin, me parece que es manifiesta la contradicción entre los mensajes de Jehová en el Antiguo Testamento y el espíritu cristiano que se difunde por las enseñanzas del Nuevo Testamento. Sin embargo, en el mismo evangelio de San Mateo (V, 17), Jesús dice: «No penséis que yo he venido a destruir la doctrina de la Ley ni de los profetas; no he venido a destruirla, sino a darle cumplimiento». Y esto lo hará, agrega, en el versículo 18 «hasta una sola jota o ápice de ella». ¡ENTIÉNDALOS USTED!

Con lo dicho, lo espero, queda puesto en resalto la contradicción que existe en las intenciones y actitudes manifestadas y expuestas en el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, entre las ceremonias exteriores y aparatosas de un culto y el ejercicio fundamental de las facultades superiores del espíritu humano; en una palabra: entre el uso e interpretación sacristanezca de la religión y el sentido cristiano de la vida, entre la formación e independencia individual y responsable de una elevada conciencia y la intromisión abusiva y detallada de una organización sacerdotal atenida más a superficialidades que a fundamentales principios de acción.

Pero hay más aún: en la versión de Josué, Cap. 11, vers. 20, se hace referencia a que Jehová *endureció el corazón* de los palestinos para que resistieran a Israel. «Y como iban huyendo (los de Gabaón), de los israelitas, a la bajada de Beth-oron, Jehová echó sobre ellos del cielo grandes piedras hasta Azeca, y murieron; muchos más murieron de las piedras del granizo, que los hijos de Israel habían muerto a cuchillo» (Josué, Cap. 10, vers. 11). «Porque esto vino de Jehová que *endurecía el corazón* de ellos para que resistiesen con guerra a Israel; para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, antes fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés» (Josué, Cap. 11, vers. 20). Lo mismo pasó con Faraón cuyo co-

razón fue también endurecido por Jehová (según su propia declaración), para que negara la salida del pueblo de Israel de Egipto y, en seguida, lo castigó con plagas cuando la culpa de Faraón era originada por la propia influencia de Jehová (Exodo, Cap. 1, vers. 12; Cap. 10, vers. 20 y 27; Cap. 11, vers. 10, Cap. 14, vers. 3, 4, 17; etc.). Y esta referencia era caprichosa (San Pablo, Ep. a los Romanos, Cap. 9, vers. 15 y 18, y otros). A su vez, el Rey David practicaba los consejos e instrucciones de Jehová a las mil maravillas. «Mas el Siro huyó delante de Israel: y mató David a los Siros siete mil hombres de los carros y cuarenta mil hombres de a pie: asimismo mató a Sophach general del ejército" (I Crónicas, Cap. 19, vers. 18). «Sacó también al pueblo que estaba en ella» (en la ciudad de Rabba), y cortóles con sierras y con trillos de hierro, y con seguros. Lo mismo hizo David a todas las ciudades de los hijos de Ammón» (I Crónicas, Cap. 20, vers. 3). Todo esto no es cristianismo sino salvajismo. El Antiguo Testamento, más que la historia de un pueblo Santo es la leyenda de un Pueblo salvaje. En conclusión: Jehová y David no tenían nada que echarse en cara uno al otro. Jehová daba el ejemplo en asuntos de crueldad y derramamiento de sangre lo que no era pues impedimento para que después inculpara a David y a su pueblo de que hicieran lo mismo. «Mas vino a mi palabra de Jehová diciendo: Tú has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí» (I Crónicas, Cap. 22, vers. 8).

Sin embargo, según Jehová, David «había hecho lo recto ante los ojos de Jehová, y de ninguna cosa que se mandase se había apartado en todos los días de su vida excepto el negocio de «Uria Hetheo» (I Reyes, Cap. 15, vers. 5). Lo único que Jehová echaba en cara a su amado Rey David era el negocio de Uria Hetheo; las crueldades y matanzas no importaban nada.

Aquí y a modo de entremés el siguiente episodio bíblico. Jehová acompañado con dos Angeles, masticaban y digerían en casa de Abraham bisteques de ternera asada y bollitos de requesón hechos por Sarah (Génesis, Cap. 18, vers. 8; etc., etc.). Jehová entonces, era un Dios tan humano y materializado que

Júpiter. A este propósito y para concluir, conviene citar las siguientes frases de Maeterlinck: «Cuando se lee el Antiguo Testamento, se advierte que Dios no ha cesado de dar al hombre muy malos ejemplos. Por otra parte, ¿cómo habría podido el hombre haber inventado sus vicios, y sus crímenes, si Dios no los hubiera puesto en él? ¿De dónde habría podido el hombre sacarlos ya que él no podía tener sino lo que Dios le había dado? Es el demonio quien se los ha inspirado, se nos dice; pero ¿quién creó al demonio? Siempre, pues, tenemos la misma cuestión sin respuesta. ¿De qué, entonces, se queja Dios?» (Maeterlinck, «L'autre monde et le cadran stellaire», pág. 161. Fasquelle, editeurs, 1910).

Las cosas que acabo de narrar no terminaron con el Antiguo Testamento. Por el contrario siguen hoy, aunque se ocultan en espera del momento en que puedan ponerse de nuevo en ejecución. Por ejemplo, ahí está la obra del Padre Jesuíta Mariano de Luca, profesor en la Universidad Gregoriana de Roma, cuyos párrafos más importantes cito yo en las páginas 13 y siguientes del Cuaderno N.° 7 de la Biblioteca de Estudios Sociales. Otro Jesuita, el R. P. Vincent (Theologie de Clermont, edición de 1904, pág. 401, Tomo I), escribe: «La Iglesia ha recibido de Dios el poder de reprimir a aquellos que se apartan de la verdad no sólo con penas espirituales sino también mediante penas corporales». El mismo Padre Jesuíta con fecha 9 de febrero de 1906, agrega: «La San Bartolomé fue una noche espléndida para la Iglesia y para la Patria». Durante la misma matanza, esto es, con fecha 24 de agosto de 1572 el Nuncio Salvati escribía, desde París a Gregorio XIII: «Me regocijo desde el fondo de mis entrañas, con su Santidad, de que el rey y la reina madre hayan podido exterminar estas razas envenenadas, con tanta prudencia y en momentos tan oportunos en que los rebeldes (los hugonotes), estaban bien encerrados en su jaula». Y lo que es más sorprendente aún: el Papa Gregorio XIII hizo acuñar una gran medalla de oro para conmemorar la matanza de los Hugonotes

en la trágica noche de la San Bartolomé. Envió además al Cardenal Fabio Orsini en calidad de delegado a felicitar al Rey de Francia por ese acto de barbarie y pedirle, al mismo tiempo, que completara su obra estableciendo la Inquisición. El Cardenal al pasar por la ciudad de Lyon bendijo en la plaza de la Catedral a los matanceros que le recibían de rodillas. En todo Francia fueron asesinados 25.000 hugonotes y, solamente en París, 4.000. ¿Qué responsabilidad cupo en estos acontecimientos a la famosa orden de Jesús? Son conocidos la doctrina y los hechos que en la antigüedad han establecido esa responsabilidad. Recientes hechos acaecidos en Chile, muestran las tendencias de la orden. Con suficiente fundamento fueron, pues, combatidos por muchos Gobiernos y aún expulsados de varios países. Todavía hoy en Suiza el Art. 51 de la Constitución federal dispone: «La orden de los Jesuitas y sus Sociedades afiliadas no pueden ser admitidas en ninguna parte de Suiza, y se prohibe a sus miembros cualquiera y toda actividad en la Iglesia y en la escuela».

En el año 1773 la Sociedad de Jesús fue proscrita por el Papa Clemente XIV, en su Bula Pontificia *Dominus ac Redemptor Noster* que dice como sigue: «dado que percibimos que la Sociedad de Jesús, mientras permanezca en operación, perturba la verdadera y durable paz de la Iglesia y después de consideración madura sobre la base de conocimiento cierto y por la abundancia de poder apostólico, por la presente disolvemos esta sociedad y la suprimimos. Devolvemos y quitamos todo cargo y administración, y también declaramos que permanecerá disuelta para siempre». (Sin embargo, en 1814 el Papa Pío VII reinstaló la orden en sus plenos derechos).

Y para terminar. Se ha tratado de explicar los increíbles e inaceptables hechos que nos son narrados en el Antiguo Testamento, diciendo que esos hechos fueron tales cuales eran los usos y costumbres de aquellas épocas. Sin embargo no debió de haber sido así en el pueblo hebreo, el pueblo *escogido* por Dios (Jehová) para ser un «pueblo especial más que todos los pue

blos que están sobre la haz de la tierra» (Deuteronomio, Cap. 7, vers. 6), y que fue llamado por Jehová «*Pueblo Santo*». ¡Curiosa Santidad! Acaso, también, este concepto debe estar sometido a los usos y costumbres de las épocas? En tal caso la Santidad consistiría en las habituales porquerías permitidas y en los actos de barbarie perpetrados que se relatan en el Antiguo Testamento y que fueron justificados, cohonestados y, a veces, aconsejados por Jehová. Si las cosas deben ser comprendidas así, no hay para qué hablar de la suprema sabiduría de Dios, ni de la verdad y necesidad absolutas de los preceptos morales y humanitarios ni de la Potencia justa, permanente e invariable que se le atribuye en su calidad de juez inexorable. Por el contrario (lo que no es concebible), se ve a Jehová transigir, sino aprobar las costumbres bárbaras y brutales de esas épocas históricas. La voluntad y la acción de ese Dios, aparecen en las narraciones del Antiguo Testamento inseguras y vacilantes, sometidas, como ya lo he anotado, a continuos arrepentimientos. Solamente se advierte su consecuencia e inflexibilidad en los asuntos referentes al culto. ¿No es algo ridículo? De las acuciosas prácticas del culto viven los Levitas; de los sentimientos de bondad, de generosidad, de la extensión de la civilización moral y occidental cristiana depende la vida del mundo y la nobleza del hombre y la dignidad de la raza humana.

Todos estos acontecimientos y la mar de otros similares están destinados a perturbar el criterio de los que los aceptan. ¿Qué de raro tiene, pues, que ante tales incoherencias, inmoralidades y actos de barbarie de ayer y las contradicciones y varias crueldades de hoy, las fundamentales ideas cristianas, o mejor dicho, algunos curitas de pobres cabecitas, se vuelvan locos y se abracen con los masones y los comunistas, impulsados por la exageración de virtudes mal comprendidas o por vanidades, populacherías y vulgaridades humanas? La desorientación es por consiguiente completa, y así lo declara «El Diario Ilustrado» del día 20 de febrero en un artículo titulado «Desorientación de los Católicos» y que probablemente no

habría sido escrito, si tú no hubieras, como se dice: «puesto el poncho».

Y basta. Pongo fin a mi carta en la que no solamente he usado sino abusado tal vez del sentido común por lo cual temo haberte *aburrido* mucho. Perdona, por lo tanto, a tu viejo pariente que, aunque a veces algo desconforme contigo en algunas incidencias del pensamiento se siente, sin embargo unido a ti por cariño familiar.

Luis Arrieta Cañas.

Febrero de 1955.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Señor don

Luis Correa Prieto.

Solamente ahora, mi estimado señor, he terminado de leer su interesantísimo libro: ASPECTOS NEGATIVOS DE LA INTERVENCIÓN ESTATAL, que usted tuvo la amabilidad de obsequiarme. Lo he leído muy despacio y he tomado muchas importantes anotaciones.

Usted escribe en la página 10 del prefacio que ha hecho esta publicación con el propósito de que pueda ser «útil para los que se interesan por los problemas económico-sociales... por las consecuencias y repercusiones que tienen en la vida diaria». Yo creo que usted ha satisfecho plenamente su propósito, por la claridad con que aquellos problemas son expuestos, por el contundente material de pruebas y la abundancia de la documentación. Así lo ha declarado don Valentín Brandau en un artículo crítico excelente por su exposición y comentarios y que fue publicado en «El Diario Ilustrado» el 8 de agosto.

Con una hombría de bien que le honra, declara usted en el prefacio que, a los veinte años, su modo de pensar no era el que hoy tiene, porque le ha «tocado vivir en lo concreto del mundo económico» y ya no cree, como lo creía entonces, estar en posesión de «nuevas verdades y axiomas sociales que involucraban la fórmula definitiva de un progreso colectivo». Tiene, pues, alguna certeza el chiste que dice: «Si un muchacho de veinte años no es un poco socialista, es que le falta corazón; pero si a los treinta continúa siéndolo es que le falta «cerebro». Viene, también, muy a propósito el episodio que usted nos cuenta en la página 11. Cuando a Mauricio Barrés se le preguntaba en qué había quedado su boulangismo, contestaba: «Yo

entonces tenía veinte años». Pero el problema es aún más grave. El sabio francés Picard escribía en la página 166 de «Je sais tout», de agosto de 1934, que la experiencia pedagógica enseñaba que el ochenta por ciento de los hombres permanecen en un estado mental de niños entre once y trece años de edad. En la última página del prefacio nos da usted el siguiente dato: «El circulante que, en 1940, era de 3.000 millones, en 1950, sube a 20.000 millones y en 1953 a 54.000 millones». El proceso lógico de una economía de izquierda en acción. Así, deudores hipotecarios o de otra forma, de derecha o de izquierda, en connivencia con el Estado, incurren en la deshonestidad de pagar sus deudas contraídas en moneda de un valor relativamente alto, con papeles que representan un valor inmensamente inferior, ya que el mismo Estado se encarga de desvalorizar sus vales con sucesivas emisiones, a pesar de que se obligó a convertir esos vales en oro en una fecha que no se indica y de acuerdo con una ley que no se dicta jamás. «Recordemos que cuando la moneda es envilecida por emisiones que superan las necesidades, se producen la desvalorización y la inflación», dice usted en la página 178. Es una verdad demasiado clara para ser comprendida por los partidarios del circulante abundante y barato que no pueden o no quieren o no les conviene ser convencidos. ¡Y pensar que se confió al Estado la función exclusiva de acuñar la moneda, común medida de todos los valores, para asegurar así su pureza! ¿Qué confianza se puede tener en la honradez de un deudor tramposo y falsificador de la moneda?

En la página 22, usted expone algunos «pecados» atribuidos por los socialistas al régimen de libre competencia, como ser los monopolios, trusts, origen de castas económicas, y comisiones para hacer subir los precios y, a este respecto, cita la siguiente frase de Adam Smith: «Basta que se junten en una inocente fiesta deportiva los dueños de firmas comerciales o productores, para que el tema final sea cómo subir los precios...» Hay algo que objetar a esto. Los monopolios y los privilegios han sido desde un principio combatidos por la de-

trina liberal. Precisamente los trusts, carteis y consorcios comerciales o de productores fueron posibles a causa de las restricciones opuestas al libre juego de la concurrencia.

La legislación restrictiva o, mejor dicho, prohibitiva de las leyes aduaneras fueron dictadas con el propósito de eliminar en los mercados nacionales la competencia de las mercaderías extranjeras y proteger, así, la fundación de industrias propias. Esta política aduanera, contraria a la índole de la economía libre cambista, fue patrocinada por el economista alemán List. Por otra parte, si los comerciantes y productores a que alude Adam Smith se reúnen hoy, es, para bajar los precios, aumentando la producción, lo que permite distribuir los gastos generales en un mayor número de productos.

A este respecto conviene conocer los procedimientos adoptados por la fábrica de automóviles Ford, la obra de Austin y Lloyd, «Le secret des hauts salaires» (Payot), y la de Galantiere, «La segunda revolución norteamericana», etc.

Encuentro sumamente importantes los capítulos XXII al XXVI que usted dedica a la crítica del Consejo Nacional de Comercio Exterior y a los problemas del cambio y a la inflación. No se puede hablar de la inflación sin recordar al señor Héctor Rodríguez de la Sotta, que honró al Senado y cuya voz profética no fue por desgracia escuchada en las esferas del Gobierno.

Anoto igualmente con especial agrado las atinadas críticas que usted dedica al supuesto imperialismo norteamericano (pág. 228), a los fallidos pronósticos del falso profeta Karl Marx, a la incompatibilidad entre los servicios desempeñados por militares o civiles (pág. 121), a la «Nira» o «New Deal», es decir, a la política económica de Roosevelt que fomentó la burla y terminó en chacota como quedó demostrado por los minuciosos estudios presentados en noviembre de 1932 a la Sociedad de Economía Política de Francia por Baron Mourre y Mirbeaux (La experiencia Roosevelt) y por Carmille (Las teorías de la economía dirigida), etc.

No puedo, tampoco, dejar de anotar las felices chistosas ocurrencias de las páginas 24 y siguientes, 124, 148, 162-4 y

especialmente la de la página 312 y que usted titula «Nuestro amigo funcionario» y, además, las fundamentadas ideas expresadas por usted y que cito a continuación: «Mientras más se estudia este problema (la fijación de precios), más inverosímiles resultan estos sistemas artificiales para superar la vieja y siempre nueva fórmula de la oferta y la demanda (1)» (pág. 107). «Hasta ahora nada ha podido reemplazar el libre acuerdo entre el comprador y el vendedor que representa el resumen de una variedad de hechos económicos de notable caracterización (pág. 102)». Es necesario «destruir con valentía aquella falsa creencia de que la ley tiene un poder sobrenatural (pág. 284)», esto es, la «chifladura» de las izquierdas.

Antes de terminar ésta, quizás, demasiado larga carta mía y que comencé, únicamente con el propósito de agradecer su cortesía, voy a permitirme disertar sobre el sugestivo tema tratado en las últimas páginas de su libro.

En ellas nos cuenta usted un episodio de la visita que, en compañía de otros, hizo a un amigo propietario de un chalet en la costa. Este señor les dijo a ustedes: «Sostengo, mis amigos, que el problema primero de nuestra patria reside en la necesidad de formar riquezas, y lo digo sin miedo; debemos prestigiar a la riqueza que da orden a la creación de «nuevas riquezas», bienestar innegable para todos, y tenemos, también, la obligación de rechazar las calumnias que se lanzan sobre el capital....»

Las palabras de su amigo sobre las riquezas, trajeron a mi memoria una cuestión tratada hace poco por Alone y en la que intervine yo con una carta enviada a este conocido y fino escritor. Alone criticó con bastante fundamento y buen sentido

---

(1) George Meany, presidente de la Federación Norteamericana del Trabajo, la organización de trabajadores más grande del mundo, acaba de decir lo que sigue: «Somos partidarios de la propiedad privada y del régimen de libre competencia, porque, a pesar de sus defectos, este sistema ha conseguido mejores resultados en materia de salarios para los trabajadores, que cualquier otro sistema social conocido hasta hoy». (Reproducido en «El Diario Ilustrado», el 10 de septiembre de 1955).

unos párrafos de cartas de los Padres Jesuitas Vives y Hurtado, en los cuales se atacaba directamente a los ricos e indirectamente a la riqueza y se soliviantaba, inconscientemente, a las clases obreras haciéndolas aparecer como explotadas por sus patrones. Mi carta tenía por objeto felicitar a Alone por su oportuna crítica y, a éste respecto, le recordaba que San Francisco había, hasta cierto punto, dignificado la pobreza (inmerecida, se entiende), pero que no había atacado a la riqueza. Aprovecho la ocasión que me proporcionan las palabras de su amigo para aducir una prueba de mi aseveración.

Wadding, en la página 61 del Tomo I de «Annal Minor» copia la siguiente frase de una carta de San Francisco en la cual daba instrucciones a sus misioneros: «Ite docete, más cuidaos de juzgar o de menospreciar a los ricos que viven en la molicie y visten ropas suntuosas porque Dios es su Señor como lo es el nuestro; él puede llamarlos y justificarlos. Nosotros debemos honrarlos como hermanos nuestros que son, puesto que con sus socorros prestan ayuda a los hombres de bien». Conviene anotar que en el «Libro Conformit (pág. 146)» ha sido suprimido (evidentemente, con meditada intención), todo el pasaje relativo a los ricos (Gebhart).

Por otra parte, la riqueza y los ricos, en el comienzo de la era cristiana, tenían otro carácter, desempeñaban otras funciones que en la época moderna. En ese entonces los ricos guardaban su riqueza, tal vez la escondían, eran avaros, o la gastaban en sensualidades ostentosas e improductivas. Bien pudo, pues, Jesús, decir que más valía darla a los pobres que exponerla al orín o a la polilla o a que fuera desenterrada y la robaran, y San Lucas, que eran un «manantial de iniquidad» (Cap. XVI, vers. 9. Ed. Torres Amat), y llamar «falsas» a las riquezas terrestres en contraposición con las «verdaderas» que eran las de la «gracia». Pero, en la actualidad, el carácter de los ricos y las funciones de la riqueza son muy diferentes. Hoy las riquezas sirven para producir y para comprar bienes de consumo y de utilidad común, para dar trabajo y mejorar las condiciones de la vida o para reproducirse y multiplicar las posibilidades de

llenar esos fines con más eficiencia y beneficio de las sociedades
En Estados Unidos de Norteamérica, hoy el país más rico d
mundo, se ven casos como el de la Institución Rockefeller, e
tre innumerables otros, y con sus riquezas está ese país, sa
vando al mundo empobrecido y desordenado, y al mismo tiempo
defendiendo la civilización cristiana occidental de la amena
de la barbarie moskovita.

Hoy, nadie (sino los que van a parar al Hospicio o al Open
Door), guarda su dinero en la caja de hierro, ni lo entierra, ni
deja que sus riquezas las corroenga el orín o se las coman la
polillas. En un párrafo anterior le cité yo la opinión de Pica
que decía que el 80 por ciento de los hombres conservaba su
mentalidad de niños de once a trece años. Pues bien, no es ra
encontrar actualmente a prelados y sacerdotes cuyo estado me
tal, en estas materias económicas, está atrasado en 20 siglos. E
tal predicamento no les queda otro recurso que ir a parar a l
garras del marxismo.

Por último, es cosa imperdonable hablar de la riqueza y d
los ricos en términos generales, condenar a la riqueza porque l
es y a los ricos porque lo son. Por consiguiente, es un absur
decir que la riqueza es «manantial de iniquidad» porque tam
bién puede serlo (y lo es a menudo), fuente de bondades y d
bienestares. Las riquezas son necesarias y, como las lenguas d
Esopo, pueden ser útiles o perjudiciales según el uso que d
ellas se hace o el fin a que se las destina. Muy cierto es que, e
muchos casos, las riquezas fomentan, en los capaces, la codi
para adquirirlas con o sin escrúpulos, y la avaricia para poser
las sin espíritu de bondad y de generosidad; pero también
cosa frecuente que la pobreza, en los incapaces, fomenta la e
vidia y el odio en lugar de acicatear el esfuerzo para saber
narlas y no saquearlas, y el mérito para poder merecerlas
¿qué pasa con los ricos? ¿Todos ellos explotan económica
humanamente a los pobres? ¿Acaso, por lo contrario, no este
viendo a audaces que explotan las miserias y las torpeza
los pobres, para treparse a los altos puestos públicos o para
poner de las influencias políticas? La historia se repite. E

magogo Cleon descrito por Tucidides en su «Historia de las guerras del Peloponeso», y ridiculizado por Aristófanes en «Los Caballeros y en Las Avispas» se agita aún hoy, entre nosotros y sigue siendo no más peligroso que el tipo descrito por Tucidides y no menos ridículo que el pintado por Aristófanes. Dejémosnos, pues, de razonar sobre generalizaciones que, cuando no se inventan exclusivamente para servir intereses de otro orden, revelan siempre un triste estado de pereza intelectual.

Su amigo propietario del chalet de la costa dijo, además, a ustedes que se debían rechazar las calumnias que se lanzan contra el capital. En otras palabras: hay que defender la economía política de las derechas contra los desastres de la política económica de las izquierdas. Rusia, después que consumió todos los capitales de los cuales se incautó (o mejor dicho: robó), y del fracaso del experimento romántico de entregar las fábricas a la dirección de los obreros, sufrió las célebres hambrunas que fueron socorridas por la capitalista Norteamérica, y que forzaron a Lenín a restablecer hipócritamente la nueva economía política (NEP) que no fue sino la antigua economía liberal. Y el historiador y sociólogo Guglielmo Ferrero, al analizar en sus crónicas semanales de «La Ilustración Francesa» los acontecimientos posteriores a la guerra de 1914, decía que muchos países estaban viviendo de los ahorros acumulados por los regímenes anteriores más o menos libres. Se podría, pues, llamar a esa política de izquierda (o de zurdos), y que sus adherentes llaman, sin reírse, «economía de avanzada»: política económica del quintral. Con sobrada razón dice usted que estos regímenes sólo son capaces «de distribuir» (derrochar, diría yo) las riquezas, pero no de crearlas (pág. 284).

En cambio, la política económico-social de las derechas es hoy una política restauradora de las condiciones naturales y correcta en sus procedimientos, porque está basada en una total y definitiva experiencia de los fracasados ensayos de la demagogia, por una parte, y por la otra, en la eficacia de las indispensables rectificaciones que han tenido que ser puestas en práctica para enderezar los rumbos equivocados, y obtener la

mejor situación de bienestar individual y de prosperidad social posible dentro de las relatividades inevitables de todos los tiempos menos mundiales. A aquellos que opinan y razonan así se les ha dado, tontamente y con la intención de ofenderlos, al apodo de «reaccionarios». Sí, enhorabuena; es un título honroso, ya que se trata de «reaccionar» contra la ignorancia y la insensatez. Más aún; hay que sentir orgullo en ser calificados de «reaccionarios» cuando se oye a personajes que se vanaglorian en decirse «revolucionarios», es decir, partidarios de una revolución que, como se se ha podido ver en actividad en una nación vecina, está preocupada especialmente en organizar la desorganización y el desorden. Así lo dijo alguien que debía saberlo.

LUIS ARRIETA CAÑAS.

Septiembre de 1955.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Señor don

Raúl Marín Balmaceda

En su buen libro ¿NO DEMAGOGIA?, mi amigo Raúl, reproduce usted los cuatro discursos que pronunció en el Senado durante los años 1953, 1954 y 1955, y en los cuales disertó valiente y suficientemente documentado, sobre los fracasos de la política socialista, sobre la libertad y el estatismo, sobre el problema social y la realidad económica y sobre quienes debe recaer la responsabilidad por el actual caos monetario. A estos cuatro discursos usted agrega un artículo en el cual trata de indicar el camino que debemos seguir para alcanzar la superación que necesariamente ha de llegar algún día.

En su oportunidad yo había leído los susodichos discursos y hoy, al releerlos, tengo el agrado de decir que los encuentro magníficos por su claridad, por el sentido patriótico que los anima y por la serenidad, casi podría decirse, por la bondad de su enunciación. Sin embargo, mucho temo que mi opinión carezca de imparcialidad ya que me ligan a usted en lo que, a este caso se refiere, la más estrecha concordancia de ideas y sentimientos, y con respecto a nuestras familias, las más tradicionales vinculaciones de amistad y cariño. Por lo tanto en esta carta, en vez de prodigar alabanzas a la obra y ditirambos a su autor (que no los necesitan), me concretaré a comentar brevemente dos o tres puntos y a citar algunas importantes frases entre las muchas que abundan en las fojas de su libro y que resumen en forma lapidaria y, para mí, incontrovertible, sus razonamientos.

En su primer discurso usted nos habla de la situación económica que la política socialista ha creado y organizado en la

Unión Soviética y los fracasos que, en mayor o menor escala ha sufrido en Francia, Alemania, Inglaterra y, especialmente de las recuperaciones que se han operado en Alemania Occidental y en Perú.

De las ideas expresadas en el mismo primer discurso de duzco yo el siguiente resumen que creo puede servir de base a las disertaciones de toda la pieza:

1.°) El nivel de vida de un pueblo depende, exclusivamente, de la renta media por habitante (p. 14).

2.°) La renta por habitante depende de la renta general del país (p. 14).

3.°) La renta general del país depende de su mayor Capitalización (p. 14).

4.°) La mayor Capitalización depende del excedente sobre la producción y el consumo (p. 21).

5.°) El gravísimo problema social no se resolverá sino con el aumento de la producción (p. 9).

6.°) Así, pues, cuanto más cercene el Estado por medio de las contribuciones al margen entre la producción y el consumo (margen del cual se forman los capitales, la riqueza nacional), más dificultosa y más lenta, lógicamente, será la «capitalización», el aumento de su rentabilidad, de su producción de su renta *per capita* (ps. 21/2).

7.°) Ahora bien, los impuestos, en Chile son los más altos de América (p. 16) y nuestra capitalización (y mecanización) propia, es, en comparación con cualquier país, paupérrimamente lenta (p. 21).

8.°) «El aumento de las cargas tributarias sobre los contribuyentes sobre los hombres que trabajan y producen ha llegado a cercenar en Chile con impuestos directos e indirectos con contribuciones fiscales y municipales y aportes a las leyes sociales, más del 10% de la renta nacional (hoy más del 40% que pasa a arcas fiscales, cifra a que no alcanza ningún país de la tierra, aún los más ricos y capitalizados y ha hecho descender el porcentaje de la capitalización del país» (p. 30).

9.º) Por fin el reparto de las utilidades, en las empresas particulares es hoy (1953), más o menos la siguiente:

Para el Fisco el	53,90%
Para el Trabajo el	39,18%
Para el Capital el	6,92%
	100,—%

El capital se lleva, pues, la más baja parte de las utilidades y sólo «la ignorancia y la demagogia pueden desconocerlo» (p. 18).

Sumamente interesante es el panorama que, en el cuarto discurso, nos traza usted para establecer las responsabilidades de los diversos Gobiernos por el caos monetario en que nos encontramos sumergidos.

Sigo, ahora, con las citaciones a que me referí al comienzo. Se encuentran profusamente esparcidas en las páginas de su libro muchas frases típicas que despertarán, así lo espero, el deseo de leerlo desde la primera foja hasta la última. Cito algunas, en seguida.

«Me siento ufano de los principios liberales que dieron en el mundo libertad a los esclavos, que destruyeron los derechos de castas hereditarias y preestablecidas, que instituyeron el *Habeas Corpus*, los derechos del ciudadano, la igualdad ante la ley, la igual opción a los cargos y honores públicos, el reparto igualitario, sin odiosas diferencias, de las cargas tributarias, la libre circulación de los bienes, como es justo y conveniente a las manos de los que son capaces de adquirirlos o conservarlos con su trabajo, con su esfuerzo, su inteligencia y perseverancias» (ps. 66/7).

«Enriquecer al país, capitalizar, aunque la demagogia haya hecho antipática esta palabra, es el único camino que puede llevar a la población chilena a un mayor nivel de vida, a una vida mejor» (ps. 16 y 77).

«¡Qué paguen los poderosos!» se repite, por desgracia, demagógicamente por los propios gobernantes» (p. 16).

«A mayor capitalización corresponde al trabajo mayor cuota en las utilidades del Capital» (p. 82).

«Pero es el caso de recordar que el mayor bienestar de las clases obreras, su más alto standard de vida, no se encuentra en los países de leyes sociales más avanzadas, como en Chile, sino en los países más capitalizados, como Estados Unidos» (ps. 91/2).

Consecuencia material y moral de la inflación es que «empleados y obreros no pueden ahorrar, por el aumento incesante del costo de la vida, y porque ellos saben que es pésimo negocio ahorrar en una moneda que cada día valdrá menos» (p. 112).

Sobre la inconveniencia del sufragio universal, la estúpida ilusión romántica de Rousseau, usted escribe algunas atinadas frases que debieran estar siempre presentes en nuestros razonamientos y que son comentadas por usted con mucho acierto y buen sentido.

1.°) «Son los hombres no los principios los que forman los gobiernos» (p. 127).

2.°) Por este motivo, los romanos . . . «comprendieron la necesidad de poner la República en manos de los mejores, de los más capaces» (p. 125).

3.°) «Los griegos fueron, en efecto, los primeros en comprender la necesidad de rescatar el cuerpo político de manos de los charlatanes para entregarlo a la competencia y al cuidado de los hombres capaces» (p. 141).

4.°) Constituye un peligro para la civilización occidental el sufragio universal el cual significa la *eliminación de las jerarquías* intelectuales (p. 131) y el debilitamiento del derecho de propiedad (p. 132).

5.°) «Hoy pocas personas ilustradas creen en la desatinada quimera de Rousseau, que suponía al PUEBLO BUENO e infalible y que, condenaba, por tanto, como criminal toda influencia que pudiera torcer artificialmente su instinto de derecho divino» (p. 184).

6.º) «Los individuos de las clases inferiores no se hallan en situación de adquirir esa ciencia (la del bien y del mal); porque la muchedumbre no ve el bien más que en los placeres, pero no en las preocupaciones del espíritu» (p. 125).

7.º) Es cosa evidente la trascendencia del postulado romántico de Rousseau sobre la bondad orgánica del hombre primitivo transmitida aún a las tribus salvajes. Este error contrario a toda realidad y también al dogma del pecado original ha irrumpido, sin embargo, con un irresistible y peligroso poder de infección en los campos de un catolicismo desorientado en donde ha dado origen a un sentimentalismo enfermizo, primo hermano (si no es lo mismo), de la *sensibilidad social* del izquierdismo económico. A este respecto creo conveniente recordar lo que a propósito de la guerra de 1914, escribió el insospechable y valiente polemista católico Chesterton. «Tal vez Alemania morirá por la barbarie pero Francia morirá por su humanitarismo ... (Francia) está enferma de humanitarismo llorón y de paños tibios que, al fin de cuentas, prohija la peor de las inhumanidades». Es el momento, también, de repetir otra frase del citado polemista Mr. Chesterton: «El mundo está hoy lleno de ideas cristianas que se han vuelto locas».

Los ultramontanos de la falange que pretenden poseer el monopolio de la interpretación de las Encíclicas se pasean del bracete con los izquierdizantes, y ateistas bolcheviques. Impulsados por bajos intereses político-electorales adulan a las masas en una común idolatría del músculo que suda, y en un torpe ataque a las fuerzas de las categorías sociales y económicas que crean, inventan, organizan, dirigen, aventuran. Olvidan que su Jehová no dijo a Adán: «Comerás el pan con el sudor de tus piernas, de tus brazos, de tus músculos», sino que le dijo: lo «comerás con el sudor de tu rostro», en cuya cumbre está la frente, tapa del pensamiento. Es, pues, apremiante faena concluir con aquella demagógica idolatría: Se ha ido ya demasiado lejos. Conviene imprescindiblemente restablecer la función directiva de las categorías, restaurar el orden y la disciplina del trabajo sobre la base de la calificación de las aptitudes y no so-

bre la fuerza numérica de los apetitos: En una palabra, como lo dice usted Raúl y lo proclamaron romanos y griegos: «rescatar el cuerpo político de manos de los charlatanes y colocarlo en la de los ciudadanos mejores y más capaces».

Las cosas así, surge en mi mente un problema con cuya descripción ocuparé esta última foja.

Usted, mi buen amigo Raúl, acepta y profesa brillante y efusivamente la doctrina liberal al mismo tiempo que es un fervoroso creyente católico. Ahora bien, el señor Caro fue entrevistado por el señor Blaya Alende, editor del «Anuario Internacional Americano», en el cual fueron sonoramente publicadas las declaraciones del Prelado chileno. En seguida esas declaraciones fueron reproducidas en «El Mercurio» el día 17 de diciembre de 1939 y por fin, en un folleto por la editorial «Audax» de Valparaíso. El título de este folleto es «La Iglesia está con el Pueblo» y, en la portada, aparece la siguiente leyenda índice: «La Iglesia condena la Economía Liberal. — El campesino debe sindicarse. — Nuestro BUEN PUEBLO es explotado. — El salario debe ser suficiente. — Son del trabajador parte de las utilidades. — Debe restituir el patrón que no procede así. — Niego los sacramentos al patrón que no viva esta doctrina social».

Esto dijo en 1939 nuestro muy Ilustre Prelado. Sus posteriores actitudes y el incomprensible silencio que ha sabido guardar ante la división de los políticos católicos corrobora su antigua opinión.

LUIS ARRIETA CAÑAS.

Enero de 1956.

Señora doña

Ginna Maggi

Mi estimada señora, he leído con mucha complacencia su oportuno y muy buen libro: "Tres Presidentes en un Andén", que usted tuvo la cortesía de enviarme.

La felicito a usted por la valiente sinceridad, por la elocuente sencillez, por la copiosa información y, sobre todo, por la independencia de su criterio, limpio de las serviles concesiones a un supuesto academicismo que con perjuicio de la energía de la expresión, aconsejan el uso de los paños tibios o de los tapujos. Estimo que la franqueza en el decir, sin caer en la vulgaridad de herir a las personas, debe ser el recto proceder de un escritor que siente la nobleza de su misión. Exponer hechos sin ofender a nadie, es servir a la verdad. Sólo los acontecimientos impersonalmente considerados, autorizan para juzgar y sentenciar.

De sus narraciones trasciende y de sus frases mana un sentido tan espontáneo de veracidad que inevitablemente produce en el lector un estado de convencimiento inconmovible. He podido igualmiente apreciar con sumo agrado la sobriedad de su estilo que no acude a los habituales recursos de aparatosas formas de expresión con el propósito de levantar artificiales entusiasmos o de crear irritaciones que carecen de fundamentos reales, únicos elementos sobre los cuales puede apoyarse una auténtica emoción. Me bastaría citar, con este motivo, los párrafos, 4, 5 y 6 de las páginas 160 y 161 en la cual nos cuenta usted el increíble episodio de Mr. John Griffiths y todo el trozo de las páginas 95 a 99 en las cuales nos refiere las no menos

increibles incidencias que tuvieron lugar en la celebración del aniversario de la muerte de San Martín.

Especialmente las narraciones que usted escribe desde la página 122 (Desalojos y NO desalojos justicialistas) hasta el final del libro me han interesado y conmovido intensamente. De superior calidad encuentro los datos que usted nos da sobre la muerte de la señora Perón y la de su hermano Juan y sobre el episodio del señor John Griffiths.

Al señor Perón lo ha presentado usted de cuerpo entero. Yo lo conocí personalmente. Fue varias veces a Peñalolén en compañía de su primera esposa y, una vez, de una cuñada que ocupaba un alto puesto en el profesorado oficial de Buenos Aires. Su señora, a quien él llamaba cariñosamente con el apodo de Potoca, era de baja estatura, muy aguda y vivacísima. Formaban un matrimonio ejemplar y sus ademanes y trato común, estaban saturados de distinción y manifestaban el tierno afecto que los unía. Era, pues, cosa muy natural y lógico: yo simpaticé francamente con ambos y conservo aún por ella el más agradable recuerdo. Con respecto al señor Perón jamás pensé que podría llegar a ser lo que fue. Tal vez yo carecí de la suspicacia indispensable para sospecharlo y, de seguro, él poseía la habilidad suficiente para ocultarlo. En fin, las páginas de su buen libro, brillantes de sinceridad y de veracidad han explicado las razones de mi doloroso desengaño; ¡todos los desengaños son dolorosos! Se experimenta un inevitable sufrimiento al ver caer las máscaras y al encontrarse frente a frente con la desnuda fealdad. Pero ese sufrimiento hace bien y tiene su compensación: **«Amicus Plato sed magis amica veritas».** El amor a la verdad vale más, mucho más aun, que el que pueda haberse sentido por la ilusión que la disfraza o la oculta.

Después de los vigorosos rasgos con que usted nos retrata, primeramente a la señorita Duarte en el trozo de la página 24 y otros y, en seguida a la señora Perón en páginas posteriores, el panorama y los personajes que en él deambularon quedan perfectamente esclarecidos. Las cosas así se levantan

en mi imaginación otros escenarios y vienen a mi memoria otros personajes, todos mujeres, más o menos parecidas a nuestra actual protagonista. Recuerdo fugazmente a la agitadora española La Pasionaria y a la un tanto ridícula bolchevique Alexandra Kollontay, embajadora soviética en Suecia, que tuvo la audacia, o estupidez de decir: «La mujer que ama a sus hijos no es sino una perra», a lo cual contestó Omer Enet en una de sus crónicas y en tono irritadamente festivo: «Es ella (la Kollontay) la que es una perra». Por último se dibujó ante mis ojos la **Place des Grêves** de París y me imaginé que yo estaba allí viendo pasar las turbas de **Sans culottes** a cuyo frente marchaba, gesticulando, la furiosa jacobina Theroigne de Mericourt.

Pero, estos semienajenados ejemplares de sexo femenino, fueron el producto de movimientos sociales o políticos que otros implantaron y que conservaron en sus manos los manubrios que regulaban su dirección. Esas mujeres fueron, pues, simples agentes que servían a las necesidades circunstanciales de la agitación o de la propaganda. Sus actividades eran determinadas a propósitos parciales. La señora Perón, fue otra cosa; ella creó, organizó, implantó el régimen de los descamisados cuyas mentalidades informó con el odio de clases y a los cuales constituyó en los ejecutores activos de su venganza contra las superiores clases económicas y sociales, originada en bajos sentimientos de envidia y de rencores. Su obra en consecuencia fue total. Empleando el vocabulario médico corriente, podría decirse: las mujeres a que acabo de referirme pueden ser consideradas como fuerzas de infección de caracter **esporádico.** La señora Perón, por el contrario, fue una verdadera y tremenda **epidemia.**

LUIS ARRIETA CAÑAS.

Marzo de 1956.

OPINIONES DE LA PRENSA

UNAS POCAS PALABRAS

Los señores lectores de las fojas siguientes advertirán la completa ausencia de críticas directamente adversas o desfavorables a las ideas sustentadas en los cuadernos de la «Biblioteca de Estudios Sociales».

Declaro que esta circunstancia no originó en mí la impresión de un tonto amor propio satisfecho. Por el contrario, mucho más me hubiera complacido leer observaciones y críticas contradictorias, porque ellas me habrían proporcionado la ocasión de corregir errores o de modificar, si no cambiar ideas, ya que mi propósito al publicar los cuadernos de la «Biblioteca de Estudios Sociales" fue servir al orden social con la desapasionada meditación sobre las realidades de la vida y combatir la obra nefasta de las fantasías e ilusiones con que se pretende desfigurarla o contrariar sus leyes inciudibles y necesarias.

UNA OBRA NOTABLE

L. A. C. — El liberalismo y la cuestión social. — El Socialismo de la Cátedra y la cuestión social. — El Socialismo de Estado y la cuestión social. — El Marxismo y la cuestión social — Majaderías socialistas.

Aunque es muy posible que sólo un número reducido de personas lean las obras cuyos títulos quedan enunciados, ninguna publicación debe ser estimada, sin duda, en el mundo de nuestros días, como más oportuna.

No sé positivamente cuales son los propósitos esenciales que su autor tuvo en vista al emprender la vasta y difícil tarea de escribir esas obras; pero me parece que al menos uno de tales propósitos podría ser formulado así: a fin de restaurar entre los hombres el imperio del sentido común, primera e ineludible necesidad de nuestra época, un doble examen se impone desde luego: examen de los conceptos antagónicos que sirven de puntos de partida a las luchas sociales presentes, y examen de las palabras empleadas para expresar esos conceptos, o para desfigurarlos o falsearlos.

Y este es, en efecto, el doble análisis extremadamente penetrante, alerta, sagaz y de un vigor incomparable que el autor persigue a lo largo de sus cinco volúmenes. Desde este punto de vista, su obra es, en realidad, una enciclopedia: la enciclopedia de las doctrinas políticas, sociales y económicas que, desde fines del siglo XVIII hasta comienzos del siglo actual, informaron la época más libre, más esclarecida, más progresista y más penetrada de generosidad y justicia que haya conocido el mundo, y de las doctrinas que, en seguida, han desquiciado las bases éticas e intelectuales de la civilización liberal, es decir, las únicas bases posibles de toda civilización efectiva.

Me atrevo a decir, aún, desde igual punto de vista, que los célebres escritos recientes de von Misses, de Lippmann, de Marlio, destinados también al examen de esas doctrinas nos parecen, al lado de los que motivan estas líneas, de una perspectiva mucho menos amplia y, sobre todo, de un valor probatorio mucho menos al alcance de la generalidad de los lectores. Nada más inmediatamente comprensible, en efecto, que las exposiciones del autor, nada más preciso

y límpido que sus demostraciones, nada más luminosamente conci-
yente que sus objeciones. Es que, según él mismo lo advierte, la
cuidado de situarse constantemente fuera del plano de la abstracción
pura, por más que trate de principios generales y de no hablar nunca
de estos principios sino a la luz de sus incidencias reales y de los
acontecimientos diarios. Semejante método nos hace recordar las
frecuencias las páginas de la «Introducción al estudio de las ciencias
sociales», de Herbert Spencer, páginas a un tiempo transparentes, de-
liciosas y profundas en las cuales las más abstractas generalizaciones
nos parecen simples verdades elementales, de tal modo se hallan ya-
das a sus antecedentes concretos.

A lo cual cabe agregar que el análisis puramente doctrinario de
los sistemas políticos, sociales y económicos aludidos —liberalismo,
socialismo de la cátedra, socialismo de Estado y marxismo—, no bas-
taría por sí solo para hacer de los escritos de que hablo, lo que ellos
son en realidad ni para comunicarles todo su extraordinario interés.
Este interés proviene también, o quizás en primer término, del hecho
de que el autor no separa jamás las doctrinas en examen de los sen-
timientos y las pasiones que ellas suscitan en los hombres ni de las
luchas consiguientes, ni de los malentendidos voluntarios y las tergi-
versaciones y falsedades tenaces e innúmeras a que estas luchas dan
lugar. Y es así, como se ve constreñido desde las primeras a las
últimas páginas de su obra, a poner de manifiesto los móviles ocul-
tos el velo de las propiedades teóricas, aparentes, a introducir un prin-
cipio de orden racional en el caos de las ideas y a restablecer el uso
honrado y propio de las palabras, liberándolas de significaciones fal-
cidas, equívocas y, en suma, fraudulentas.

¡Días extraños los nuestros! Nunca se ha hablado más de las
ventajas sociales de la instrucción y el saber, pero nunca vendas más
espesas han sido puestas sobre los ojos de los hombres. Nunca se ha
declarado al pueblo un amor más profundo, pero nunca, al mismo
tiempo, lazos más arteros fueron tendidos a la pobre inteligencia y
la natural inocencia de las masas. Nunca se ha soñado con mayor
fervor en la creación inmediata de sociedades más grandes y más
humanas, pero esto sobre la base de individuos previamente empe-
queñecidos y deshumanizados. Nunca se pretendió avanzar hacia fines
declarados más nobles pero nunca tampoco los medios empleados
fueron más ruines. ¡Y todo esto en obediencia a principios que se
dicen «nuevos» y «avanzados», pero que tienden únicamente, en rea-
dad, al restablecimiento de los viejos despotismos gubernamentales
sólo que mucho más feroces, al restablecimiento de las famosas re-
glamentaciones económicas medioevales, sólo que mucho más amplias
y al restablecimiento de la rigidez y la inmovilidad sociales del an-
guo régimen, sólo que mucho más vigiladas! ¡Y son justamente los

propagandistas de semejantes principios y los impulsadores de tales movimientos quienes designan a los que no piensan ni actúan como ellos con los epítetos de «reaccionarios» y «retrógrados»!

Habría deseado exponer aquí, siquiera muy sumariamente, el contenido de cada uno de los volúmenes que componen la obra de nuestro autor. Pero ello me llevaría demasiado lejos. Me limitaré, en consecuencia, a indicar tan sólo los capítulos cuya lectura me parece particularmente recomendable. En ellos podrá ser detalladamente apreciada la poderosa facultad de análisis del autor, de igual modo que en la página que citaré al final, podrá ser admirado su poder de síntesis.

Capítulos I, II y III del primer volumen, en los cuales se contiene una exposición a la vez histórica y doctrinaria del liberalismo y una respuesta a las críticas formuladas contra el sistema liberal. Completan e ilustran esta exposición las tres magníficas disertaciones agrupadas en el Capítulo X bajo el título de «El criterio liberal». Capítulos II y IV del segundo volumen intitulados: «Las leyes económicas» y «La libre competencia». Capítulos sobre la «Naturaleza del Socialismo de Estado», «Las realizaciones del Socialismo de Estados», «La Economía dirigida y la Anarquía económica» y «La economía dirigida y la economía Liberal», en el volumen tercero. Capítulos acerca de «El valor» y «La supervalía», «El concepto materialista de la Historia» y «Las crisis», en el volumen cuarto dedicado al marxismo. Y, finalmente, capítulos acerca de «La lucha de clases», «El capitalismo», «La justicia social», «La igualdad» y «El individualismo», en el volumen quinto.

He aquí ahora la página aludida:

«En términos muy generales puede decirse que todas las opiniones que admiten la realidad social como un hecho necesario y conveniente han servido de origen a dos sistemas bien caracterizados: el socialismo absolutista y el individualismo absolutista... Los partidarios de uno u otro de estos dos sistemas, al pretender llevarlos a la práctica se agrupan en dos tendencias, también características: el Socialismo de Estado y el Liberalismo. Sólo que el primero marcha ciegamente a la realización íntegra del sistema, en tanto que el segundo se aparta de lo absoluto y con un sentido práctico y prudente de las realidades y las posibilidades, toma de ambos sistemas lo que es útil y aprovechable y desecha el resto... Así, mientras el absolutismo individualista permanece en el reino del pensamiento, el absolutismo socialista se realiza a nuestra vista y a nuestra costa. La tendencia socializante va, gradual y paulatinamente, cercenando todas las libertades particulares, despojando a los individuos de su responsabilidad, su independencia y su dignidad, hasta convertirlos en simples agentes de los intereses, grandezas o fantasías de una entidad mística e insa-

ciable que, con diversos nombres: Comunidad, Colectividad, Estado Nación, sirve de pantalla o trampolín a los apetitos, ambiciones, locuras de los que se apoderan de sus organismos directivos o les ponen de sus influencias». (Introducción al tomo primero, pág. 9).

VALENTÍN BRANDAU.

«El Mercurio», 22 de marzo de 1946.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL LIBERALISMO Y LA CUESTION SOCIAL

Las ideas tienen varios trajes para salir al público y visitar las distintas esferas sociales. Con el tiempo, esas vestiduras, que no son de una tela inmortal, envejecen, cambian, se renuevan; y también adoptan formas diversas, según la moda de la época y las personas. Algunas ideas tienen el más vasto guardarropa, la más extraordinaria colección de disfraces.

Ejemplo, esa vieja y noble política liberal que algunos declaran difunta y querrían cubrir, como un postrer vestido, con el esudario de púrpura, donde yacen los dioses muertos.

Cuidado; a lo mejor puede estar viva y puede levantarse de la sepultura. A lo mejor eso que creían su cadáver no era sino uno de sus trajes viejos, u otro que le pusieron la ignorancia de las muchedumbres o la mala fe de los explotadores, para desacreditarla ...

Años atrás, cuando antes de las elecciones, o después, pasaban por las calles las turbas vinosas, gritando: —¡Viva la Alianza Liberal!— ¿qué idea surgía en esos cerebros a esas palabras? Una bandada de sotanas en fuga, monjas temblando en sus conventos, señoras ricas que se persignaban ... La idea liberal tenía un significado claramente negativo, y, entre los manifestantes, algunos más leídos divisaban caer en la historia una vaga fortaleza con torreones feudales, parecida a la Bastilla, y a lo largo de un camino indeterminado avanzar una masa humana «en marcha hacia el Progreso».

Supongamos que ahora alguien tuviera la inspiración de lanzar el mismo grito, ¡qué imágenes tan distintas se presentarían a los ojos del vulgo! Tal vez enteramente contraria: volvería la banda de sotanas a paso de parada, se tranquilizarían las buenas religiosas, las señoras opulentas ensayarían una sonrisa, y como en esas películas que se pasan al revés, por el vago camino de la Humanidad, las masas retrocederían de espaldas hacia unas murallas almenadas y unos torreones cada vez más precisos, cercanos y amenazantes.

Ahora la oposición se ha polarizado entre la idea liberal y la idea socialista y todos los errores que se cometían entonces entre dos palabras, bastante parecidas, «liberalismo», «conservantismo», se cometen hoy día entre otras, dos palabras, en el fondo, mucho más semejantes de lo que parece: «liberalismo», «socialismo».

Se las cree antagónicas y, de sonajera en sonajera, se llega a esta síntesis primaria: socialismo es la luz, liberalismo es la obscuridad; socialismo es el bien, liberalismo es el mal.

Más o menos, en otros términos, como antaño.

Para el observador imparcial, mientras tanto, existe una especie de placer, no sin cierta malignidad, en descubrir lo que hay debajo de los ropajes vistosos y apuntar con el dedo el sitio en que los sastres se juntan y dónde empiezan las grandes y las pequeñas diferencias, que los oportunistas utilitarios quieren confundir.

He aquí una exposición de la pura doctrina liberal, hecha por «Lac», hombre enterado de su asunto, y que inicia, con el cuaderno N.° 1, la «Biblioteca de Estudios Sociales», bajo la advocación de la Estatua de la Libertad, tea en alto.

¿Quién distinguiría los fundamentos liberales consignados en la página nueve, de los que se atribuyen como base a la doctrina socialista?

«Los hombres tienen un derecho original, un derecho tan primi-
«tivo como el de su seguridad y de su propiedad y que consiste en
«poseer todas las condiciones esenciales que aseguran una vida com-
«pleta sin mutilaciones ni desfiguraciones, de acuerdo con la natura-
«leza humana; y este principio es únicamente otra expresión del prin-
«cipio que sirve de fundamento a todo derecho civil y humano, es
«es: que todos los hombres tienen derecho a las condiciones esen-
«ciales que presiden el desarrollo de una humanidad normal, a los
«antecedentes indispensables para que toda vida humana sea posible
«a las necesarias seguridades para la conveniente realización de nues-
«tro común destino como seres humanos racionales.»

Por muy necesitado y ávido que se suponga a un pueblo, no podrá exigir más de lo que en esta terminante declaración se le promete. (*La vida completa, sin mutilaciones ni desfiguraciones*: hermoso programa.) Cierto que, por radio, uno que se improvisó caudillo ofreció a su gente la dicha en esta tierra, ahora, luego, no como ese iluso de Jesucristo...»; pero ya eso no pertenece a la comedia, sino al sainete. Precisamente, una de las pruebas de espíritu práctico que dio el Evangelio fue no comprometerse a otorgar la felicidad aquí abajo (le habrían cobrado la palabra), sino allá, en el reino celestial, donde nadie iría a pedirle cuentas. Y cosa curiosa: siendo la dicha un fenómeno subjetivo dependiente sólo de condiciones íntimas, la fe que inspiró esa promesa divina realizó la felicidad de miles y millones, en medio de infinitos sufrimientos terrenales, mientras quienes pugnan por traerla a tierra como una materia tangible, jamás han conseguido ni conseguirán otro resultado que la desilusión.

El Liberalismo que «Lac» expone se limita a términos razonables ¿Cómo encaminarse a ese fin de la vida completa?

Aquí liberalismo y socialismo divergen; pero sólo aquí, en detalles de procedimiento, en método para resolver la cuestión.

Esta cuestión, relativa al hombre, a un ser dotado de espíritu y que tiene sus costumbres, debe abordarse primeramente como problema psicológico y moral. El socialismo, derivado de la interpretación materialista de la Historia, mira primero a los bienes materiales e intenta repartirlos; pero los bienes materiales constituyen sólo una consecuencia de los otros bienes, los intelectuales y morales; son su fruto, su sombra necesaria, su derivación lógica. Entregarle dinero a un derrochador vicioso equivale a tirarlo al mar, empobreciendo a todos, sin beneficio para nadie. Puede constituir un espectáculo soberbio y a primera vista razonable y cristianísimo quitarles sus haciendas a los ricos y repartirlas entre los desheredados. ¿A quién no le seducirá la expectativa? Pero queda el «después», quedan las diferencias, por un lado el trabajo, el ahorro, la previsión, la inteligencia estudiosa, la astucia calculadora; por el otro el ocio, el afán de gastar, la holgura, la ignorancia y la falta de aptitudes. El Liberalismo, tal como lo enseña «Lac», apunta a la raíz, no a las ramas; quiere el árbol entero, no solamente las hojas y las flores. Hay que transformar la célula para que el organismo cambie; es preciso, previamente, armar a los desarmados, dar vista a los ciegos, oídos a los sordos, manos y pies a los paralíticos. Un pueblo ignorante, vicioso, ebrio, ladrón y rutinario volverá a caer en la miseria, aunque le llenen con los tesoros de Salomón y le entreguen las minas de Golconda. Lo explotarán otros: he ahí toda la diferencia. Lo engañarán y lo robarán individuos que llevan distinto nombre y diverso apellido. Es preciso educarlo, cultivarlo, «construirle su personalidad», forjarle cultura y carácter, levantarle el nivel de vida, para que sepa no sólo adquirir sino también conservar, no sólo luchar sino también defenderse.

«El bienestar material de orden económico (pág. 24), debe ser « para el Liberalismo la consecuencia de un mejoramiento espiritual, « de una mayor cultura, de hábitos más elevados de decencia, de or- « den, de limpieza». Así se funda el progreso en terreno firme. Al darles a las masas el bienestar material —mejor dicho, al prometérsele— el socialismo procede al revés, las deprime, les quita iniciativa, las priva de responsabilidad, y, en vez de un pueblo de hombres conscientes, forma un rebaño de niños grandes «permanentemente tutelados, « siempre descontentos (pág. 30); un montón de incapaces que piden, « se quejan y culpan a otros de todo lo que pasa».

Ya vemos venir la objeción: los ricos, en el régimen liberal no cumplen con su obligación, no dan alimento material ni espiritual, no se hallan interesados en hacerlo y nadie los obliga. Hay que forzarlos mediante la acción del Estado, sacarlos de su indolencia, como lo hace el socialismo, doctrina generosa de caridad hecha precepto.

Bien. Pero escuchemos a «Lac», liberal puro: la función fundamental del Gobierno, afirma (pág. 5), es la de «establecer derechos de protección para «los débiles». En la página 20: «significa una manifiesta injusticia el permitir que los avarientos no cumplan con sus naturales obligaciones...». Existe «el derecho al trabajo, y, por consiguiente, la *obligación social de proporcionarlo*...».

Si todavía se sostiene que los ricos no cumplen esa imposición es presa de la doctrina liberal, preguntaremos: ¿qué garantía darán los otros amos, de cumplir a su turno las que ellos declaran imponerse? ¿Son una raza distinta, una especie superior, honrada, íntegra; han bajado de otro planeta, de una especie de reino celestial? ¿Qué garantía nos ofrecen de su origen divino?

Por lo demás, aun sin quererlo, las clases superiores elevan el nivel social por el simple hecho de existir y desenvolverse, por su crecimiento orgánico, por su interés propio y hasta por razones de egoísmo. Y el medio permite a los de abajo subir si tienen condiciones naturales o adquiridas, si son más honrados y laboriosos, más sobrios e inteligentes: ejemplo, la rápida elevación de los inmigrantes que llegan sin zapatos y a la segunda generación tienen metidos en un zapato la fortuna, y a veces, hasta el poder público; lo cual, ciertamente, no les sirve para hablar bien del régimen, sino para maldecirlo.

«Cumplir su deber», he ahí la cuestión. Tener conciencia, honradez, patriotismo verdadero. Por el camino de las nuevas verdades, si salemos analizar, llegaremos siempre a las verdades más viejas. Ninguna doctrina se propone el mal de la humanidad. ¡Qué maravilla la tierra si el liberalismo integral se realizara! ¡Qué paraíso nuestro planeta si se estableciera la fraternidad comunista que el socialismo sufía! Si nadie quisiera, *ante todo*, ser diputado, ser Ministro, ser Presidente, adquirir honores, disfrutar de riquezas, gozar de la vida para sí.

En primero como en último término, el problema político se reduce al factor hombre, y la crisis de ideas y de sistemas constituye sólo una perífrasis, un eufemismo decente, una metáfora poética que cubre la desnudez de los espíritus.

«La Nación», de 18 de octubre de 1932.

ALONE

Entre las múltiples organizaciones editoriales que se han constituido últimamente, un grupo de personas estudiosas ha formado una para editar en pequeños cuadernos de clara impresión y presentación excelente, folletos en que se estudian los problemas sociales, políticos y espirituales de mayor actualidad. Es una tarea de vulgarización bien hecha y muy necesaria en estos momentos en que reina en todos los espíritus el más caótico confusionismo ideológico.

L.A.C., seudónimo compuesto por las iniciales del nombre y apellidos de uno de los componentes del grupo a que nos referimos, ha publicado «El liberalismo y la cuestión social», folleto de 32 páginas que en todos los espíritus que lo lean provocará hondas sugerencias y servirá para fijar ideas en una materia tan compleja y debatida como es la llamada cuestión social. El autor que en estas materias posee una cultura acaso la más amplia, profunda y sólida que exista en el país; que ha dedicado toda su vida al estudio y aplicación de las diversas doctrinas sociales; que aunque nacido con todos los dones que puede conceder la vida en cuanto a familia, fortuna y talento ha preferido laborar en silencio, guardando siempre una absoluta independencia de pensamiento y de doctrina liberal pura, la que profesa con pleno convencimiento, frente a los diversos problemas sociales. Para esta exposición se ha basado en los «Principios de Economía Política» de Mac Culloch, discípulo de David Ricardo y considerado como el más puro teorizante de la doctrina liberal económica inglesa.

Se desprende del folleto que los que hablan de liberalismo, individualismo, egoísmo y de otros conceptos tan distintos como los enunciados, generalmente lo hacen en medio de la más santa y conmovedora ignorancia. La doctrina liberal que el autor expone es tal vez la más racional para determinar el alcance del intervencionismo del Estado en lo que toca a los distintos problemas públicos. Aparece que el liberalismo, más que un sistema económico, es una especie de construcción moral agnóstica que propende a la felicidad y prosperidad públicas por medio de la educación y dignificación del individuo, sin cargar a la abstracción que se llama Estado la tarea irrealizable de hacer felices a todos y a cada uno de los habitantes de un país determinado. Es claro que desde Adam Smith y desde el auge del sistema liberal puro, ha llovido mucho y en la actualidad la orientación social predominante es diametralmente opuesta a la que informan las ideas liberales. Por esto quizás las contenidas en el folleto que comentamos se prestan a serias controversias y darán motivo para más de una discusión interesante. Donde aparecen las ideas de Mac Culloch y del autor del folleto que reseñamos más distantes del momento, es, quizás, en lo que se refiere a la fijación del salario. La doctrina liberal pura no acepta el establecimiento de salarios mínimos, que a veces es necesario fijar a fin de evitar situaciones deprimentes

para el trabajador. Hoy día en los campos del centro de Chile, los trabajadores ganan salarios, productos de la oferta y la demanda, que son irrisorios y que no alcanzan materialmente para la subsistencia de ellos, ni mucho menos, por consiguiente, de sus familias. Una intervención fiscal en estos casos es prudente y aconsejable siempre que sea bien inspirada y se funde en realidades y no en abstracciones.

«El Liberalismo y la cuestión social», se encuentra escrito en un estilo claro, preciso, elevado. No en balde su autor ha manejado la pluma desde joven y ha hecho de su vida entera un noble apostolado de cultura, de saber y de caridad para los demás, habiendo llegado a sus años maduros con esa serenidad y confianza que propicia una vida dignamente ordenada y disciplinada», esencia de la doctrina liberal, según lo manifiesta él mismo en las páginas del trabajo que hemos comentado.

«El Mercurio».

Hubo un momento en que la discusión entre socialismo y liberalismo (confundido por algunos, para comodidad, con individualismo), adquirió una extraordinaria sencillez. Dijose terminantemente: el socialismo es el bien, el liberalismo es el mal; el socialismo es la luz, el liberalismo es la obscuridad; el socialismo es la verdad, el liberalismo es el error.

Este razonamiento parece, en realidad, inatacable; pero a condición de ignorar, por lo menos, qué es el liberalismo.

Un escritor oculto bajo el seudónimo de LAC., ha querido definir la doctrina liberal frente a las cuestiones sociales y ha dado a luz un folleto que dilucida nítidamente la cuestión.

Conviene a todos leerlo.

He aquí una de sus bases doctrinarias: «Los hombres (pág. 9 tienen un derecho original, un derecho tan primitivo como el de su seguridad y su propiedad, y que consiste en poseer todas las condiciones esenciales que aseguran una vida completa, sin mutilaciones ni desfiguraciones, de acuerdo con la naturaleza humana, y este principio es únicamente la expresión del principio que sirve de fundamento a todo derecho civil y humano, esto es: que los hombres tienen derecho a las condiciones esenciales que presiden el desarrollo de una humanidad normal, a los antecedentes indispensables para que toda vida humana sea posible, a las necesarias seguridades para la conveniente realización de nuestro común destino como seres hu-

nos «racionales». Como se ve, nada hay de tenebroso, reaccionario ni medioeval.

Más aún. Según el liberalismo bien comprendido, la función fundamental del Estado consiste (pág. 5) en *«establecer derechos de protección para los débiles»*.

¿Qué más ha dicho el socialismo?

Idénticas en el fondo, ambas doctrinas sólo difieren por el procedimiento para perseguir el mismo objeto.

Una quiere la repartición inmediata de la riqueza material: la otra la repartición inmediata de la riqueza intelectual y moral, de la cual aquélla deriva; una expone al incapaz a perder sus conquistas a manos de los hábiles; otra quiere capacitar a todos para que sus conquistas realizadas personalmente, legítimamente, sean duraderas; una proporciona al pueblo armas de fuego que pueden volverse en contra de la colectividad y arruinarla; otra le da armas de cultura, educación, conocimientos que beneficiarán a todos y no pueden perderse. El socialismo atribuye la máxima importancia al aspecto material del individuo, el liberalismo a la parte intelectual; el primero quiere llenarle las manos, el segundo el cerebro; una lo trata como animal, otra como hombre.

Hay que leer el folleto de LAC.

Apoyado en buenos autores, sin pasión, de un modo preciso y objetivo, expone la política liberal en presencia de las cuestiones sociales y contribuye oportunamente a fijar el criterio e ilustrar la inteligencia en asuntos de la mayor y más urgente actualidad.

E. I. R.

«El Mercurio».

Hace algún tiempo, años atrás, este mismo libro apareció como si dijéramos, en germen o en extracto: era un breve folleto de pocas hojas con la misma portada y el mismo título.

Los acontecimientos lo han hecho engrosar.

Llega ahora a la página 411 ... ¡Cuántas cosas y cuántos casos se han sucedido desde entonces! Alimentado por la corriente de los sucesos contemporáneos, LAC, —que anuncia otra obra para una fecha próxima— podrá permitirnos navegar en un océano.

Se trata del tema de nuestro tiempo.

En el fondo, la doctrina permanece idéntica: sólo que no re-

sulta fácil definir el liberalismo como doctrina y que la definición se vuelve problema tan difícil como salvar una fortaleza asediada por múltiples lados cuando hay que defenderla contra los ataques, tergiversaciones y malentendidos que en torno suyo tralan, para desacreditarla, la mala fe y la ignorancia, los intereses y las pasiones, la pereza mental y el desconocimiento de los hechos.

¿Cuál es, por ejemplo, la actitud del liberalismo ante la cuestión social?

A esta pregunta, así la extrema derecha como la extrema izquierda responderán sin vacilaciones: cruzarse de brazos, «dejar hacer, dejar pasar». Esa fórmula episódica, síntesis de un momento y arma que se esgrimió para romper las tarifas aduaneras interiores, representa, para muchos, el alfa y el omega del sistema liberal y encarna el cómodo egoísmo de los conformistas, interesados en que la sociedad no cambie a fin de conservar ellos su posición privilegiada.

Ahora bien, en su esencia, el liberalismo significa precisamente lo contrario.

Y es su contrario, el sistema socialista, el que conduce a tal estancamiento de las formas.

La idea liberal aparece y toma energía luchadora siempre que cualquier sistema autoritario cristaliza en dogmas y empieza a convertirse en tiranía estática. En su primera etapa y al comienzo, libertad envuelve negación, ruptura de lazos y abrir caminos a la iniciativa creadora. Cuando la religión domina y quiere imponer sus mandamientos, la ciencia, la filosofía, el pensamiento invocan contra ella la libertad de observar, de investigar, de pensar; cuando la ciencia ha vencido e intenta, a su turno, sofocar las teorías contrarias, es la religión la que reclama sus derechos y pide el «espacio vital» que necesita.

Pero, además de su aspecto negativo y su impulso primario a despejar el campo, la libertad, convertida en sistema, vuelta «el liberalismo», ofrece una faz constructiva, la más ampliamente abierta hacia el futuro y la única que permite el acceso de lo nuevo y lo desconocido.

Se apoya para eso en el gran resorte de la actividad humana sea práctica, sea pura y elevadamente especulativa: el individuo.

Confiado en la colectividad, fanático de Dios - Estado, el socialismo y sus derivaciones construyen ese gran mito, concretan esa abstracción, la embellecen y adoran y llegan, fatalmente, a la posición religiosa que no admite variaciones, que estabiliza dogmas y persigue a los herejes.

El liberalismo rechaza, por definición, las afirmaciones inflexibles, excepto las dos o tres, fundamentales, que tocan al fondo de la naturaleza humana y guardan la chispa íntima y última de la cual todo proviene y a la que todo ha de retornar.

Así como el tratadista religioso escribía que en toda gran cuestión teológica, se puede sostener que en toda cuestión social hay siempre una verdad —o un error— de psicología.

La primera piedra del sistema liberal asienta en el individuo y, dentro de ese individuo, busca, a su vez, la fuerza más constante, más permanente, más invariable, tal como la observación lo ha demostrado a través de los siglos y sigue demostrándolo en la experiencia cotidiana: el interés particular, el ansia de mejoramiento y superación a que cada cual, dentro de su esfera, máxima o mínima, tiende por ser irresistible.

He ahí lo que es preciso, ante todo, por encima de todo, a despecho de todo, ver, cuidar, conservar, alimentar y estimular, librándolo de las trabas que intentan ahogarlo.

Psicológicamente, es una verdad que se impone con la luz de la evidencia. A medida que un problema se acerca al interés personal, el hombre trabaja y discurre con mayor eficacia, con más constancia y denuedo; en la proporción exacta en que tal problema se distancia, el hombre modera su ritmo, tolera aplazamientos, se da reposo y acaba por descansar en la inercia regresiva, hasta atrofiarse.

Es una condición que está en la naturaleza humana como el germen vital en la semilla.

Se replicará: —Bien; pero el liberalismo descuida ese germen, abandona esa semilla, que necesita abrigo, protección, riego y cultivo para su prosperidad. El interés individual solo no lo puede todo y, a veces, no puede nada, sino perecer de impotencia.

He ahí una de las exageraciones —no la única— a que conduce la discusión partidarista. LAC puede considerarse entre nosotros el más puro teorizador de la doctrina liberal y uno de los pocos que no admiten relajaciones teóricas. Pues oigámosle lo que dice al respecto en la página 17 de su libro: «Con el progreso de la sociedad nacen nuevos peligros contra los cuales se requieren nuevas protecciones. El antiguo derecho legal necesita reconstruirse de acuerdo con las nuevas situaciones y, a veces, es necesario crear nuevos derechos desconocidos». Estamos lejos, como se verá, del clásico «laisser faire». Hay más. Continúa a renglón seguido: «Pero en estos casos, la política liberal no se aparta de sus principios tradicionales ... el Gobierno se concreta a su función fundamental que es la de establecer derechos de protección para los débiles, de acuerdo con las nuevas situaciones».

«¿Usan otro lenguaje los teorizantes del socialismo avanzado?»

Y es que se olvida, en el ardor de la disputa, que unos y otros, liberales y socialistas, individualistas y comunistas, tienden exactamente al mismo fin, persiguen un objetivo idéntico, el mayor bien del mayor número; y sería del caso preguntarse cómo podrían aspirar a otro.

La diferencia está en el punto de apoyo o de partida que engendran diversidad de procedimientos.

Extremando las semejanzas, cabría sostener que el socialista es un liberal apresurado y corto de vista, que reclama el remedio inmediato de los males próximos por el camino que encuentra más rápido, y el liberal es un socialista de mente despejada, que no ve fantasmas, que cuenta con los insalvables obstáculos naturales y no al paso más violento, sino al más seguro, contando con las distancias y el factor tiempo.

Uno y otro quieren el progreso material, moral, intelectual, que los pobres conquisten la riqueza; que los malos se enderecen; que los ignorantes se instruyan; pero el socialista confía en que el Estado, compulsivamente, por decreto imperativo, los transforme en breve espacio, entregando a los desposeídos los bienes de los poseedores, educando a los ineducados, instruyendo a los que no saben, por ministerio de la ley civil y mediante la acción de un cuerpo de funcionarios oficiales, mientras el liberal advierte que este cuerpo de funcionarios, compuesto de hombres reales, no podrá dar nunca sino lo que tiene, es decir, algo que no es, exactamente, la verdad, la bondad, la justicia; que sin medios afinados y eficaces la ley, por excelentes que se supongan sus propósitos —y no siempre lo serán, porque también provienen de seres humanos— tampoco producirá frutos benéficos, ilustrados y justos y, a veces, los dará enteramente opuestos; y que si se entregan bienes materiales a individuos incapaces de apreciarlos y conservarlos, esos bienes desaparecerán y la sociedad no saldrá ganando nada, sino perdiendo mucho.

Cuestión, como se ve, de psicología elemental; diferencia de ritmo engendrada por diferencia de visión.

Colocado en un terreno práctico, el problema resulta fácilmente accesible a una mentalidad corriente, no ofuscada por prejuicios pasionales.

Por desgracia, no es esa la atmósfera que reina en el terreno político y sus vapores suelen subir hasta las altas esferas filosóficas donde la fantasía trascendental se mezcla para complicarlo.

Cualquiera entiende lo que es la libertad individual y cómo puede alcanzarse el mínimum de presiones u opresiones autoritarias para que el individuo, puesto en un medio favorable, rinda el máximum de su potencia intelectual, moral, práctica, formando así una sociedad robusta y progresista que, lenta, sólidamente elimine la ignorancia, la maldad y la miseria del mundo, porque lo que es cada hombre será el conjunto de los hombres y, por más esfuerzos que se hagan, por más decretos que se dicten, por más empleados públicos que se nombren, nunca se logrará sacar de un continente sino lo que su contenido encierra.

Pero, en seguida, a impulsos de los movimientos sociales, el pensador genial y expresivo sobreviene que reduce el caos a fórmulas casi ininteligibles en las cuales se apoyan los que sólo desean comprender cuanto les conviene.

A la pregunta: ¿Qué es la libertad?, se suceden infinitas contestaciones.

LAC, estudioso que va a las fuentes y que lo ha leído, aproximadamente, todo, escoge entre las definiciones típicas de las cuales derivan las más vulgarizadas y paradógicas, un párrafo de Hegel, el filósofo de los enigmas, padre y maestro de Karl Marx y abuelo, por tanto, de los doctrinarios comunistas.

Dice:

«La libertad es el espíritu consciente de sí mismo, como la última realidad y es indispensable que la realidad sea, porque de no ser así, no habría existencia verdadera. Una definición justa de la libertad será aquella que consiga mostrar la conformidad del pensamiento con el ser... y no puede haber conformidad del pensamiento con el ser, sino en su identidad. La verdad es una identidad tan profunda del pensamiento con el ser que ella misma es un ser pensante.»

Hay más.

Como la libertad, según Hegel, debe ser realizada por el Estado, define en seguida qué es el Estado:

«El Estado es la realidad de la idea moral en cuanto voluntad substancial, aparente, clara a ella misma, que se piensa y se sabe y que realiza lo que ella sabe en la medida que lo sabe... El Estado, en cuanto es la realidad de la voluntad substancial que reside en la conciencia de su existencia particular, elevada hasta el sentimiento de su generalidad, representa lo que es racional en sí y por sí... El Estado —finalmente— es en sí el todo moral, la realización de la libertad y es el todo absoluto de la *razón*, porque la libertad existe realmente...»

Si un orador de asamblea pronuncia éstas o parecidas frases ante un auditorio popular, en tono convenientemente enfático, con bastantes alzas y bajas de la voz, no cabe duda de que suscitará frenéticos aplausos, como tampoco cabe duda de que ni él ni sus oyentes habrán entendido una sola palabra del discurso.

Pero aunque pura y enrevesada metafísica (ya se sabe la definición que daba Voltaire de Metafísica: Cuando Ud. no sabe lo que pregunta y yo no sé lo que contesto, entonces estamos hablando de metafísica... «alors, c'est de la métaphysique!») las frases del pensador germánico, traducidas y destiladas, en escala descendente, a través de sus comentarios, tienen una versión común.

La primera desemboca en el postulado vulgar: libertad para morirse de hambre que confunde libertad para hacer con poder hacer y niega, por tanto, que el hombre pobre disponga de efectiva libertad. Puesto que no puede nada.

La segunda es el endiosamiento del Estado, el convertir una abstracción en un ser concreto y pretender que de una reunión de individuos pueda surgir algo que no está en ninguno de los individuos.

¿Será necesario refutar tales sofismas?

La libertad como la conciben los liberales presenta un sentido claro; consiste en despejar el camino de obstáculos artificiales, en permitir al individuo capaz el ejercicio de sus capacidades, en no sostener artificialmente al incapaz para que los unos, por su trabajo, asciendan y los otros, por su ocio, desciendan. Es decir, se apoya en la realidad primaria, concreta, visible y accesible en el hombre verdadero, tal como es, entregado a su suerte, cuartándole la mala, estimulándole la buena material, ni el Estado ni nadie ni nada sobre la tierra podría asegurarla; la libertad no existiría ni habría esperanza de que existiera.

En el hecho, la libertad, bajo el régimen socialista, desaparece. El Estado omnívoro, omnisciente, omnipotente, no la tolera. No la ha tolerado nunca. Está en su naturaleza dogmática el proscribirla y cas constituye su deber. El ejemplo histórico de la Inquisición nos ilustra al respecto: los inquisidores, al quemar herejes y culpables de falta contra los mandamientos de la Iglesia, procedían con lógica absoluta y obraban santamente, en conciencia. ¿Pero si ellos conocían la verdad ¿Cómo habrían podido ser tan egoístas e insensibles para admitir que los hombres se perdieran desconociéndola y atropellándola? Los revolucionarios del 93 también poseían la verdad y también obraban en conciencia, procedían con rectitud de corazón. Y los comunistas rusos igualmente: exterminaron una clase social entera, porque esa clase, dados sus dogmas infalibles, perjudicaba a la sociedad, formaban una casta herética, eran microbios patógenos que necesitaban el uso de un desinfectante. Un deber médico, una obligación científica, dolorosa si se quiere, pero indispensable.

El endiosamiento del Estado, lleve el nombre que lleve, conduce invariablemente a ese fin.

Y a otros más ...

El individuo, bajo su férula, permanece niño. Un cuerpo de funcionarios obedientes lo sujeta a una obediencia estricta; lo toma en la cuna, lo alimenta, lo moldea, le coloca uniforme, lo lanza a luchar un día contra un enemigo, al otro día en favor de ese enemigo al día siguiente, de nuevo, contra el amigo de ayer, enemigo de anteayer. El individuo, en rebaño, va dócilmente porque es lo que le han confiado que haga, porque no puede hacer otra cosa, porque no tiene idea de lo que es la libertad o, mejor dicho, cree que la libertad de que hablan los liberales no constituye sino una inmensa farsa.

Mientras tanto, ya podremos suponer qué será de la invención libre, de la investigación científica, del pensamiento filosófico, de la creación artística, de la actividad práctica, de todo lo que el individuo

invento, apremiado por las circunstancias, solicitado por su vocación, cuando tiene delante un camino despejado y no ve límites a su apetito de novedades mejores.

Si la ruina total no sobreviene a corto plazo, es porque la naturaleza de las cosas se opone y, apesar de todo, fuertes corrientes de espíritu liberal irrumpen y circulan en los más cerrados sistemas socialistas y esa gran maestra que es la realidad acaba por imponerse a los puros teóricos, obligándolos a desdecirse y contradecirse, prácticamente.

Y es que el mundo no es una teoría.

El hombre, el individuo humano, rehusa encajar dentro de una fórmula.

Justamente en eso, en sus contornos, flexibles, en su ausencia de dogmatismo férreo, en su elasticidad para adaptarse y transformarse, en cierto aire de incertidumbre que los ideólogos le reprochan, reside la superioridad del sistema liberal, que no es una camisa de fuerza ni una armadura hecha a golpe de raciocinio, sino un criterio, una norma, una dirección, algo como el buen sentido aplicado a la economía y la política, consultando, ante todo, la posibilidad y la imperfección no sólo de los gobernados sino, también, de los gobernantes.

El socialismo cree en ellas, pero las aplica únicamente a los gobernados.

Sin embargo, aun condenándolo como sistema absoluto, sería injusto y parcial desconocer los beneficios que su influencia, detenida y contrarrestada, ha traído a la legislación en multitud de instituciones favorables, económicamente, a las clases media y popular, instituciones que no habrían existido en un ambiente de puro liberalismo y que han creado ayudas poderosas a los necesitados, aun cuando, al apoderarse de ellas algunos partidos las hayan bastardeado mucho, hipertrofiándolas de burocratismo, la gran falla práctica del sistema socialista.

El mundo, el compuesto humano, habrá que repetirlo, no es un teorema sino una gran mezcla viva, un continuo ensayo, una retorta donde las acciones y reacciones se suceden.

ALONE.

«El Mercurio», 26 de julio de 1942.

Hace algunos años, don Luis Arrieta Cañas uno de los espíritus más cultos y estudiosos de nuestra tierra, publicó unos pequeños cuadernos sobre temas de candente y permanente actualidad: el marxismo y la cuestión social; el socialismo de cátedra y el mismo problema social. Eran folletos, nutridos de ideas y de doctrina, en los cuales con un estilo sencillo y por medio de explicaciones fáciles, se trataba de analizar los conceptos más en boga, sobre los problemas políticos y económicos que están en permanente debate. El autor iluminaba los asuntos que trataba y ponía de relieve la lamentable confusión que existe en torno de los problemas sociales y económicos, debatidos por lo general en forma muy superficial y en los medios de las asambleas políticas, carentes de ilustración y de cultura, por lo común.

Recientemente ha aparecido el folleto sobre «El liberalismo y la cuestión social», transformado en un libro de 411 páginas en octavo, con un magnífico acopio de erudición, en el que se hace un desarrollo claro de la doctrina liberal ante la compleja variedad de problemas que tienen el denominador común de la «cuestión social». El autor es un liberal ciento por ciento. Estudioso de las doctrinas económicas y de los sistemas filosóficos don Luis Arrieta Cañas encuentra en el liberalismo, en el auténtico credo liberal formado por los autores más sobresalientes y que no se encuentra concentrado en ningún código, la más adecuada posición intelectual para encarar y resolver las dificultades de orden económico, social y político que afligen al mundo contemporáneo. Tiene el autor el suficiente criterio y la necesaria inteligencia para considerar que el liberalismo no es una especie de panacea universal, pero sostiene, con firme convicción y con sólidos argumentos, que dentro de la realidad de los hechos y atendida la naturaleza de los fenómenos económicos y el desenvolvimiento de la vida social de las colectividades, solamente la aplicación integral de los principios liberales puede permitir la paulatina solución de las dificultades existentes.

«La estructura de la economía pura del régimen liberal —dice el autor estudiando al profesor Antonelli— consiste en: una fuerza el interés particular; un marco, la propiedad individual; una norma la responsabilidad personal; un ambiente, la libre competencia». «Son las condiciones expuestas, podemos decir, los pilares en que debe basarse el régimen económico liberal para su correcto funcionamiento. Tales condiciones existieron en algunos países de Europa, después de la Revolución Francesa y hasta fines del siglo pasado, y permitieron el maravilloso desenvolvimiento del siglo XIX, uno de los más progresistas de la historia de la civilización, pese al calificativo de «estúpido» que lo calificara un polemista más virulento que profundo.»

En esta estructura, don Luis Arrieta Cañas ve las mayores posibilidades de progreso y por ello defiende la idea liberal con todo el calor, con toda la energía, con toda la fuerza de una convicción be-

damente sentida y largamente meditada. Es emocionante leer las páginas del señor Arrieta. En nombre de la doctrina liberal, hecha de tolerancia y de comprensión, arremete contra las teorías modernas, socialismo y comunismo, hasta pulverizarlas y mostrar al desnudo las nefastas consecuencias, económicas y sociales, que de ellas derivan. Desgraciadamente los sucesos sociales, no marchan pautados por ninguna lógica, ni sujetos a ningún raciocinio. A pesar de que la doctrina liberal ha dado al mundo días excepcionalmente venturosos, los tiempos que corren son poco propicios para ella. Cada día, el mundo se aleja más del liberalismo económico, y el intervencionismo fiscal, en una forma o en otra, engrandeciendo al Estado va reduciendo al individuo a la calidad de una pieza sin importancia, en un organismo gigantesco. En los estados totalitarios —Rusia, Alemania, Italia— la personalidad individual es absorbida por el poder casi omnímodo del Estado. ¡Casi igual que en las organizaciones comunistas primitivas, persas e incaicas, en tiempos que nos parecen muy remotos!

Don Luis Arrieta Cañas, pese a las mutaciones de los tiempos, permanece fiel a la doctrina liberal, porque es un convencido de ella, y podría agregarse, un enamorado de ella. Su actitud está sintetizada en las líneas finales de su obra. Recuerda y para ello se remonta a la historia griega, a aquella antorcha «que el muchacho griego encendía en el altar de Prometeo a las puertas del jardín de la Academia» y que debía ser llevada de mano en mano, hasta el pie de las murallas de Atenas. Para él esta antorcha es la idea liberal, y es necesario mantenerla, «transmitirla de generación en generación, siempre encendida, alumbrando con ella las rutas que tenemos delante, como alumbró las que han sido recorridas». Concluye con elocuencia: «Debemos mantenerla en alto, con brazo y voluntad rígidos, sin timideces ni vacilaciones, muy en alto con vigor, con entusiasmo, con fe porque su luz es Dignidad y Libertad».

Es alentador, y denota la calidad de un espíritu muy elevado y muy noble, el tono de las frases transcritas. En el ocaso de una vida que no es corta, consagrada por entero a las más altas disciplinas espirituales, puede dar lecciones de fe, de entusiasmo, de vigor intelectual, a las jóvenes generaciones del momento presente, que se dejan perecer en medio de un demoledor escepticismo.

A. V. A.

«El Mercurio».

Con la más íntima satisfacción hemos leído las páginas escritas por don Luis Arrieta Cañas para exponer y defender la doctrina liberal, constantemente tergiversada, o mejor dicho, desfigurada hasta la caricatura, de buena o de mala fe por sus impugnadores socialistas y a veces por causa de una supina ignorancia, por quienes pretenden ser sus mantenedores.

En las cuatrocientas páginas en que el autor dilucida los principios socialistas y los principios liberales que se disputan el Gobierno al Estado en la mística providencia de los estadistas, queda diáfanamente al desnudo el error de convertirlos sometido a la esclavitud, y también el disparatado concepto de muchos pretensos liberales que, imaginándose tales, repudian toda intervención del Estado en la vida industrial, comercial o social de un país.

Nada más urgente, como lo apunta el prefacio de este libro, compendio de ideas y de hechos, que la acción salutífera de purgación y lavado de los pobres cerebros débiles, enfermos y oscurecidos por los disparates.

Con frecuencia en este tratado de política y de economía, porque en el fondo es un verdadero texto didáctico sin frases rimbombantes, sino en romance crudo y sencillo, se recurre, no a caligrimosos razonamientos, sino a ejemplos prácticos que casi materializan la demostración.

«Saquead a los que os han saqueado», vocifera Lenin...

Como reza el dicho vulgar, se da vuelta la tortilla. Los patronos a fuerza de impuestos, de galeras, de multas, sanciones y de inspectores burocráticos, pasan a ocupar el sitio de los antiguos explotados y saqueados y éstos a sentarse en la silla de los antiguos amos explotadores.

La táctica electoral del socialismo o comunismo (que ambos son la misma alforja) se reduce al chiste del payaso.

Los viajantes en tercera clase pasan al carro Pullman con el mismo boleto y los del Pullman se acomodan en la reja de los caballos arreglada la cuestión social.

Respecto de las caricaturas con los cuales algunos ensayan, dentro de las mismas corrientes morigeradas del socialismo evolucionista, o de la muy manida y vaporosa democracia social conservadora, o de cátedra, desprestigian a la doctrina liberal, el autor hace observaciones en extremo contundentes que pintan la ignorancia de quienes confunden al liberalismo actual con el torpe y ciego individualismo egoísta de los promedios del siglo pasado.

Para un hombre cuerdo, este libro del señor Luis Arrieta Cañas

es una síntesis equivalente al pensamiento del filósofo griego magníficamente expresado por Santo Tomás:

«La medida de todas las cosas es el hombre.»

Este principio en nada difiere de la esencia doctrinaria del orden social cristiano, y a nuestro entender, tampoco del verdadero liberalismo, tal como lo expone y lo comenta el autor del libro que acaban de imprimir los talleres de «El Imparcial», en segunda edición, que tiene el mérito de habernos dado, a los lectores profesionales un libro que permanece abierto donde plugo abrirlo al lector y unas páginas de confortable lectura.

Ojalá que este libro escrito por un hombre ilustre, que se oculta con sus iniciales, símbolo de su modestia incomparable, sea difundido para extirpar los desatinos de quienes con una pertinacia de analfabetos de capirote se empecinan en organizar una nueva sociedad parahumana, como si el hombre fuese una pieza mecánica y no un ser inteligente, libre en su albedrío y responsable de sus actos.

«El Imparcial», 16 de julio de 1942.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL SOCIALISMO DE LA CATEDRA Y LA CUESTION SOCIAL

Consuela y alienta observar a un intelectual, don Luis Arrieta Ca-
ñas, que llega, en pleno vigor mental, a los setenta años laborando, en
problemas tan complejos como el socialismo, en sus variadísimas gama
y matices a través de todos los tiempos.

Su reciente obra *El socialismo de la cátedra y la cuestión social*
es el fruto de un sabio estudio, paciente y serenamente orientado, den-
tro de una gran honradez filosófica, hacia el esclarecimiento de uno
de los problemas de mayor alcance moral y económico que han agi-
tado y dividido a la Humanidad.

El autor se ha documentado en todas las fuentes, así en las obras
de los numerosos autores que estudia y medita, como en las pal-
tantes discusiones de los parlamentos y cátedras del viejo y nuevo
mundo.

En páginas nutridas de sinadas observaciones, hijas de su
vastísima lectura, analiza con singular visión las leyes económicas,
la economía y la moral; la libre competencia y el salario mínimo.

Al situar a los economistas de la Escuela Clásica Liberal, exhibe
las deficiencias de los socialistas de la cátedra, que confunden, im-
pulsados por las necesidades de la polémica, el interés particular, mo-
tivo económico, con el egoísmo, defecto moral, junto con negar que
el interés particular sea el único motivo que impulsa al hombre a la
producción de las riquezas.

Tomando pie de los grandes tratadistas, Smith, Say, Ricardo
y Malthus el señor Arrieta esclarece meridianamente el hecho de que
los clásicos no sólo repudian el egoísmo en que podía degenerar el
interés particular mal comprendido, sino que muestran, dice, la impor-
tancia que toma para ellos la práctica de los sentimientos que hoy se
comprenden en la palabra «altruísmo».

De donde fluye que el interés particular no es el egoísmo, e
por el contrario, el motivo natural, conveniente, inevitable, no sólo
mente en el orden de las actividades económicas, sino en el de todas
las determinaciones humanas. Así, dice, la bondad, la compasión, la
caridad mal entendidas, inconsultamente prodigadas, alientan acti-
dades, fomentan vicios, acostumbran a la hipocresía y al servilismo.
Pero no por esto, esos nobles sentimientos e impulsos, deben ser
condenados.

Exterminado en este terreno de palpitante actualidad el «fascismo criollo», Arrate estudia con la debida serenidad y altura la empresa conspirativa, calculada, o mejor dicho, triturada por Francisco Ferrara, enfrente de la tentativa fascista, que, como es notorio, ha decaído día a día.

El cable de la semana pasada nos trae un entretelón de este batallar en Washington, en donde han sido acusados Henry Ford y Tom Girdler (Jefe de la Republic Steel), *«de hacer al Hitler norteamericano que les ayude en su guerra contra el trabajo organizado»*.

El representante de los obreros dijo en presencia del Subsecretario del Interior «que detrás de cada fascista está la figura del enemigo del trabajo, patrón o compañía que defiende sus ganancias atacando directamente las organizaciones obreras».

«Los fascistas, añadió, están intentando lo mismo en este lado norteamericano. Y la reciente abortada revuelta de Cedillo en México fue apoyada por agentes nazis que actúan en favor de los trusts, tan contrarios al trabajo.»

Es menester repetirlo: esta contienda no se da tregua: la hoguera está encendida.

Y toda esta lucha afanosa e incesante de liberales y socialistas, desorienta, desacomoda y perturba al mundo entero en una lastimosa confusión, que aclarada a la luz de la verdad, con verdadera altura comprensiva, se traduciría en un paso enorme e inapreciable hacia mejores días en el vivir de la humanidad.

Porque lo curiosísimo es que ambas escuelas, dispares, van tras el mismo ideal: la felicidad. Y ambas, no hay por qué dudarlo, luchan de buena fe.

Pero, permítaseme una breve digresión. ¿Qué es la felicidad?

—¿Cómo definirla? Cuando ella envuelve un concepto tan impreciso, vago y relativo, desde el momento que cada cual la hace consistir en un fin dado, ya sea en la riqueza, que son los más, ya en los honores; ya en la soñada medianía de Horacio, o la serenidad de no pocas escuelas poéticas de la antigüedad clásica; ya, en fin, en el efímero amor, con todas sus veleidades y crueles inconstancias. Y mientras tanto los hombres siguen apartados, por más que formen a cada instante instituciones para agruparse y ayudarse colectivamente en cooperativas, pensando, como discurrieron hace veintitantos siglos «la unión hace la fuerza».

Cuando se lee y medita en torno de este pequeño y enorme libro, que honrará por muchos años a la cultura chilena, no puede dejarse de experimentar algo como un consuelo, porque sin duda alguna estos problemas, meditados tantas noches y días en la serenidad de la montaña de Peñalolén, irán alejando las brumas caliginosas que sin razón, ni conveniencia, han ido apartando a los hombres.

Lo que hay en el fondo es que este problema requiere cerebros muy cultivados, cabezas muy firmes, para resistir la sugestión colec-

tiva de los socialistas que, de buena fe, van cavando una sima, obscureciendo el horizonte enredados en la madeja enmarañada de sus teorías brillantes y atrayentes como alas de mariposas.

Por eso he creído siempre en mi dilatada trayectoria de maestro que para que haya paz y más afecto entre los hombres e imperen las virtudes y la alegría en el hogar, es indispensable que se dé fundinal importancia a la educación moral al estímulo de un más honda

Naturalmente, es cuestión previa la debida descongestión de los programas, así secundario como universitario, excesivamente recargados, para dar entrada en ellos a la educación moral y científica y una verdadera estructuración de reflejos para la comprensión y cumplo cada vez más severos de los valores éticos.

En nuestros días domina la teoría socialista en el mundo. Fue su padrino el liberalismo político y económico. Y sin duda, tendrá que caer andando el tiempo, en medio de una ruina inevitable de la economía; del desengaño de las masas que flaquearán hasta el hambre. No hay duda de ello.

Los pensadores, los artistas, los poetas se verán proscritos.

Y ésta será la hora en que el liberalismo y el hombre, como observa con talento Alone, renacerán para ocupar el sitio de preeminencia que les corresponde.

El momento está distante, pero podría aproximarse mucho, si se abriesen cátedras para ir esclareciendo esta dolorosa incógnita despiciadora de la sociedad.

La atmósfera se halla densamente impregnada de las teorías socialistas. Participan de ellas, hasta altas cúspides del liberalismo. Flota un grave peligro.

Es el caso de un verdadero contagio o sugestión colectiva. Según el señor Arrieta, el propio Sumo Pontífice habría caído en la extravagancia, al incorporar ciertos puntos de vista en sus Encíclicas como despliega las agilidades de un demonio....

Como se ve, la obra de que me ocupo es una fuente inspiradora de soñados instantes de un avenimiento y fraternidad real y efectiva entre los hombres.

Su realización ha menester una severísima selección del magisterio, para que éste no se deje deslumbrar y oriente a la juventud hacia el más alto concepto de la justicia y del bien.

El poeta-filósofo Goethe tuvo mucha razón al traspasar el umbral de la vida hacia la eternidad, cuando dijo:

—¡Luz! más ¡luz!

«El Imparcial».

AGUSTÍN CANNOBBIO G.

Alimentado por una erudición copiosa, vibrante de argumentos sutilmente nítidos, elocuente y sabio, a veces, otras familiar hasta la llaneza más sencilla, siempre con un ímpetu que provoca el interés de los lectores, este libro, al mismo tiempo que define ordenadamente su materia y va clasificándola, establece comparaciones constantes entre la escuela socialista, y hace surgir sin esfuerzo un paralelo que presta relieve a la actitud de una y otra ante los problemas fundamentales de la economía política y de la política económica.

Su lectura despeja muchas incógnitas y aclara confusiones en que habitualmente incurren los comentaristas —o sea, la mayoría de la población en la actualidad— cuando dilucidan estos problemas, ya desde el punto de vista de la izquierda, ya de la derecha.

Sería tarea difícil resumir aproximadamente el contenido de una obra que es resumen de resúmenes y último resultado de estudios y meditaciones profundas, seguidos con ardor vital durante una larga existencia no ocupada por otras actividades.

Preferimos echar la sonda en puntos esenciales y sentar algunos postulados que pueden servir para orientarse en este marremágnum donde, por lo demás, no hay palabra perdida ni divagación inútil, sino densa y continua enseñanza de la más pura ley científica.

Existe un momento en que liberales y socialistas coinciden: es el instante de la partida, cuando unos y otros formulan sus propósitos, sus deseos y sus esperanzas. Las dos escuelas creen que el mundo progresa y que la buena organización del Estado puede acelerar ese progreso; ambas estiman que el Gobierno del mundo, tal como está, es imperfecto y confían en que de su perfeccionamiento resultaría una mayor suma de riqueza y que esta mayor riqueza, fuente de bienestar material, intelectual, moral, acrecentaría la cuota de felicidad de cada uno.

Por desgracia, este acuerdo sólo dura lo que el apretón de manos de los viajeros al despedirse para tomar distintos trenes.

En seguida, sus caminos se apartan.

El liberal, hombre práctico, por lo general, también, hombre rico, sin necesidades apremiantes, tiene la cabeza despejada y mira o cree mirar las cosas tales como son, sin añadirles elementos pasionales, sin agregarles sueños excesivos, con prudencia, con tacto y sentido de las responsabilidades.

El socialista, cuyo corazón ardoroso le caldea el cerebro, más enamorado de las doctrinas posibles que de los hechos concretos, sintiendo en carne viva y propia los dolores, las privaciones, los fracasos, se inclina fácilmente a transformar el panorama en un cuadro que sus manos provistas de hábiles pinceles podrían modificar rápida y fácilmente.

El liberal, para construir su sistema, se apoya en una realidad

tangible, que es el hombre; lo considera variable, pero consustancial, cree posible mejorarlo y modificarlo, pero hasta cierto punto y dentro de ciertos plazos, no muy breves; consulta sus buenas cualidades, su generosidad, su entusiasmo altruista, pero no olvida sus defectos, su dureza, su rutina, su egoísmo personal o familiar y cuenta con ellos.

El socialista, inclinado con esa entidad diversa que es el individuo, salta por encima de él y se apoya en la colectividad, en la sociedad abstracta, en el Estado. El hombre puede protestar, tácita o expresamente, cuando lo manejan para ciertos fines y le atribuyen tales y cuales necesidades, creencias, deseos. En cambio, esa grande abstracción anónima que es la sociedad, la nación, el pueblo, permite que se tomen con ella toda clase de libertades y nunca dice ninguna toria.

Por eso los liberales son tan parcos y los socialistas son tan pródigos de afirmaciones generales, de leyes, de reglamentos de organización y disciplina. Unos abren los ojos, ven cuerpos materiales, ven movimientos, costumbres, tradiciones, realidades fisiológicas y psicológicas de una formidable consistencia y encuentran que golpear todo aquello, poner de acuerdo ese cúmulo de apretados desacuerdos, constituye una tarea vasta y difícil y se inclinan a moderarse, a refrenar la acción y reducirla a un prudente mínimum. Los otros, perdidos en medio de la multitud, hacen sus grandes líneas simplificadas de generalizaciones teóricas, lógicas, componen teoremas de principios absolutos y, en el fondo, piensan que gobernar bien, hacer la felicidad humana por medio de leyes sabias y justas, depende únicamente de la buena voluntad de los gobernantes y también, un poco, de su instrucción, de su inteligencia, de su capacidad para apreciar, no la realidad humilde, sino «las grandes realidades», la «realidad social», el bien común.

Y como este bien o bienestar común lo necesitan y lo desean ellos, sea por temperamento, sea por situación económica o social, mucho más imperiosa y vehementemente que sus adversarios, tendrán que, por regla general, el socialista es un hombre elocuentísimo, apasionado y apasionante, de una dialéctica seductora, de una fantasía admirable, mientras el liberal, frío, sesudo, analítico, desconfía por sistema del entusiasmo rehusa los efectos oratorios o carece de elementos para conseguirlos ante las masas y no siente ni despierta pasiones arrebatadoras.

El liberalismo representa la realidad gris, mediocre y antipática es el inconveniente, el «no se puede», el «hay que esperar», el «ya vendrá con el tiempo»; el ante todo «ese necesita trabajar y que cada uno cumpla sus deberes y se conforme, mientras tanto».

Nada de eso vale, en cambio, para el socialismo, que es todo ardiente, profético y apocalíptico, que encarna los sueños y materializa la eterna aspiración humana hacia un presente y un futuro mejores

A su juicio, las leyes lo pueden todo y a esas leyes escritas por unos hombres sobre unos papeles no hay leyes naturales de ninguna especie que puedan oponerse.

Veamos a liberales y socialistas en presencia de dos problemas económicos esenciales, dirijámosles preguntas de esas que van al fondo íntimo de la cuestión y escuchemos sus respuestas.

Son características.

¿Cuál es el móvil principal de la actividad económica? ¿Qué resorte de la maquinaria psíquica impulsa al individuo a trabajar para crear riqueza? ¿Por qué el agricultor cultiva la tierra, vende el comerciante y el especulador especula?

La contestación del liberal es inmediata, rotunda y breve: *el interés particular*. El hombre tiene hambre, tiene sed, quiere gozar, ama los honores, las comodidades, la buena casa, el buen vestido, gusta de las fiestas con amigos y también, a veces, con amigas. Todo eso exige dinero. Mucho dinero, cada vez más dinero. Se presentan, a veces, excepciones: algunos santos dan su fortuna y salen a mendigar. Son, desgraciadamente, pocos. Cada vez menos. Algunos avaros se complacen en no gastar nada y otros sienten placer martirizándose, haciéndose azotar, como ascetas perversos. Felizmente, tampoco son muchos. La regla es el hombre honesto y egoísta que lucha y se sacrifica para sacar provecho, por darse gusto en cosas que le gustan. He ahí el resorte, no único, sino «principal» de la máquina económica, el gran productor de riqueza que es necesario aprovechar en beneficio de todos: el interés particular, la maravillosa herramienta del individuo en acción.

La respuesta del socialismo es muchísimo más larga e ingeniosa. Las verdades evidentes sólo necesitan enunciarse; en cambio, las paradojas requieren un terrible despliegue de inteligencia y toda clase de argumentos probatorios y comprobatorios, deductivos e inductivos. El socialista, por supuesto, no cree en el interés particular. A la hora que creyera en él, estaría muerto. El socialista apenas cree en el hombre particular. El filósofo Hegel, padre y maestro de la metafísica trascendente sostenía que la Naturaleza había previsto al Estado antes que al individuo; lo cual, por de pronto, envuelve la tesis de que la Naturaleza piensa algo. Naturalmente, ese Estado de origen casi divino posee también derechos semidivinos, poderes sobrenaturales y una sabiduría infalible. O sea, reclama todas las prerrogativas que se han arrogado siempre las religiones y resucita una imagen del gobierno teocrático. Hitler no hace sino realizar las ideas de Hegel y su nacionalsocialismo nada tiene que envidiar al catolicismo de la Edad Media. Uno y otro desprecian profundamente el interés particular y lo maldicen y, para imponer su creencia uniforme y la dicha obligatoria, mandan, proscriben, queman y matan. Con matices ligeramente diversos, el fascismo y el comunismo soviético acuden a

procedimientos iguales. Todos ellos llevan a sus lógicas consecuencias la negación del individuo y la apoteósis de la sociedad.

El liberal, que se ve muy pequeño y perdido ante esa imponente arquitectura ideológica, piensa con modestia que el Estado se ha hecho para servir al individuo, para permitirle crecer y desarrollarse libremente y que el Gobierno se compone de cierto número de personas aptas y con vocación política, a quienes se paga para que sirvan, no en calidad de amos y señores absolutos, sino como funcionarios públicos. Piensa también que, probablemente, dada la flaqueza humana, esas personas aptas adolecerán de los defectos comunes incluso el egoismo personal o la incompetencia, y procura limitar y reducir su acción a un mínimum tolerable. Por eso restringe el campo de la autoridad hasta lo indispensable y dilata el de la libertad hasta lo posible.

Otra cuestión vital: el valor de las cosas. ¿Cómo fijarlo, en qué consiste, quién lo determina? ¿Cómo remunerar equitativa y prácticamente al productor y al comerciante para que vivan en armonía con los consumidores, ayudándose mutuamente, sin destruirse?

El liberal contesta mostrando lo que sucede y ha sucedido siempre, lo que, según todas las probabilidades, continuará sucediendo, pese a quien pese: para saberlo no hay sino que acudir a las tiendas y observar el mercado. Oigánse las discusiones entre vendedor y comprador: el acuerdo a que llegan, lo que uno pide, lo que otro ofrece, hé ahí el precio, hé aquí la única teoría del valor. Pero esta tesis tan sencilla, tan de buen sentido, que diariamente invocan y comprueban hasta los más empecinados socialistas en la existencia práctica, los doctrinarios antiliberales la consideran una ley inicua, inventada por las clases explotadoras para oprimir al proletariado y robarle el fruto de su trabajo. El valor, según Marx, y aquí se necesita nuevamente aguzar el ingenio, se determina por la cantidad de esfuerzo incorporado a las materias primas y representa la creación de riqueza realizada por el obrero; es, también, lo que el operario necesita para vivir decentemente, es su cuota de felicidad sobre la tierra, su derecho a la vida.

En último término y como conclusión suprema, se llega siempre ahí: al problema de la felicidad.

También la estiman de distinto modo liberales y socialistas. El uno la considera asunto de interés personal, privado, íntimo y, por lo tanto, variable al infinito porque nadie la concibe igual a nadie. El otro quiere imponerla como una vestidura uniforme y ordena que cada cual marche hacia ella a paso de parada. El liberal pide que le dejen labrarse su camino y soñar en paz su sueño personal, único e intransferible; cree que el más humilde ciudadano sabe perfectamente «dónde le aprieta el zapato», y no quiere que si a él alguno le pica, por ejemplo, la cabeza, venga un Inspector Sanitario y

en virtud de razones técnicas, sociológicas y fisiológicas aprendidas en tales y cuales decretos leyes y por mandato del reglamento téngase dudamo no experimente ningún alivio y, en cambio, sufra ciertas tentaciones de asesinar al funcionario. Para el socialista, creyente en la omnisciencia, omnipotencia e infalibilidad del Estado, el funcionario representa a la divinidad, y no sólo tiene derecho a exigir toda clase de sacrificios y tributos, sino que está facultado para enseñar al hombre la verdad, para mostrarle la línea en que debe construir su edificio y la línea a que debe ajustar su conducta. Y si por casualidad se sale de esas líneas, ¡ay de él! En los Estados totalitarios, como bajo la Santa Inquisición, el asunto de la felicidad humana se torna fácilmente un asunto de sangre.

Así tendrá que ser siempre que tome la suma del poder público una religión, secta o escuela ideológica fanáticamente convencida de que posee el secreto de la verdad absoluta y la única llave de la felicidad.

Está en la lógica de las cosas; no puede suceder de otra manera.

Entre todas las doctrinas que han aspirado a gobernar el mundo, la liberal es la sola escuela típicamente racionalista y un poco escéptica, sin misticismo, sin violencia, sin ensueños. De ahí su excelencia y también su debilidad. No seduce a los artistas ni a los poetas, porque ellos trabajan sobre la emoción y la fantasía, no con el razonamiento. Tampoco arrastra a las masas infantiles, angustiadas y apresuradas. Es una doctrina lenta, positiva, aristocrática, hecha por príncipes y para príncipes. Nunca podrá ser popular, excepto cuando la tiranía socialista asfixie al mundo. El liberal cree en mínimum y, en consecuencia, gobierna un mínimum. Tiene la palabra descarnada, sin oropeles. Jamás hablará del paraíso. Deja que cada uno lo imagine a su modo, lo persiga y, si puede, lo consiga. El socialismo, en cambio lo promete como una región próxima, que está ahí, al alcance de la mano, hace brillar a la vista sus luces deslumbrantes e incita con elocuencia a conquistarlo, arrasando las barreras naturales personificadas en la clase dirigente, aunque esa clase dirigente haya salido y continúe saliendo de las clases dirigidas.

Hoy por hoy, sería inútil negarlo, la teoría socialista domina: quedan todavía riquezas y libertades suficientes que destruir. Fueron creadas por el liberalismo político y económico. El mundo puede permitirse el lujo de consumirla. Pero la escuela liberal tendrá su hora. Cuando el socialismo haya arruinado la economía, cuando las masas desengañadas se mueran de hambre, cuando los artistas, los poetas y los que se llaman *pensadores* se vean proscritos, entonces, nuevamente, sonará la hora del liberalismo y el hombre renacerá de entre las ruinas.

Todavía ese tiempo no parece estar cercano. La atmósfera se

halla tan densamente impregnada en las ideas socialistas, que participan de ellas muchos dirigentes y hasta candidatos máximos del liberalismo. El Sumo Pontífice, en sus Encíclicas condenatorias de Marx, renueva la teoría del valor, base del marxismo: ¡es un marxista sin saberlo! Tienen que ser muy claras y muy firmes las cabezas capaces de resistir una sugestión colectiva de tal potencia, extendida por todo el mundo pensante y no pensante; y esas cabezas, necesariamente, son pocas. Por lo demás, los liberales puros, como el autor de libro que comentamos, demuestran cierta íntima complacencia y hasta un secreto orgullo en no ser demasiado numerosos.

ALONSO.

«La Nación», 1.° de mayo de 1938.

Es enteramente indudable que a LAC se le da un bledo de la popularidad y que no se le ha pasado por las mientes conquistar ni las simpatías ni los aplausos frenéticos y tornadizos de la masa. Habla de las cuestiones sociales y económicas, el tema ardiente de nuestros días, con una franqueza tan vigorosa, con tan absoluto desasimiento de las preocupaciones dominantes, que su voz, en estos tiempos, parece voz de otro mundo; de un mundo en que las pasiones, los apetitos y ese cada vez más fluyente propósito de ganar y vivir al «dolce far niente», no perturbaran jamás la nítida visión de las cosas.

Su actitud es serena, firme y desinteresada ante el turbión socializante que ha llegado a invadir todas las esferas de las actividades contemporáneas. Defiende a macha martillo la Economía liberal, manchesteriana, producto neto de la Escuela clásica, con sus maestros Smith, Say, Ricardo, Malthus. Retrocedemos en el tiempo bajo nuestra lámpara de lectores empedernidos, con el cuaderno de LAC en las manos, y vemos de nuevo el hormiguco universitario —de nuestra Universidad Católica— de hace veinticinco, treinta y más años, cuando a la generación de entonces, que se inspiraba en las inolvidables lecciones de don Zorobabel Rodríguez, le parecían cosas tan claras naturales e incontrovertibles los principios y leyes del *laissez faire* del interés particular, de la libre competencia, de la oferta y la demanda, de la fijación de los precios por la escasez o la abundancia de los productos, etc., etc. ¡Qué horror, si en aquella feliz edad, tan exenta de malabarismos verbales para engatusar a las muchedumbres pro-

rias se hubiera mentado la «economía dirigida»! Como en estos cuadernos de LAC, todo se hallaba sometido a las leyes naturales de la Economía, en materia de negocios, y el orden económico, era uno, con su libre juego de intereses de iniciativas particulares, de ganancias y pérdidas, y el orden de la caridad, de la benevolencia y sus derivadas con sus grandezas espirituales y con sus ejemplares y hasta heroicas virtudes morales. El Estado, el poder público, tenía su sitio eminente, y no se concebía con tanta facilidad, como ahora, que pudiera y aun debiera intervenir en todas las actividades natural y lógicamente reservadas al esfuerzo y las iniciativas de los particulares. No es que la Escuela clásica niegue en absoluto esa intervención del Estado; reconoce que es necesaria para combatir el fraude y la violencia, y conveniente en los determinados casos en que la iniciativa particular es insuficiente o cuando los verdaderos intereses comunes lo requieren; resulta indispensable, además, cuando peligra la vida misma de la sociedad. Pero, todo con su cuenta y medida.

El cuaderno de LAC —usa siempre nuestro autor esta modesta denominación de «cuadernos» para los volúmenes de sus jugosos estudios— cuya segunda edición comentamos en estas líneas, se abre con un sucinto, pero muy completo estudio de la escuela histórica económica, y analiza con aguda violencia de convencido, su método y sus opiniones. Zarandea de lo lindo a los socialistas de la cátedra, propugnadores de dicha escuela, singularmente en lo que se refiere a la creación alemana del *Staat Kultur*, endiosamiento del Estado, a la negación de las leyes naturales de la economía y a la confusión que la escuela histórica hace de la Economía y la Moral. Esta parte es la base de todo el cuaderno; de aquí parten sus enseñanzas y sus críticas, finas éstas y certeras como heridas de escalpelo; los capítulos siguientes, sobre las leyes económicas, la economía y la moral, el interés particular, la libre competencia, y hasta los apéndices del final, donde encontramos más de una rendida irreverencia ante las encíclicas «Rerum Novarum» y «Quadragessimo Anno», no son más que derivaciones y variaciones, ideas y hechos, al margen de las doctrinas expuestas y de las críticas apuntadas en el primer capítulo de este cuaderno.

Bien apartados nos hallamos en los días que corren de las doctrinas de esta Economía liberal, manchesteriana o clásica, que con repuntes de apóstol defiende y propaga, lanza en ristre y visera levantada, el autor de estos cuadernos de estudios. Preciso es confesar, sin embargo, que los hechos económicos y sociales, extraídos de la realidad presente con que LAC ilustra sus doctos comentarios, son harto probatorios. Se refiere, verbigracia, a la pretensión socializante de entregar al Estado la fijación de los precios, con vistas al abaratamiento del costo de los productos. Para nuestro autor, esto es un

absurdo, y tanto, que ordinariamente lo que con ello se consigue no es precisamente abaratar, sino todo lo contrario, subir el precio de los artículos. Para fijar, el Estado, este precio, es primordial, básico, que fije el costo de producción. ¿Es sencillo y seguro fijar el costo de producción? «Para formarse una idea de las dificultades enormes que se presentan para fijar el costo de producción voy a citar —dice LAC— la opinión que el Secretario de la *Comisión consultiva de los consumidores* de EE. UU. emitió a propósito de los estupendos planes de Economía dirigida del Presidente Roosevelt. Decía el Secretario: «El número de las mercaderías o artículos *importantes* es, poco más o menos, 10.000. El *Comité de expertos* ha constatado que la *Comisión de las aduanas* de los EE. UU. gastaba, por término medio, alrededor de 25.000 dólares en el estudio del precio de costo de producción de un solo producto. Si se multiplica el número de los artículos importantes (10.000) por lo que cuesta el estudio de uno solo de los elementos que entran en el costo de producción, los gastos que exigiría el control constante de los recargos de los precios efectuados bajo el régimen de la ley de restablecimiento nacional (Nira), adquirirían proporciones astronómicas». Es cosa fácil —agrega LAC— para poetas y agitadores políticos, idear planes para salvar al mundo, fijando precios a las costas, dictando códigos, imaginando disparates. Pero, como dijo Casellas, otra cosa es con guitarras, otra cosa son las realidades y las posibilidades.

Digase lo que se quiera de estas *ideas y hechos*, es innegable que en las altas esferas intelectuales del mundo, donde las masas y los halagos electorales no conturban el juicio, adviértase ya una franca reacción antisocialista. En Francia, por ejemplo, el libro del ilustre economista Thibaut, *Mystiques Economiques*, comentado en la prensa de Chile, desde Roma, por uno de nuestros más esclarecidos diplomáticos, intelectual de gran raza, defiende ideas y propósitos semejantes, con exposición de hechos parecidos. Y no es solamente Thibaut ni es solamente en Francia.

Si no numerosa, la compañía de LAC, es indudablemente de calidad. Ya irá creciendo. En todo caso, ¿no vale más la calidad que la cantidad?

J. S. S.

«El Diario Ilustrado».

Como un desafío al «irreparable ultraje a los años», nuestro preclaro conciudadano y correligionario don Luis Arrieta Cañas, acaba de publicar el último cuaderno, «El Socialismo de la Cátedra y la Cuestión Social» (nueva edición), de sus importantísimos Estudios Sociales consagrados al estudio del estadismo. Es el más extenso de todos ellos y viene a coronar dignamente esta soberbia construcción filosófica y social. Con ella queda completo el estudio de la cuestión social, que el autor ha examinado en todos sus múltiples aspectos. No sólo no desmerece de los anteriores cuadernos el presente, sino que los supera en la ciencia enorme allí acumulada, en el lógico desarrollo de las ideas y en su riguroso encadenamiento. Estas cualidades bastarían para hacer del trabajo un meritorio tratado, pero el señor Arrieta lo ha avalorado más aún poniendo en él un calor de convicciones, un férvido espíritu liberal, un afán de dignificación humana que hace vibrar estas páginas con la apasionada vehemencia de quien pone en ellas su vida entera y sus ideales todos. Hay en estas páginas vigor y lozanía, una comunicativa fuerza de persuasión que muy pocos logran impartir a sus concepciones y que seducen y arrastran tanto como la nobleza y lucidez de la doctrina. La aparición de este volumen no puede ser más oportuna; nos llega en momentos en que no soplan vientos liberales, en que nuestro credo, combatido en todos lados y con toda clase de armas, se agita y oscila cual nave en desbarato temporal a impulso de las erróneas tendencias de la sujeción del individuo, de los míseros abyectos intereses personales y de una noción de la existencia humana que la reduce a un vivir prosaico, servil y utilitario.

En contra de esas menguadas filosofía y sociología, se alzan estas páginas vigorosas y elocuentes del señor Arrieta en defensa de la dignidad e importancia del individuo para sustraerlo a las estrechas y enervantes enseñanzas de los credos socializantes y estadistas, reponiéndolo en su categoría de ser libre, en sus ideas e iniciativas que son de vida y médula de las actividades contemporáneas, brújula de todo perdurable progreso.

Como en cierto mito de la antigüedad pagana, el señor Arrieta despedaza a los varios monstruos que aprisionaban a la diosa *Libertad*; rotas las ominosas cadenas, vuelve a incorporarla a nuestro mundo, en nuestros anhelos y necesidades y nos coloca bajo su influencia fecunda y bienhechora. Y para que nunca más vuelva ella a caer en esas lóbregas y mortales prisiones que se llaman Marxismo y Socialismo, para que jamás vuelva a ilusionarnos esa fementida quimera que nombran Socialismo, que pretenden suplantarla en el corazón de los humanos, el señor Arrieta nos muestra con deslumbrante claridad todo el engaño y malicia, los infinitos daños de toda índole, el envilecimiento que cae sobre nuestra especie cuando, suprimida la liber-

tad, cansadas del gravamen y responsabilidad que ellas les imponen, las sociedades se entregan al capricho, codicias y malas pasiones de las masas o a la traición aún más letal y cervante, de un Estado que absorbe en sí todas las sanas actividades, los nobles estímulos y altos ideales del espíritu y hace de los hombres lo que en una enérgica frase definía el historiador romano «Homines ad servitutem parati». No lo seducen al señor Arrieta los cantos de sirena con que adormecen a los pueblos los profetas de paraísos terrestres y los trastornadores de la naturaleza humana, aun cuando esos ideales y promesas y esos métodos sociales los pongan en juego y les propugnan las creencias religiosas. Por esta vez la religión, el catolicismo se engaña palmaria y groseramente. Precisamente en las páginas que tengo a la vista la más rigurosa y alarmadora crítica, deslumbradora de dialéctica y buen sentido —y tal que ninguna más categórica y convincente conozco— es la que el señor Arrieta dedica a las Encíclicas en que se dilucida la cuestión social. Ahí, con sereno y penetrante análisis, en forma respetuosa y mesurada, nuestro eximio correligionario demuestra cómo la palabra pontifical es a menudo mal entendida y peor aplicada y cuanto discorde o cuán ajena suele ser el tenor del Evangelio.

Nuestro ilustre y benemérito pensador ha colocado la última piedra de su construcción sociológica; ya podemos admirar ésta en sus líneas salientes. Empezó el señor Arrieta por definirnos la Libertad, que halló arraigada en lo más hondo e inalienable del ser humano, indicándonos sus fundamentos psíquicos y sociales y poniendo de resalto el papel único, universal e insustituíble de ella en la socialidad y la cultura. Nos la exhibió en su actividad fructífera y creatriz, alma de todo progreso, resorte omnipotente de la voluntad y condición suprema de todo bienestar del individuo y, en consecuencia, de la sociedad. Frente a su excelsa y milagrosa acción, nos mostró en seguida la decadencia y muerte de la Libertad bajo los regímenes que convirtiendo a la sociedad en finalidad postrera del individuo, transforma a éste en mero instrumento de las masas viciosas e ignorantes, codiciosas y faltas de todo escrúpulo y lo someten a la esclavitud más o menos franca e insidiosa de la plebe, plena de perversos instintos o a la servidumbre de un Estado que asume y absorbe en sí la plenitud de las iniciativas, dejando al hombre sólo como una degradada y amorfa personalidad que del Gobierno lo recibe todo, hasta la vida, hasta la razón misma de su existir.

El señor Arrieta pinta con elocuencia y energía —apoyándose en cien datos y raciocinios— ese contraste entre una doctrina de engrandecimiento y dignificación a que debe el mundo su más alta cultura y la prédica de tiranía, de aplastamiento de las individualidades que ni siquiera logra ni jamás podrá conseguir, el bienestar del hombre que ella da como razón y motivo que la justifica.

Cuando nuestro eminente correligionario nos da esta lección y consagra sus postreras y poderosas energías a realizar aquel ideal de la Libertad que alumbra y orienta como la estrella polar, guía del navegante en el mar proceloso de la historia; cuando así desinteresadamente proclama su credo y con el entusiasmo de una briosa juventud nos restituye al santuario de la inmarcible diosa, el señor Arrieta hace obra de acendrado liberalismo y patriótica previsión por el que merece, más que nuestra admiración y simpatía, nuestra más cordial y profunda gratitud. Es que con sus sabias palabras da un alerta al país, le augura los males que le aguardan si repudia ese noble credo y encierale en todo corazón de hombre el sentimiento de la propia dignidad sobre que se asientan las sólidas y perdurables democracias. Del señor Arrieta cabría decir lo que alguien dijo de Montesquieu: «El género humano había perdido sus títulos; el señor Arrieta los ha recuperado».

El Partido Liberal, que se honra de albergarlo en su seno, debe a nuestro correligionario un homenaje de respeto y gratitud por esta magna obra en que se resumen nuestras firmes convicciones; y es justo, es oportuno llevar hasta él las seguridades de que sus palabras son la norma de nuestros conceptos y la finalidad última de la doctrina liberal, protestando que en esta fe noble y civilizadora queremos; a ejemplo suyo, vivir y morir.

EL DIRIGENTE.

8 de septiembre de 1945.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL SOCIALISMO DE ESTADO Y LA CUESTION SOCIAL

Dicen que ya no creemos en el progreso indefinido; que esa idea, ilusión del siglo XVIII, el de «las luces», florecida en el XIX, el de la ciencia, debe considerarse caduca en el siglo XX; pero la verdad es que si se declara superstición el progreso, no se explica cómo el mayor título de orgullo que un pensador o un poeta contemporáneos puedan exhibir, actualmente, lo constituye el adjetivo de muy «avanzado». Es la palabra mágica, la fórmula milagrosa. Todo el mundo quiere ser o parecer más *avanzado* que su vecino o se necesita valor moral, verdadera independencia de carácter para llamarse —como algunos lo han hecho— reaccionarios o retrógrados, enemigos de las teorías vigentes o simplemente desconfiados de *las últimas novedades*. El progreso indefinido sigue guiándonos y la «marcha de la Humanidad hacia destinos mejores» conserva todavía su prestigio.

Por eso demuestra certera puntería de psicólogo LAC, tratadista de cuestiones sociales y hombre entendido en Historia, al clavar precisamente ahí su primera flecha contra las teorías socialistas:

«El Estatismo —comienza— es la doctrina de Gobierno más antigua que se conoce.»

Gran desilusión de los «espíritus avanzados».

Añade:

«Los que hoy la proclaman y tratan de implantar son los más contumaces retrógrados y reaccionarios que es posible imaginar. Sólo una supina ignorancia puede servir de excusa a la petulante arrogancia con que se llaman espíritus de avanzada, forjadores de nuevas formas de Gobierno, destructores de viejos moldes.»

En realidad, no hacen sino reconstruir moldes viejísimos, acaso prehistóricos.

Las doctrinas socialistas y comunizantes tratan al hombre como niño y a la humanidad como rebaño; vuelven a la época en que no existía la personalidad y todos marchaban dócilmente, no sin terror, por un sendero uniforme, para librarse del hambre y de la muerte. Entonces un instinto primitivo y común apretaba el grupo histórico y ninguna cabeza sobresalía, nadie osaba adelantarse por caminos propios en busca del bien desconocido. Ignorábase la palabra independencia, que ahogaban todas las circunstancias, y no podía nacer siquiera el concepto de libertad. La lucha por la vida tenía un sentido

estrictamente material, y el interés, la conciencia de la masa, consti-
tuían la Suprema Ley.

Si entonces hubiera existido algún filósofo, seguramente habría formulado teorías muy semejantes a las de Karl Marx.

Estas doctrinas, en general, todas las que dan primacía a la colectividad sobre el individuo, a la cantidad sobre la calidad, rompiendo el equilibrio entre ambas, son grandes rémoras en ese acelerado del progreso» y para ese «espíritu de avanzadas» que creen alentar y estimular. Porque si es cierto que el hombre aislado no puede nada y sus esfuerzos resultan estériles cuando la multitud no los asimila, también lo es que de la multitud, de la masa, nada nuevo sale y que en vez de avanzar tiende, automáticamente, a estancarse o retroceder, destruyendo aún lo que se había construído.

El gran motor de la energía humana reside en el espíritu que nunca funciona con plenitud ni toma todo su vuelo sino impulsado por el interés individual, en una atmósfera de libertad y ante ilimitadas posibilidades. Apenas una fuerza extraña le cierra su expansión, el espíritu creador se retrae y no hay ya más riquezas materiales, morales ni intelectuales, sino el compás monótono de los que marcan el paso y enteran el tiempo.

Lo que interesa al hombre es, en primer lugar, él mismo, su propio yo; luego, gradualmente, cuanto se relaciona con su personalidad, por el afecto, por la conveniencia, por la memoria, por la imaginación. La catástrofe espantosa ocurrida en un extremo del mundo y donde perecen millares de individuos le impresiona menos que el pequeño accidente sucedido en su presencia, y éste, a su vez, menos aun que un fugitivo dolor de sus entrañas, anuncio acaso de alguna enfermedad. Podría trazarse una escala graduada que fijara esos estímulos, y tendríamos el coeficiente de actividad que provocan, tanto en el orden material como en el espiritual. Un negociante atiende muy bien su propio negocio y lo hace prosperar; no tanto el negocio de su hermano, de su amigo, de su socio; menos todavía el de una poderosa colectividad que marcha sola: el negocio del Estado, en el cual le cabe una participación infinitesimal, lo vigila al mínimum, lo suficiente para permanecer en su puesto, para cumplir su deber y ganar su sueldo, en el mejor de los casos. Esta es la regla.

El socialismo de Estado —y todos los socialismos— consulta la existencia de un hombre en quien los impulsos altruístas, la comprensión y el sentimiento del interés colectivo, priman sobre el sentimiento y la comprensión del interés individual, y en quien no rige, entre otras leyes naturales, la gran ley del menor esfuerzo. En el fondo entrañan una contradicción muy curiosa. Dicen que quieren combatir el egoísmo tiránico del individuo cuya expansión permite el sistema de libertad, y para atacarlo se apoyan precisamente en ese egoísmo, quitándole cuanto tiene de benéfico y desarrollando sus as-

pectos negativos, la inercia, la rutina, la natural y profunda tendencia humana al ocio.

No cuentan con esta tendencia; les parece inexistente. Como el hombre trabajó tanto durante el siglo de organización liberal individualista, el siglo XIX, y obtuvo esos prodigiosos frutos de riqueza que todavía, aunque mermados, nos alimentan, juzgan su laboriosidad, su inventiva, su ingenio, una condición innata, espontánea y universal de la especie. Para contrarrestar el ocio de ciertos elementos de las clases ricas, establecen el ocio de todos los elementos de las clases pobres, atenuando las condiciones de la lucha por la existencia, quitándole sus premios naturales al hombre activo y sus naturales castigos al inerte, tendiendo una especie de nivel sobre el apto y el inepto, el moral y el inmoral, el sano y el enfermo, soñando con la quimera de la igualdad que la Naturaleza repudia.

Todas estas cuestiones y alguna más que el espacio nos impide enumerar siquiera, desarrolla cumplidamente, con acopio de amenidades y reflexiones, este volumen, pequeño y denso, consagrado por LAC al Socialismo de Estado, a Rodbertus y Wagner, a la crítica del régimen, a la suerte y la libre competencia, al Estado Industrial, a la Economía Dirigida, a la Economía Liberal y al sistema de los Seguros Obligatorios.

ALONSO.

Tengo el honor de llamar la atención de la Academia (1) hacia las publicaciones que está haciendo la «Biblioteca de Estudios Sociales», en forma de folletos de propaganda, de que es autor uno de los espíritus filosóficos más ilustrados de nuestra intelectualidad. El señor L. A. C., muy distinguido amigo, ha publicado hasta ahora tres estudios:

«El liberalismo y la cuestión social»,

«El marxismo y la cuestión social», y

«El socialismo de Estado y la cuestión social».

En el primero de estos importantes trabajos el autor demuestra que el régimen de la producción está fundado en un esistema de leyes económicas deducidas de un paciente y atento examen de la indole

---

(1) Comunicación a la Academia de Ciencias Económicas y Sociales.

poner hombre y de la naturaleza de las cosas» y que el Estado no debe ejercer una tutela deprimente ni suplantar esas leyes.

En el segundo estudio se analizan los cargos más importantes que el socialismo marxista hace al actual orden económico y que considera como una consecuencia de la dirección capitalista de la industria y del régimen de competencia libre, en cuanto tiende a reducir los salarios al mínimo compatible con la subsistencia; a hacer precaria la vida del trabajador, y permite que el capitalista se apodere del total de aumento de valor de las mercaderías.

Los marxistas desconocen por completo las transformaciones operadas en la vida de todas las clases sociales por la gran producción; el mejoramiento incesante de las condiciones de existencia, el crecimiento de la población que posee recursos medianos y de la mediana y la pequeña industria bajo el régimen de libertad.

Desconocen también el hecho innegable de que la remuneración real del trabajo, en todas las épocas, «guarda una estrecha relación con el promedio de la productividad del trabajo» de todos los miembros de la sociedad; y que esta productividad general del trabajo influye en la tasa de salarios, «porque el trabajo eficiente del obrero produce un mayor beneficio para el empleador y porque una mayor difusión de la riqueza abarata el precio de los artículos, aumenta su pedido, incrementa la inversión de capitales en la industria y acrecienta la solicitud de trabajo con el objeto de atender a la mayor producción».

Tampoco andan más acertados los marxistas que achacan las vicisitudes de la vida industrial y las crisis comerciales al régimen actual, porque ellas son inherentes a las cosas terrestres y en el sistema industrial moderno fuera destruído, sólo podría ser reemplazado por una tiranía insoportable para la dignidad humana y su consecuencia sería la miseria permanente y generalizada, esto es, un mal mucho mayor que el que se lamenta».

Las reformas que los socialistas llamados científicos proponen para corregir los males de la actual organización industrial «revelan el más franco espíritu reaccionario que pueda imaginarse».

Son procedimientos viejos, «contrarios a las tendencias de la humanidad a seguir el camino de una mayor libertad, que obedecieron a otras necesidades en su época y que conducirían a la dictadura, a la tiranía que esclaviza».

Hace falta ciertamente un estudio más atento del pasado.

«Se sueña, dice el autor, con el restablecimiento de las corporaciones o gremios medioevales, bien o mal modificados, se reglamenta el comercio, se controlan los consumos, se fijan precios a las mercaderías, se cierran las fronteras para los de afuera y para los de adentro, se coarta la libertad de pensar y de hablar, y, como es natural, el temor, la desconfianza y el odio se extienden en los corazones. Y lo que es peor: toda esta reacción se hace en nombre del pueblo y para el

pueblo, esto es, la muchedumbre. Al misticismo político que daba vigor a las antiguas aristocracias y a las reyertas originadas por la diversidad, ha sucedido otro misticismo incomprensible y peligrosísimo, el del número, el de la plebe.»

El último argumento de los marxistas se refiere a la remuneración del trabajo relacionada con su duración, que expresa el valor, demostrando que este término no puede fijarse sino en razón de su utilidad social. El trabajo de algunos es mejor, más acabado, más indispensable, más socialmente útil, en una palabra, que el de otros, y por lo tanto, tiene más *valor*. La remuneración del capital tiene el mismo fundamento de justicia, es un factor de utilidad social. Con el trabajo solo, la humanidad viviría al día; con la ayuda del capital ha podido realizar su progreso.

El tercer estudio es el más extenso y el más importante de la serie, desde diversos puntos de vista, y de gran actualidad para nosotros. El autor aborda ampliamente el tema de la intervención creciente del Estado en los negocios de índole privada y recuerda que el Estatismo es la doctrina de gobierno más antigua que se conoce, y, por consiguiente, los que hoy la proclaman son «comunmente reaccionarios y retrógrados». Desarrolla su tesis a través de la historia y de la doctrina socialista moderna, con agudo espíritu de crítica filosófica, para llegar a establecer las líneas generales de ella, a saber: los defectos del actual orden económico, la producción anárquica y la injusticia de la organización del trabajo, que el Estado puede modificar ordenando la producción, dirigiéndola sobre planes razonados; organizando una mejor distribución de la riqueza por medio del impuesto y de una política que nivele las rentas, y mejorando la situación de las clases pobres por medio de una legislación de privilegio para ellas, de justicia social.

Para el análisis de la doctrina socialista el autor estudia las cualidades del Estado industrial en cuanto a estabilidad, permanencia y fuerza, en frente a la carencia de espíritu de economía y del interés personal en la producción, con ejemplos ilustrativos de los fracasos de las organizaciones de carácter industrial más recientes, entre otros, de la Oficina del Azoe, en Francia, y de las Oficinas del Trigo, en Canadá y Estados Unidos. No más halagadores resultados se ha obtenido con la intervención del Estado en el orden social, que no ha hecho sino introducir una inmensa perturbación en las relaciones entre empleadores y empleados, sin que se haya logrado mejorar, como se pretende, las condiciones de vida de los asalariados.

Otro aspecto de la intervención del Estado, de que se habla mucho en estos días, es lo que se conoce con el nombre de *Economía dirigida*, manejada o manipulada, y que obedece al concepto de que el Estado puede conducir, con poderes soberanos las empresas privadas

señalando reglas para que se oriente la economía nacional, con el pretexto de una mejor producción y distribución de las riquezas.

Esta tendencia no es sino una reaparición de una vieja política que ha sido analizada y abandonada hace largo tiempo.

No obstante, sigue siendo preconizada y ensayada, no por espíritu de imitación seguramente, sino por la inercia de los estadistas para reaccionar ante el «plan de ataque que el socialismo ha desarrollado contra el liberalismo».

Se atribuyen con impavidez al régimen económico liberal las consecuencias funestas de su propio régimen o por el abandono de ese mismo liberalismo, aparentando creer que esos males «pueden ser enmendados por el mismo sistema que los ha producidos. Así, por ejemplo, no debe olvidarse que «la fiebre del lucro y la especulación loca, tan estigmatizados por los apóstoles de la economía de nuevo cuño, son debidos, sin duda alguna, a las fortunas escandalosas que la inflación monetaria generalizada de la postguerra permitió formar sobre las sumas del ahorro normal; que los fraudes han sido alentados por las reglamentaciones excesivas, que si bien pudieron tener una razón de ser momentánea, debieron haber sido, por esto mismo, de carácter transitorio; o, en fin, que la duración de una crisis tan excepcional como la presente, no encuentra su explicación sino en el hecho de que en todos los países se trata de hacer vivir industrias que no corresponden a las reales necesidades de la producción».

Y el autor añade que lo mismo puede decirse de la política sistemática de los altos salarios, de las leyes y cargas sociales que han encarecido las mercaderías, restringido su consumo y aumentado la cesantía; de la manía de legislar sobre los precios impidiendo o retardando el proceso de readaptación; del abuso del crédito, etc., todas medidas de intervencionismo patrocinadas por la economía dirigida y que han creado un ambiente de artificialismo económico cuyas incidencias inesperadas pero fatales aparecen en todas partes. Estas incidencias tienen su origen, pues, en la política de economía dirigida «y es una felonía echar la culpa de ellas al liberalismo económico».

Este cuadro, tan exacto, que exhibe el autor, le lleva a las siguientes observaciones, no menos acertadas, que reflejan la realidad de lo que está pasando:

«En la actualidad el Estado se concreta cada vez menos al desempeño de las funciones que le son propias y que son pesadas e importantes. Sus atribuciones facultativas van siendo numerosas, y, como es natural, desatiende sus funciones esenciales. Las nuevas funciones exigen numerosas oficinas, numerosos empleados. El Estado distribuye empleos a trochemoche. El cáncer burocrático crece, se afirma y extiende sus adherencias por todo el país... Por otra parte, las impaciencias populares son tranquilizadas por una política de privilegio que halaga y satisface, siquiera por un momento, a las masas insaciables;

por una política sintomática, polarizada en un solo sentido: la popula-
chería. Para todo esto se necesita dinero, mucho dinero. Por supuesto,
éste tiene que salir del bolsillo de los contribuyentes, y el impuesto pa-
sa a ser el arma de expropiación obligada. El país se encuentra entonces
dividido en dos partes: la de los rentistas sociales, que reciben salarios,
subvenciones, indemnizaciones, pensiones, etc.; y la de los contribu-
yentes agobiados bajo el peso de los impuestos. No es, por cierto, un
sistema moral ni educativo.»

«Pero, hay más aún: El Gobierno, arrastrado por su política de
populachería y persiguiendo su propósito de igualar las situaciones eco-
nómicas, no sólo aprieta a los contribuyentes y los saquea, sino que
también les impide que ganen su renta, y todo esto, por todos los me-
dios posibles... En una palabra, la máquina estatista funciona implá-
cable y permanentemente... Apoyada en una burocracia que cada día
aumenta sus fuerzas, se lanza al saqueo de los ahorros, ahoga la liber-
tad de los individuos activos, proclama una política de expoliación y de
beneficencia como base de su programa de Gobierno...»

A ese fin incierto y tenebroso, agregaré por mi parte, conduce la política gubernativa desde que se inició la actual era de socialismo y de economía dirigida que se afirma y extiende su raigambre a medida que crece la burocracia, a medida que se inventan nuevas oficinas y re-particiones públicas o semifiscales. La inflación monetaria y la arbitra-riedad inherentes al sistema de control de cambios extranjeros han permitido los más grandes abusos, las mayores injusticias y negocios que han enriquecido a unos en perjuicio de otros y con daño manifiesto para la colectividad. Lo mismo ha ocurrido con el régimen socialista del Comisariato de Precios, las licencias de importación y de exporta-ción, las compras de trigo y harina y demás arbitrios que perturban las actividades particulares y alientan las especulaciones más audaces. Ni menos graves son las consecuencias que se palpan ya, de la inter-vención del Estado en una serie de actividades que no tienen siquiera la excusa de los servicios de pública utilidad, como por ejemplo, la absorción de las funciones del crédito por medio de diversos organis-mos que son otros tantos reductos de la burocracia y que desplazan como ola creciente, las actividades bancarias particulares. La invasión por esta misma especie de organismos, de las funciones ordinarias del comercio y de la industria, establece una competencia desleal al traba-jo libre que está sometido a las cargas de los impuestos y a las tasas no privilegiadas del crédito oficial. Las llamadas leyes sociales, adopta-das sin el suficiente estudio de nuestras modestas posibilidades, son cargas que a la vez que promueven la lucha de clases, consumen estéril-mente los esfuerzos del empresario y desplazan insensiblemente a empleados y empleadores de las actividades de la industria libre. Por último, y por las razones que da en su estudio el autor, la multiplica-ción de los impuestos que persiguen hasta las más remotas conse-

dos los actos de la vida ordinaria, así como la exageración de las tasas tributarias, conducen al país a un estado de empobrecimiento, desorganización y decadencia de su economía que es alarmante y peligroso.

En esta situación, corresponde al Gobierno, y es deber de los partidos, prestar oídos a las quejas de la opinión, de los hombres de trabajo, de los productores, de los contribuyentes, para la restauración de los principios de la democracia, principios que, según la doctrina del liberalismo económico, fundan el progreso real y durable del hombre reunido en sociedad, en su propio perfeccionamiento, en el desarrollo de su libre iniciativa en su educación económica y política, en el sentimiento de la propia responsabilidad; y procurar también, como lo dice el profesor Albert Schatz, de la Universidad francesa de Dijón, que toda reforma social se subordine al respeto de estas dos instituciones fundamentales: la Libertad y la Propiedad.

JULIO PÉREZ CANTO.

«El Mercurio».

Este diario liberal no puede iniciar su vida bajo mejores auspicios que analizando y juzgando la obra de uno de los más potentes y lúcidos espíritus con que puede honrarse el liberalismo chileno.

Venerable sobreviviente de una generación cuya frente iluminara la antorcha de inextinguible fulgor de la libertad, propagandista entusiasta y convencido de las doctrinas que, dignificando al hombre, lo convierten en artífice de todo progreso y bienestar, don Luis Arrieta Cañas en su vejez nobilísima y fecunda, dedica estas últimas horas de una existencia compartida entre la filosofía y las artes, a las teorías que orientaron toda su vida, en las que él cifra la grandeza de pueblos e individuos y que alza cual muro inaccesible ante cualquiera doctrina de sujeción y despotismo.

Es la postrer batalla de su vida. Acude a ella armado con las más firmes y fulgentes armas de la erudición y la lógica, ardoroso como un apóstol, con aquella energía y elocuencia que inflaman los espíritus, retemplan a los tímidos, deciden a los perplejos, borran toda resistencia todo menguado cálculo del temor o el egoísmo. El aluvión de sus argumentos y experiencias, limpia una vez más los establos de Augias del socialismo. Su recia mano de caballero de la libertad más de una vez quiebra en la cabeza del enemigo el arma redentora de la inteligencia, por el exceso de ella, por el incontenible impulso de imponer,

con toda la posible violencia del raciocinio, y el buen juicio, la razón a quienes no quieren oírla o entenderla. Contra esos recalcitrantes, contra los utilitarios del propio interés, contra sofistas y aduladores del populacho que en ello buscan su negocio el señor Arrieta se alza implacable, implacable contra la necedad o cobardía de quienes ceden a mostrar por una vez la verdad y esos prestigios. No le basta demostrar una vez la verdad y justicia del liberalismo, su perfecta adaptación y correspondencia a la naturaleza del hombre, y la iniquidad y tiranía del credo socialista: lo hará cien veces, con cien diversas argumentaciones, con infinitas experiencias y observaciones, por los más potentes motivos, con citas contundentes de las supremas autoridades, poniéndose él en los más varios puntos de inspección, sin permitir que ningún falaz y especioso argumento escape a su crítica ni razón aparente alguna deje de ostentarse en su desnudez y vacuidad. Y cuando, ya en tierra, el adversario no da signo de vida, cuando al turbión de los raciocinios y al desfile de los hechos, las tesis contrarias yacen inermes en el polvo, objeto de indignación o de ludibrio, entonces llega la hora del castigo para quienes osaron renegar de la libertad o desconocerla, para quienes intentaron sepultarla bajo el insulto y el olvido. Y ese castigo es la ironía quemante, son los ejemplos de matadora eficacia, es el supremo desprecio vertido a torrentes sobre la mentecatez y vil codicia humanas con la implacabilidad con que ejecutaba a sus víctimas Macaulay. En esa hora el señor Arrieta es el Thor legendario que demuele y pulveriza con su divinal martillo a los que pusieron mano aleve sobre la gran Diosa Libertad.

Aún más que un libro, son un acto estas páginas, protesta de un alto espíritu, refinadísimo, a quien han concluído por exasperar las vanas declamaciones, los miserables embustes y sofismas, las cobardes argumentaciones, las tiranías y atropellos socialistas y que, para dispersarlo, dispara sobre el enemigo codicioso e hipócrita los proyectiles todos de su arsenal. En estas breves pero substanciales páginas, con maravillosa condensación de hechos e ideas, las estadísticas y leyes, las deliberaciones de la política y su transfusión a la historia, las trágicas experiencias, los ineludibles y fatales resultados se aunan y confirman unos a otros hasta formar en el ánimo la convicción, la indiscutible y absoluta certidumbre de la fundamental falacia del socialismo, de su enervante y letal acción sobre la cultura pública y en el espíritu del ciudadano. El señor Arrieta no se deja engañar por la hueca frasco-logía y el sentimentalismo postizo de sus adversarios. Siguiendo el consejo de Pascal de definir los vocablos y de, en cada caso, substituirlos por la cosa definida, él pone hechos debajo de las palabras; al emplear esta formidable táctica antes de llegar a su término, tiene ya cumplido nuestra convicción, forzada y aquiescente y siendo dialéctico tan riguroso como intrépito, poco le cuesta, señalar, con sangrientos sarcasmos que suelen llegar al desdén y el ultraje, la radical antinomia entre lo

que postulan las palabras y promesas socialistas y lo que estalleces los hechos consumados bajo el siniestro signo del socialismo.

A esta férrea voluntad de vencer y persuadir, tiene que someterse y adaptarse el estilo del señor Arrieta. Fuerte, amplio, incisivo, enorme lanza que a la distancia traspasa al adversario, sus períodos, como una montaña, se desploman sobre el contendor y lo sepultan. Avalancha inmensa de juicios y recuerdos, de razones y censuras, todo ello con desconcertante exuberancia, en frases escritas para pechos de titanes, aún nuestra voluntad se doblega ante esta razón imperiosa resuelta a dominar nuestra mente.

¿Qué podría por ejemplo, objetarse, o quién podría resistir la frase que ilumina y remata una larga serie de raciocinios? (pág. 26)

«Hace siglos Bacon dijo que para dominar a la naturaleza era «necesario respetar sus leyes; hoy los flamantes socialistas declaran «que se puede dominar a la naturaleza, burlando o contrariando sus «leyes. Porque lo de que los socialistas tratan no es de prevenir, evitar «o impedir los estragos de un incendio, colocando grifos, usando materias primas incombustibles en las construcciones, etc., de hacer «subir el agua ejerciendo presiones fuertes o aspirándola, de corregir los excesos de los instintos originarios estableciendo por la ley «las restricciones prudentes para evitar que el fraude o la violencia «alteren el equilibrio de los derechos comunes; porque lo que los «socialistas persiguen no es aprovechar los beneficios del fuego corrigiendo los ocasionales perjuicios que causa, no es servirse del «agua, por ejemplo, en los riegos, utilizando, precisamente, los desniveles que permiten que corra, no es impulsar a los hombres a la «producción incitándolos a la ganancia, despertando su avidez, su «codicia, aún su egoísmo, con beneficio de todos, pero asegurándoles «la tranquila y completa posesión de las utilidades obtenidas por el «ejercicio de sus desiguales aptitudes, no: lo que quieren es que el «fuego no queme, que el agua no busque su nivel, que los hombres «trabajen y se esfuercen sin que les importe un ardite el ser saqueados en sus ganancias, y esto, para enmendar las consecuencias de «faltas en que ellos no han incurrido, o sea, para beneficiar a otros «que, por su culpa o sin ella, no han obtenido las ganancias que esperaban. Lo que intentan, pues, los socialistas es, lo repito, reemplazar todo eso que ellos llaman *desorden natural* por una *organización artificial*, construída sobre planes razonados con el prejuicio de «que es cosa posible modificar los fundamentos mismos de la naturaleza.» Ningún muro ideológico podría resistir al embate de tan gigantesco aríete. Y frases como ésta, ruedan a profusión en el opúsculo, frases que, desdeñosas de galas retóricas, sólo buscan la fuerza y desnudez de la verdad.

Para la contundente y magistral demostración de 100 páginas que

tenemos a la vista, había el señor Arrieta echado sólidos cimientos a dos folletos elogiosamente juzgados ya por la crítica.

Empezó por indicar en el primero (2) lo que es el liberalismo entendido en su razonable alcance político y social. Manifestó cómo la base de él hay una filosofía y una ética, las más altas y dignas de hombre que haya visto la historia y que, precisamente, dieron a la pasada centuria imperecedero esplendor. Mostró ahí cómo, por la evidencial consecuencia de la vivífica y amplia libertad que da al hombre todo su resorte, había surgido aquella maravilla de progreso, de cual flor espléndida, brotara en el siglo XIX cuando en el ámbito reino de la libertad todo prosperaba, el hombre se sentía bajo la tónica influencia de la responsabilidad y en esa propia libertad sabía encontrar el límite y el antídoto de los excesos que, como todo lo excesivo, puede engendrar. Puso ahí de relieve —enseñanza de trascendencia incalculable—, cómo la constitución física y económica del individuo, sus necesidades y caracteres psicológicos hallan su perfecta solución en las que propone el liberalismo, que da prosperidad y beneficio al ciudadano y por el ciudadano a las sociedades.

Si esto es el dogma de la libertad, podrá ya calcularse lo que el señor Arrieta piensa de la doctrina que es su antítesis del marxismo. El segundo folleto de esta serie (3), encara dicho evangelio político y económico. Y la condenación basada en considerandos inapelables como que se fundan en los tres o cuatro movimientos prístinos, esenciales, constitutivos del ser humano, cae con la fuerza de una conclusión matemática, sobre ese cruel código de opresión y horrores. Con la demostración del señor Arrieta quedan los marxistas convictos —como diría Tácito—, «de aborrecer al género humano».

Pero a lo menos la prédica marxista, a lo menos la hecatombe realizada en su nombre, es franca y se exhibe con cínico impudor ante los espantados ojos del universo. A éste le sobra con ver los frutos para juzgar del árbol que los produce: vibra en el mundo civilizado un solo impulso de misericordia para las víctimas y de repulsión hacia los verdugos. No ha necesitado, pues, el señor Arrieta esforzar sus recursos para llevarnos a la conciencia de que si el marxismo como teoría es un crimen contra la especie humana en la práctica rusa es la mayor monstruosidad, el más infame y envilecedor despotismo que jamás se haya abatido sobre el hombre.

Todas la inflexibilidad y agudeza de su razonamiento, su erudición y destreza dialéctica, la suma de sus observaciones y el caudal enorme de sus lecturas los ha reservado nuestro autor para el enemigo que combate en este opúsculo. Vemos aquí las huellas del fuego, la llama encendida de la cólera y el gesto airado del desprecio, la exasperación del buen sentido y la honradez ante la torpeza y rapacidad ante la hipócrita polémica de un enemigo multiforme, que usa todos los disfraces, dispara desde todo parapeto y a toda costa procura

dir la conclusión final y sintética que impone el señor Arrieta. El socialismo del Estado es el camino disimulado al comunismo, socialismo vergonzante que no osa combatir a cara descubierta y defender su propósito supremo, la tiranización del mundo entero por un Estado compuesto, organizado y dirigido por las bandas proletarias.

Lo que más satisface al espíritu en esta briosa pugna del señor Arrieta es que no se limita a refutar las proposiciones adversas; lo hace siempre parangonándolas con las tesis liberales. Y es una gloria, es «a joy for ever» como decía el poeta, esa intrepidez de quien a nombre de la ciencia y la experiencia, en pleno régimen de epidemia socializante, osa levantar la voz en pro del liberalismo y proclamar con la autoridad del sabio y clarovidencia del patriota: que en la libertad está la salvación del mundo y que fuera de ella todo es ruina, dolor y perdición.

Simple y lucido es el plan de ataque del señor Arrieta. Después de exponer en su esencia y elementos lo que constituye el estatismo, el socialismo de Estado, rastrea los orígenes de la doctrina en sus fundadores alemanes para criticar desde sus cimientos esa construcción social. La pone en contacto con la eterna realidad humana y demuestra cómo ésta es violentada y deformada por los nuevos conceptos, cómo la iniciativa y dignidad humanas, cómo la productividad misma se enervan y periclitan en manos del Estado, cómo éste incuba y fomenta la incuria, imprevisión e inmoralidad por un proceso fatal a la vez que la burocracia se extiende como un cáncer que destruye todas las fuerzas del organismo y paraliza toda fecunda actividad. Pero no se conforma nuestro autor con estas consideraciones ya de por sí harto significativas. Desciende a las aplicaciones del sistema, y examina varias de las más características intervenciones del Estado para señalar sus crueles y estruendosos fracasos en las industrias y en el resto de la constitución social. Y porque la monstruosidad y el escándalo, de la gestión oficial son más clamorosos que en ningún terreno en el de los seguros obreros, pleno de observaciones, estadísticas y comentarios. Hay que leer en las páginas 142 - 143 la columna formidable y pavorosa de los desembolsos que ocasionan en Alemania, su patria de origen, dichos seguros. En palabras del señor Arrieta «resulta que en Alemania viven 23.500.000 habitantes a costa de la colectividad, esto es, el 36% de la población». Si alguna vez pudo hablarse de la elocuencia de las cifras, supongo que esta lo será.

El señor Arrieta persigue hasta en sus últimos refugios al enemigo, el Estado intervencionista. Y cuando *¡por pudor!* el socialismo estatista se disfraza con nombre de *economía dirigida* u otro, él lo desenmascara aún bajo estas metamósfosis y aún ahí lo muestra tiránico, torpe, derrochador, estéril y ruinoso para hombres y pueblos.

Habría yo deseado que el autor condensase en una fórmula breve y comprensiva el resultado de esta amplia demostración. Hágalo por él un eximio catedrático de la Universidad de Londres, y sirvan

sus palabras de final a este artículo. Dice Mr. F. J. C. Hearnshaw: (4)
«El socialismo burocrático es poco más que una defectuosa especie
de capitalismo de Estado en el cual, por una parte la energía y la
iniciativa están estranguladas por la cinta roja que amarra los legajos; las
cadenas por el formulismo, desalentadas cuando se les roban sus
naturales recompensas, y por otra parte, los perezosos, los ineficientes,
los degenerados, los corrompidos son mimados, hartados de comida,
consentidos e instados a procrear por cuanto medio puede discurrir
una desviada filantropía».

LEO PAR.

«El Liberal».

---

(1) L. A. C., «El socialismo de Estado y la cuestión social». Santiago de Chile, 1933. Imprenta Siglo XX, 8.° de 164 páginas.

(2) «El liberalismo y la cuestión social», por L. A. C. Santiago de Chile, 1933.

(3) «El marxismo y la cuestión social», por L. A. C. Santiago de Chile, 1933.

(4) F. J. C. Hearnshaw, «A survey of socialism, a polytical, historial and criticals, Londres, 1920, 8.° de 483 páginas.

La nueva edición de este Cuaderno, muy corregida y aumentada, contiene, a modo de prólogo, una pauta esquemática utilísima para servir de guía en ese caos proliferante de las ideas políticas y sociales.

LAC procura, ante todo, situar y definir para aclarar, suprimir tarea en la confusión que los intereses y las ignorancias producen.

¿Qué es el socialismo de Estado?

De seguro no lo conocen bien, al menos, tan bien como LAC, los merosos partidarios o enemigos del sistema.

LAC, que se cuenta entre los más decididos de estos últimos, en pieza, imparcialmente, por citar a un entusiasta panegirista, al delirante hegeliano Dupont-White que escribe:

«El Estado es el hombre menos la pasión; el hombre a una altura en la cual entra en contacto con la verdad pura, en la cual se encuentra solo con Dios y su conciencia... Cualquiera que sea su constitución, el Estado valdrá siempre más que los individuos.»

Conviene conocer la enfermedad en su crisis aguda, a fin de reconocer los síntomas donde se encuentren.

Para ser enteramente lógico, Dupont-White no debió, sin embargo, limitarse a decir que el hombre, convertido en Estado, llega a una altura en que se encuentra solo con Dios; si hubiera dicho que era Dios, que se convertía en Dios, hubiéramos tenido la filiación exacta del socialismo de Estado desde los sátrapas de Oriente y los Emperadores romanos, hasta Luis XIV, cuya fórmula: «El Estado soy yo», equivale, dada la psicología del monarca —y también, ¡oy! de sus cortesanos— a la otra: «El Estado es Dios».

Bajando de esas vertientes elevadas, tenemos, para ubicar concretamente la doctrina, el Congreso reunido el año 1872 en Eisenach, donde cierto número de profesores, economistas, jurisconsultos y funcionarios declararon que el Estado era la grande institución moral y educadora de la humanidad, origen del Socialismo de la Cátedra, padre, a su vez, del Socialismo de Estado.

No padre único.

En estas familias ideológicas hay siempre muchos progenitores. Si de nuevo subimos la corriente histórica, hallaremos por allá, entre los griegos, a Platón a su Estado *quimérico*, su República propicia a las tiranías, al mando de filósofos y guerreros que, para hacer reinar la virtud, tendrían derecho a reglamentar hasta los pensamientos. ¿Qué más fascista, nacista, comunista y socialista? Aristóteles, que se habría podido librar de la ilusión por su concepto de la familia, núcleo, a su juicio, fundamental, cae en ella al afirmar, con todos los filósofos griegos, que el individuo está hecho para el Estado y no al revés.

Las limitaciones del socialismo de Estado no se hallan bien definidas. Sin embargo, existe una bien clara que permite reconocerlo y apartarlo de los colectivistas, acercándolos a los liberales: reconoce la propiedad privada y la iniciativa particular como indispensables al aumento de la producción.

Su carácter y su aspiración pertenecen, sobre todo, al orden moral. Tanto como le atraen la bondad, la santidad, la divinidad del Estado organizador y *educador*, *justísimo* y providente, le causan horror la anarquía que crea la libre competencia y su funesta consecuencia: la injusticia social. El Socialismo de Estado tiene corazón puritano y caritativo. Cree que no siempre triunfan los mejores, los más bondadosos, sino los más fuertes, aunque sean inmorales. Y que eso, el Estado debe corregirlo, restableciendo el equilibrio de la virtud, premiando a los malos, favoreciendo a los débiles, apretando a los poderosos.

En esta coyuntura difícil, LAC muestra su criterio.

Es práctico, se atiene a lo posible, cuenta con el relativismo. Dice: «Si la libre competencia no da necesariamente la victoria a los mejores ni elimina únicamente a los incapaces, por lo menos es innegable que, entre todos los procedimientos sociales o económicos ideados o practicados, es el que más se acerca a esas realizaciones tan justamente deseadas. *Y esto es todo lo que cuerdamente puede pedirse considerando*

do la relatividad inevitable de los acontecimientos humanos... O sea, reconoce los defectos del sistema, liberal, no lo declara perfecto; pero sostiene que, llevado a la práctica, sometido a la realidad, es el menos *defectuoso*.

La sociedad necesita producir riqueza. Hay hombres capaces de crearla. ¿Les exigiremos que sean, además, unos santos? Sin ir tan lejos como Ortega en su Miraleau, reconoce que «un gran hombre puede ser un bribón, un gran literato puede ser un degenerado y a menudo lo es. Un sabio puede ser un sinvergüenza y todo lo que se quiera. Bismarck falsificó un telegrama y Bacon no fue trigo limpio. La historia está llena de estos contrasentidos...» Trasladando esas monstruosidades al terreno económico, político y social, LAC no puede negarnos de admitir que la psicología del financista, su aptitud para producir riqueza es *diferente* y no tiene nada que ver con la del hombre bueno y moral, que sabe gastar su dinero de acuerdo con los preceptos humanitarios.

LAC toca aquí un punto neurálgico.

¡La justicia social!

¿Qué no se ha dicho, qué no se ha hecho, qué no se dice, qué no se hace todos los días en nombre de esa fórmula santa?

No cuesta nada invocarla y hacer resonar en torno suyo la música demagógica; más difícil resulta ver la realidad sin ilusiones.

Uno la miró allí bien de frente y cara a cara: Karl Marx. El padre y maestro de los comunistas no creía en la justicia social. Negaba que el ideal de justicia tuviera algo que hacer en las relaciones jurídicas que se aplican a la producción de las riquezas. Y no deja LAC de recordárselo (pág. 81), «a toda la parentela marxista».

En el fondo ¿para qué ha servido la divinización del Estado, su omnipotencia moralizante?

Para cohonestar las más monstruosas injusticias, para entronizar el abuso, para servir de pantalla al festín burocrático y mantener la inmensa y pesada máquina que saca contribuciones al trabajador y paga sueldos al no trabajador. En esa prosa vil acaban la sublime poesía platónica y el severo puritanismo de Gide. «Qui fait l'ange fait la bête»...

Como ilustración de teorías y contrateorías y para pisar alguna vez terreno firme, finaliza LAC su estudio sobre «El Socialismo, el Estado y la Cuestión Social» con una pequeña, animada y divertida pieza teatral: «Curioso Litigio con la Empresa de los Ferrocarriles del Estado (1914)», comedia en tres actos y varias escenas, cuyo actor principal y víctima, LAC en persona, se limita a la exposición objetiva de los hechos.

Conviene leerla.

«El año 1914 —empieza— yo vivía en Viña del Mar, en el Cerro de Agua Santa. Mi propiedad tenía un frente de 40 metros más o me-

pos a la Avenida España. Como se producían continuos deslizamientos de tierra ... »

La precisión minuciosa de los detalles, exactamente tomados de la realidad, no impiden el movimiento rápido de la intriga ni su transparente desarrollo, decidido por una lógica férrea. Cada personaje figura con su nombre: el albañil Juan Paredes; el jefe de Estación viñamarino, don Castor Salinas; un bulldog quillotano y meticuloso; el jefe de sección, don Ismael; don Carlos Navarrete, el señor Armijo; el jefe de bodega y el empleado espectro ... ¡Y qué final burocrático tan característico!

Son los entrebastidores de la gran farsa.

Pueden ir allí a instruirse los que se prosternan delante del Dios Estado, supremo dispensador de la justicia, la bondad y la riqueza.

ALONSE.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL MARXISMO Y LA CUESTION SOCIAL

I

Señor

Don Luis Arrieta Cañas.

Muy señor mío:

He leído su hermoso estudio sobre el Marxismo y la Cuestión Social, y le escribo para felicitarlo y darle las gracias por el valioso servicio que usted ha prestado a la difusión sana y honrada del criterio y las doctrinas liberales.

Con su hermoso libro, usted se ha colocado en el primer rango de ese grupo de escritores que, abandonando el camino alegre de las improvisaciones ligeras que abren la puerta a todos los errores, vuelven al camino de la reflexión y del estudio, que lleva a la verdad. Se van desvaneciendo ya los sueños de la fantasía inspiradora, de las intuiciones «bergsonianas», de la misteriosa «sugestión de lo inconsciente»; ya vamos volviendo al mundo de las realidades y el trabajo, y principian a creer de nuevo, como creía Buffon en otro tiempo, que el Genio es la Paciencia, y como decía hace un siglo Victor Hugo que «el trabajo es todo, y nosotros no somos nada» —*«le travail c'est tout et nous ne sommes rien»*.

No se puede leer su hermoso estudio, sin sentir a cada paso el antagonismo violento que separa la ideología socialista de las doctrinas liberales y cuando por accidente parecen coincidir, y hasta llegan a traducirse con las mismas expresiones en una fórmula común, usted hace resaltar que es sólo aparente esa armonía ocasional, porque esa fórmula común para los socialistas tiene como base consideraciones de ese materialismo económico que inspira siempre sus ideas, y para el liberalismo esa fórmula es simplemente la expresión de la piedad humana que inspira siempre la miseria, de su anhelo de elevar las capas sociales inferiores, convencido de que esa elevación tiene como base necesaria la independencia y la dignidad del individuo, y que la verdadera elevación social tiene necesariamente que ser el resultado de la elevación moral del individuo.

Con picante ironía usted hace notar que ha contribuido al prestigio de los escritores socialistas la voluminosa pesantez de los tratados en que desarrollan sus doctrinas. Muy pocos se aventuran a leer gruesos volúmenes de estudios abstractos y difusos. Casi todos sólo conocen sus afirmaciones dogmáticas a través de la admiración con que las presentan sus discípulos, dejando los tratados mismos cerrados y envueltos en todo el prestigio del misterio.

Ha hecho usted muy bien en penetrar en esa selva oscura y exponer metódicamente las doctrinas capitales que encierran esos libros, las consideraciones en que pretenden apoyarlas, y confrontarlas en seguida con las realidades de la vida y las estadísticas que constituyen el criterio soberano de las cuestiones sociales y económicas.

Creo que ha sido acertada la elección que usted ha hecho en este estudio, del más vigoroso y elocuente de esos escritores socialistas, del que ha ejercido una influencia más fascinadora sobre el pensamiento político de su época, a Karl Marx, cuyas ideas han sido la base fundamental de ese desastroso socialismo que ha tenido su fatal y necesario desenlace en la pavorosa tragedia del Soviet.

Karl Marx, apasionado, voluble y elocuente; de una audacia intelectual que no retrocede ni vacila ante las más temerarias conjeturas, se mueve con una elegante desenvoltura en el terreno de las más peligrosas paradojas.

Karl Marx ha sido entre los filósofos del siglo XIX una singular reminiscencia de lo que fue Rousseau en el siglo anterior: ha sido, como él, el filósofo sombrío del desastre. Usted recuerda cómo los sueños humanitarios del *Contrato Social* tuvieron como desenlace la hecatombe sangrienta del Terror, y todos hemos presenciado cómo los sueños humanitarios de Karl Marx han tenido su trágico desenlace en los horrores feroces del *Soviet*.

Es cierto que Karl Marx no tuvo el calor de alma de Rousseau, ni la sinceridad de su emoción; que no había sufrido las humillaciones de la vida de un sirviente; que no había extendido la mano pidiendo una limosna, que no había conocido el esplendor y las tristezas del romántico amor de «Les Charmettes», pero más voluble y menos artista que Rousseau, había ido a buscar en sus brillantes paradojas una revancha de la obscuridad de su vida. En el fondo de las ideas socialistas de los dos, hay una venganza de su vida solitaria y vagabunda. Toda la filosofía de los dos ha sido una amarga inspiración del odio.

Por una singular coincidencia, Rousseau y Marx, considerándose los más avanzados heraldos del progreso, son en el fondo profundamente reaccionarios: para los dos el sueño del porvenir es una vuelta a la vida de las selvas. En un pasado muy remoto se vieron realizados los ideales que persiguen sus doctrinas. El ideal de Rousseau, como tan gráficamente decía Voltaire, era que los hombres volvieran a andar en cuatro pies.

Recuerda esos fantasmas que encontró el Dante en el Infierno, que llevaban la cabeza trastornada, con la cara vuelta hacia la espalda, y que sólo podían andar a reculones. ¿Esos fantasmas condenados a creer que estaban mirando hacia adelante cuando miraban hacia atrás, y se imaginaban que iban hacia el porvenir cuando caminaban al pasado?

Es sensible que usted no haya arrojado una mirada sobre la vida vagabunda de Karl Marx, que proyecta cierta luz sobre la economía moral de sus seductoras paradojas.

Usted sabe que el viaje a Francia de Karl Marx fue la piedra angular de su vida de escritor; que eran muy diversas las ideas que trajo de Alemania, de las que le valieron más tarde su ruidosa situación. Usted recuerda que una de sus primeras publicaciones en París tenía como título «La miseria de la filosofía» y estaba destinada a combatir «La filosofía de la miseria», en que arrojaba Proudhon, su grito de combate: «La propiedad es el robo». Esa misma fórmula iba a encontrar más tarde un eco apasionado en la fórmula revolucionaria de Karl Marx: «El capital es una explotación sin piedad de la miseria».

Para Karl Marx el capitalismo es el gran culpable de todas las penalidades que afligen a las sociedades modernas; es el Vampiro que se alimenta con la sangre del pueblo inerme, sin defensa, que se agita desesperado entre sus garras. Para Karl Marx la base del capitalismo son las grandes fábricas que hacen desaparecer la pequeña industria que no puede resistir su abrumadora competencia en el mercado. Con una voracidad animal los grandes capitales viven devorando a los pequeños y arrojan sin piedad en la miseria del proletariado a esa clase media que antes vivía holgada y tranquila en sus pequeñas fábricas.

Pero como usted observa, al formular Karl Marx su siniestra acusación ha desconocido que junto con aparecer las grandes fábricas se produjo en todas partes un movimiento de concentración de las pequeñas.

En Inglaterra, las pequeñas fábricas se reúnen para formar grandes compañías y ese movimiento adquirió tanto desarrollo que en 1904, alcanzaba a 38.207 el número de las grandes fábricas organizadas de ese modo. El socialista Bernstein, que usted cita, reconoce el hecho y da esa cifra.

Por otra parte, la organización por acciones de las grandes sociedades industriales, hizo posible a los pequeños capitales, que no lo lograban antes para instalar pequeñas fábricas, que pudieran entrar a formar parte de las grandes Compañías y participar de su producción.

Tengo a la vista —decía Goeschen en 1887— las cifras de 12 sociedades inglesas tomadas al acaso, y he comparado el número de sus accionistas hace 10 años y el de ahora. He aquí el resultado: el ac

mero de los accionistas ha subido de 11.667 a 28.393, esto es, que había aumentado alrededor de 72%.

En Estados Unidos el crecimiento de los accionistas es más rápido todavía. Para darnos una idea de ese desarrollo usted anota que en el período de 1904 a 1908 en sólo 10 compañías ha subido de 108.000 a 169.000. Y el total de los portadores de títulos de este género ha alcanzado ya, la cifra formidable de cerca de dos millones.

Y todavía, a esto debemos agregar que estamos presenciando una evolución de las grandes compañías industriales a que ha llamado la atención Mr. Serruys, director de informaciones en el Ministerio de Comercio de Francia. «En la Sociedad de Economistas el 5 de julio de 1929, hizo ver que se está desarrollando un movimiento de descentralización de las grandes fábricas y, como ejemplo, recordó que en los talleres de Ford, en que hasta hace poco se fabricaban todas las piezas y los útiles de los automóviles, hoy no se hace ese trabajo que se encarga a pequeños industriales especializados. Lejos, pues, de producirse lo que Marx profetizaba, el movimiento a la especialización va trayendo el aumento progresivo de la pequeña industria. «Un nuevo horizonte se va abriendo al desarrollo de la clase media en que se incorporarían los obreros especializados que ya se denominan «la aristocracia del trabajo». Y así estamos viendo que las pequeñas fábricas surgen al amparo de las grandes.

En cuanto al derrumbe de la clase media fatalmente arrastrada por el capitalismo a las miserias del proletariado, según Marx, la vemos desarrollarse en todas partes en medio de una prosperidad risueña.

Wagner ha estudiado en Prusia el curso de la renta de la clase media que va de 2 a 10.000 marcos en el período de 1850 a 1902. En este tiempo la cifra de los que recibían de 2 a 3 mil marcos anuales ha subido de 46 mil a 320.000; los que recibían una renta de 3 a 6 mil ha subido de 32 millones a 200 millones; y las de una renta de 6 mil a 9.500 ha pasado de 7 millones 200 mil a 77 millones.

Después de exhibir usted las cifras que demuestran el enriquecimiento y desarrollo de la clase media durante el siglo XIX, en que las doctrinas liberales imperaron, pasa usted a examinar la situación en que la clase obrera se encontraba durante ese período.

Una frase desgraciada de Adán Smith, desnaturalizada por Lassalle y por Karl Marx ha dado margen a sus más apasionadas y violentas deducciones. Estudiando Smith la organización de las grandes fábricas hablaba del «fondo del salario obrero», lo que para él significaba simplemente la suma calculada para pagar el salario de los trabajadores de la fábrica. Violentando el sentido de esa frase, los escritores socialistas han creído ver en ella un marco de fierro en que debía necesariamente encerrarse el pago del salario que de este modo se encontraba fatalmente fijado de antemano. Esto es lo que llamaba La-

salle da ley de acero del salario y Karl Marx la «ley de la miseria creciente a que los obreros estaban fatalmente condenados».

Agregan los socialistas que la introducción de las grandes máquinas produjo por sí sola una disminución en el número de obreros, porque una máquina podía fácilmente realizar el trabajo de muchos operarios. Esos operarios sin trabajo iban fatalmente a formar el ejército de los desocupados, que a cualquier precio ofrecen sus servicios y hacen bajar con esa oferta la cifra del salario.

Se comprende todo el partido que los agitadores socialistas podían sacar de esa temeraria deducción, toda la emoción que debía despertar entre las masas esa prueba irrecusable de que eran las víctimas de la ley de acero del salario, que tan cruelmente los hundía en una miseria que necesariamente sería cada día más desesperante.

Era evidente que una máquina podía producir lo mismo que muchos operarios, y que *si se mantenía la misma producción* muchos operarios quedarían sin trabajo, pero si se aumentaba también la producción, habría que aumentar el número de máquinas, y por consiguiente, aumentar los operarios que debían manejarlas y atenuar en parte dentro de la fábrica misma esa pérdida consecuencia.

Pero había algo más interesante. Con las grandes fábricas la producción adquirió un enorme desarrollo, la disminución de sus precios en el mercado y el aumento consiguiente del consumo. Lo que significa una mayor actividad del comercio, un aumento en la carga, la descarga y el transporte de las mercaderías en los vehículos, los ferrocarriles y los buques, lo que daba ocupación a un gran número de brazos.

Y si a esto se agrega la enorme irradiación de la actividad comercial el aumento de las tiendas, los almacenes y bodegas, de los empleados que las sirven, de las comodidades que ofrecen a sus clientes, se llega a una conclusión desconcertante para los agitadores socialistas: las grandes fábricas han traído como resultado un aumento en el número de obreros, una elevación enorme del salario, una disminución del costo de la vida, y una elevación en el nivel de la existencia del obrero.

Usted publica los datos estadísticos, las cifras concluyentes, que ponen punto final a la cuestión y cita un notable estudio publicado en la Revista de Ambos Mundos por el vizconde D'Avenel en que compara el nivel de vida de la clase obrera en diversos períodos, con el nivel de las clases superiores, haciendo ver cómo ha ido disminuyendo la enorme distancia que la separaba en otro tiempo.

Y después usted agrega con un escepticismo que una amarga experiencia justifica: Los corifeos del partido socialista, los poetas y los sentimentales que blasfeman ante el liberalismo económico, ¿se convencerán con tales evidencias?

No es posible esperarlo. Su éxito depende de la charlatanería que explotan la ignorancia, de la credulidad de las pasiones y de la envidia de las clases populares.

II

Entra usted en seguida señor Luis Arrieta Cañas, en el estudio de la más gratuita y repetida de las inculpaciones que se han hecho al régimen industrial desarrollado a la sombra de las doctrinas liberales y de la responsabilidad que el socialismo le atribuye en el origen de la crisis mundial que atravesamos.

El desarrollo monstruoso de las grandes fábricas, nos repiten constantemente en todos los tonos y en todas partes, ha traído una sobreproducción y este exceso de producción ha hecho necesario disminuir la actividad fabril, reducir el número de obreros, bajar los salarios, restringir las actividades comerciales, y ha hecho aparecer esa masa de cesantes y mendigos, que se extiende como una mancha de aceite, que entristece la vida de nuestra época y pregonan el derrumbe del régimen que lo hizo aparecer.

Para el criterio estrecho y simplista en que el socialismo pretende encerrar la cuestión enorme del origen de la crisis mundial, no sólo desconoce las cifras que arroja la estadística sobre la producción y los consumos, cifras que invariablemente nos indican que no ha habido un aumento de la producción sino una disminución de los consumos, que no ha sido una crisis de los productores sino una crisis de los consumidores, prescindiendo de la apreciación y el examen de esas cifras que usted exhibe y analiza, hay en esa temeraria imputación del socialismo el olvido de un hecho elemental.

La crisis mundial no se ha producido durante el siglo XIX en que imperaban las doctrinas de los economistas liberales. No se ha producido tampoco en los primeros años de este siglo en que esas doctrinas continuaron su tranquilo y fecundo desarrollo. La crisis se ha producido cuando la guerra de las grandes naciones europeas hizo retroceder a la humanidad en el camino del progreso, cuando hizo revivir los tiempos y la mentalidad de la barbarie primitiva en que todo quedaba sometido al imperio de la fuerza militar y de las exigencias brutales de la guerra, en que la salvación de la vida nacional, la integridad sagrada de la Patria, era la ley única y suprema del Estado. Los más grandes sacrificios eran el rescate para poder vivir después como nación.

En esos tiempos de la guerra, la preocupación exclusiva eran las armas, la formación de los ejércitos, la organización de una casta militar con su esplendor dorado y sus impresionantes privilegios. Un Estado monstruoso devoraba todas las libertades y todos los derechos. La propiedad y la vida quedaban sometidas a las exigencias de la guerra. Todos debían enrolarse en las filas del ejército y pasando los umbrales del cuartel desaparecían todos los derechos y hasta la propia dignidad, en la sombra de una severa disciplina, y hasta la responsabilidad moral desaparecía en la obediencia ciega del soldado.

Las exigencias imperiosas de la guerra hicieron necesaria la transformación de las industrias y las fábricas civiles en fábricas y en industrias militares, para proveer a las necesidades del ejército.

A la sombra del brazo de fierro que la guerra extendía sobre aquella época, todo se igualaba, desaparecían las clases sociales nivladas en la vida de cuartel y en la grosera promiscuidad de las trincheras; desaparecían todas las fuerzas morales para ser reemplazadas por las fuerzas materiales. El hombre perdía el prestigio del valer intelectual que era la base de la distancia social, para ser substituido por las condiciones de vigor físico, de esfuerzo y resistencia, que eran la base de la jerarquía militar.

Los hombres que iban al ejército, dejaban abandonadas sus ocupaciones y trabajos de otro tiempo, y volvimos a ver a las mujeres, como en los tiempos de la barbarie primitiva, entrar a reemplazarlos hasta en las más pesadas y groseras faenas de los campos.

El comercio profundamente perturbado por las dificultades de los transportes tanto por mar como por tierra, suspendía sobre las poblaciones la amenaza de no poder satisfacer las necesidades más indispensables de la vida, y en esa situación excepcional, el Estado se siente compelido a limitar los consumos, a racionar las provisiones, a intervenir en los detalles de la vida comercial para contener los escándalos de la especulación desenfrenada.

La atmósfera de la guerra es necesariamente una atmósfera de perturbación moral, una atmósfera de odio, de recelo y desconfianza, en que vive al acecho con el perpetuo temor de la traición, y se extiende por todas partes la repugnante red del espionaje. Una atmósfera en que el fin lo justifica todo, en que el éxito es la absolución suprema.

En esa atmósfera de la guerra, el Estado omnipotente lo invade todo, no tiene limitaciones ni fronteras. Fija las contribuciones que estima necesarias; cobra los impuestos y los cupos de guerra que estima convenientes. Y ese Estado, siempre tan necesitado y tan voraz, derrocha con la prodigalidad de un jugador los despojos arrancados en nombre de la Patria.

En esa atmósfera envenenada por el odio, las doctrinas liberales se asfixialan, y por el contrario, los sueños y las aspiraciones socialistas encontralan las más favorables condiciones para su completo desarrollo.

Durante esos largos años de la guerra europea, desaparecen las doctrinas del liberalismo económico, hunden sus raíces y extienden sus ramas las doctrinas socialistas, singularmente favorecidas por las exigencias monstruosas de la lucha.

Pasado el humo del combate nos encontramos en un mundo extraño, en medio de los escombros de la guerra. Todo quedó en ruinas en las más feraces naciones europeas: los campos talados, las ciudades

en escombros, las fábricas destruídas, los caminos no se podían transitar, las bombas de que quedaban sembrados esos campos hacían peligroso su cultivo, y las minas que la guerra había desparramado por los mares, debían continuar por mucho tiempo haciendo la navegación incierta y peligrosa.

Salieron de la guerra empobrecidas las naciones europeas. Más de 200 mil millones de *dollars*, que representaban siglos de economías y privaciones, habían sido fundidos en el crisol ardiente de esa lucha.

Y todavía durante 60 años las grandes naciones europeas se verán condenadas a arrastrar la pesada cadena de las deudas contraídas durante los años de la guerra. Para el servicio de esa deuda era inevitable levantar la cifra ya abrumadora de las contribuciones, y ése era uno de los anillos que iba a atar las naciones de la América Latina a la cadena de las deudas de la guerra. Los que pagan las contribuciones no son los que producen sino los que consumen, y los grandes consumidores de los productos europeos son los mercados de la América Latina.

Millones de hombres que representaban una enorme fuerza de producción y de cultura, habían quedado en los campos de batalla. Y los que volvían, habían contraído en esos largos años de vida de campaña los hábitos de una vida fácil, desordenada y dispendiosa, en que alternaban las rápidas horas de combate con las largas ociosidades del cuartel.

Y esos hábitos de desorden y derroche, se acentuaban con la perturbación profunda del criterio moral que autorizaba la intervención del Estado en todas las manifestaciones de la vida económica y social. Trajeron de los cuarteles la manía de uniformarlo todo, de someterlo todo a un implacable cartabón, en armonía con los más absurdos sueños socialistas. Se atribuía al Estado el derecho de imponer las horas de trabajo, de fijarles la misma duración en las ciudades y en los campos, prescindiendo de la diversidad de las ocupaciones y faenas, de decretar horarios de invierno y de verano en que el Estado le marcaba al sol el momento en que debía pasar por el meridiano imaginario del territorio nacional.

Esos horarios de invierno y de verano, esas horas artificialmente fabricadas, eran invención de la fantasía socialista que soñaba con someter el movimiento de la tierra de los astros a los dictados de su nivelación universal.

Otra consecuencia lógica de esa vuelta a la barbarie primitiva, que impusieron las exigencias de la guerra, fue el trastorno de la cultura y los hábitos sociales. La mujer, que reemplazaba al hombre en las ocupaciones y trabajos que el servicio militar lo obligaba a abandonar, en su nueva vida adquirió nuevos hábitos. Pareció empeñarse en una parodia desgraciada de los hombres, reproducía su lenguaje y sus maneras, imitaba sus gustos, recortaba sus cabellos y sus faldas, tomaba el

airecillo desenvuelto de un muchacho, bebía «aperitivos» en las mesas de los bares y fumaba como un carabinero. Con su aire picaresco y travieso, con su falda corta y su peinado de muchacho, dejaba olvidados el recato y el pudor de sus costumbres, la delicadeza y el refinamiento de sus gustos, el arte de envolverse en un manto de misterio, que era el delicioso perfume de su sexo.

En esa vuelta a la barbarie primitiva, vemos aparecer la mentalidad de aquellos tiempos en que los valores morales no existían, en que la fuerza moral no se estimaba, en que no se daba oído a la delicada voz del sentimiento, y sólo se escuchaba la voz salvaje del apetito y los instintos. En esa vuelta violenta hacia un pasado muy lejano, trataron de reconstruir nuestro comercio sobre la base de los cambios de productos sobre la base que tenía antes de la invención de la moneda; quisieron volver a la época lejana de «los trueques».

La música, el baile, la arquitectura como todas las artes, tuvieron un hermoso desarrollo en el curso del siglo XIX, en que dominaban las doctrinas liberales, que favorecían el desenvolvimiento de la personalidad de cada artista y lo estimulaba a mostrarnos sin temor, todo lo que había de original y propio en su carácter.

Pero esa originalidad no significaba el abandono de las grandes y hermosas conquistas realizadas en los dominios del arte, no significaba romper con los modelos consagrados.

Andrés Chesnier daba una fórmula brillante a esa aspiración que dominó todas las aspiraciones del arte en el siglo XIX, cuando decía a los poetas: «Con ideas nuevas hagamos versos antiguos».

Avec des idees nouvelles faisons des vers antiques.

Bajo la doble influencia de la guerra y las doctrinas socialistas desapareció esa tendencia individualista. Una uniformidad monótona y niveladora fue la ley suprema en los dominios del arte, en que volvió a imperar el gusto uniforme y la monotonía de la barbarie primitiva. La música vuelve a seguir el monófono ritmo del tam-tam; el baile pierde su gracia elegante, su suave deslizamiento, y vuelve a ser la trepidación jadeante de las danzas bárbaras; la arquitectura pierde la nobleza y hermosura de sus líneas, y vuelve a la fría uniformidad de la colmena; la pintura, es una triste reminiscencia de esos dibujos primitivos que sólo reproducían las líneas de contorno, sin perspectiva y sin relieves, los que se han encontrado en las decoraciones con que los salvajes adornaban sus cavernas.

Y en medio de todas esas ruinas amontonadas por la guerra quedaba en pie una casta militar soberbia y triunfante en el campo victorioso, humillada y furiosa en el campo vencido. Una casta militar con hábitos de mando y de dominio, acostumbrada a las prerrogativas y homenajes de la guerra, a imponer su voluntad y encontrar en todas partes una silenciosa y complaciente sumisión.

No puede esa casta fácilmente resignarse al abandono de su con-

nipotencia y privilegios. Lógicamente, esa casta reducida a las condiciones normales de su vida, se consideraría despojada y perseguida en medio de agitaciones turbulentas el sueño de una dictadora militar que le devolviera en los tiempos de la paz, la situación de predominio de los años de guerra.

La persecución obstinada de ese sueño, sería la causa de una agitación que mantendría viva la amenaza perturbadora de un trastorno. Por otra parte, el mantenimiento de esa casta militar exigía un aumento cada año más considerable del presupuesto de la guerra, que según los cálculos de Nitti ha aumentado en más de 100 millones de *dollars* en las naciones europeas. No sólo se mantiene la organización militar de un pie de guerra, sino que artificialmente se produce un perpetuo movimiento en los ascensos que ya entre nosotros ha llegado a constituir un cuerpo de generales en retiro superior al de los que se encuentran en servicio.

Para justificar el mantenimiento de esa fuerza armada habían interesados en sembrar la alarma, en despertar los temores de un nuevo cuartelazo y una nueva dictadura. En esa siniestra empresa, sólo se sentían seguros los prerrogativas y privilegios de la casta militar, llegando esta lamentable situación a adquirir tanto relieve, que se ha podido decir que Chile era una nación empuñada por su propio ejército.

¿Cómo es posible imputar al régimen de las doctrinas liberales lo que evidentemente es el producto del régimen monstruoso creado por la guerra y el amplio desarrollo de las doctrinas socialistas? ¿Qué hay ahora en esta crisis mundial que no sea la ingente expresión de ese doble origen? ¿Y cómo puede negarse que la primera víctima del régimen de la guerra fueron las doctrinas liberales, y su primer usufructuario fueron las doctrinas socialistas?

Y yendo todavía más allá, pretende el socialismo que las doctrinas liberales han manifestado su impotencia para salvar las dificultades y peligros de la crisis mundial, que el socialismo podía fácil y rápidamente resolver.

Como usted observa, al hacer estas afirmaciones olvidaba el socialismo, tal vez intencionalmente, la exagerada y lamentable política intervencionista, que en el campo económico especialmente, han adoptado los países desde la terminación de la guerra de 1914. El fracaso del laborismo en Inglaterra, el derrumbe financiero de Alemania, gobernada por los socialistas, etc., debieran mostrar a los espíritus sanos y las inteligencias honradas, la triste sinceridad y la falta absoluta de capacidad que poseen los críticos cuyo criterio se ha formado en las ideas del marxismo. Los doctores del socialismo científico, se han revelado como simples curanderos, y sus remedios en vez de curar los males, los agravan, cuando no son la causa de ellos. Es interesante a este respecto estudiar el fenómeno de la cesantía. En Francia, después

del derrumbe del cartel socializante, y a pesar del gobierno de Blum
care, respetuoso de todas las actividades económicas, la desocupación
se produce y siguió un curso moderado. No existe en Francia el se-
guro contra la cesantía, y los obreros desocupados se han podido in-
latina y constantemente ir colocando en las fábricas mediante una
atinada readaptación del salario a las nuevas condiciones económicas
del trabajo. En Inglaterra, por el contrario, el seguro, *dole*, ha mul-
plicado ese trabajo de absorción de la cesantía, y todas las medidas a
que echó mano el gobierno laborista, fracasaron y agravaron el mal.
Los curanderos del marxismo merecían haber perdido todo su pres-
gio; pero desgraciadamente no ha sido así. Al pueblo ignorante le
gusta siempre el médico que le promete la salud pronta y completa, y
contra este estado mental, nada pueden ni el razonamiento honrado, ni
la evidencia de los hechos.

Usted agrupa los hechos en su estudio para dejar claramente demostrado, que el socialismo no puede proponernos ninguna medida, absolutamente ninguna, para reparar los males de la crisis mundial que no sea una triste abjuración de sus doctrinas.

Lo estamos viendo ahora mismo, entre nosotros lucha desesperada para conseguir la necesaria y honrada nivelación del presupuesto, que es la condición indispensable para valorizar nuestra moneda. Pero como conseguirlo dejando intacta la espesa red de los comisariatos, las superintendencias, las cajas, la enorme y dispendiosa burocracia, todo ese conjunto inútil y pantanoso que envuelve la sociedad y la paraliza, todo eso que los socialistas llaman «las conquistas modernas», el arca santa que encierra su doctrina. El socialismo no puede suprimir esa excrecencia que devora como un cáncer el organismo social, sin abjurar sus doctrinas y renunciar a sus conquistas.

Y será necesario, sin embargo, resignarse a esa triste abjuración de sus doctrinas, será necesario renunciar a los desastrosos sueños del marxismo.

Ya vemos extenderse las sombras de la gran tarde del *Soviet* y ha llegado la hora del trágico derrumbe de la Rusia que las doctrinas socialistas arrastraron al hambre y la miseria, al trabajo forzado al suicidio moral de los esclavos, a la vida sin alegría y a la muerte sin pesares.

Las noticias de Rusia nos dan cuenta de los horrores de la agonía de ese régimen siniestro. Nos dicen que se han visto pasar caravanas enormes de pobres campesinos que seguían el camino de las desoladas estepas le Siberia, a donde iban irremediablemente condenados a morir devorados por los lobos.

Doblando esa hoja, usted entra en seguida en el análisis y la refutación de esas teorías paradojales del «valor» y la «esperanza» a que buscan un apoyo los desastrosos sueños comunistas. Usted nos hace ver en ese análisis, que ya no es lícito considerar seriamente el «

marismo como una cuestión económica y social, y que es simplemente un triste caso de patología mental.

Y con una tristeza amarga y desolada, termina usted su hermoso estudio diciendo que cabeza meditar que sobre ese enredo de desatinos y de errores, se apoya una tesis político-social, que a pesar de haber sido rebatida y deshecha por la crítica, de haber destruido una nación ensangrentando tantos países continúa sirviendo de plataforma a los traficantes políticos.

«Es para desconfiar que alguna vez llegará a recobrar su predominio la conciencia de la realidad, la lógica y el buen sentido».

Una vez más lo felicito por su hermoso estudio y le agradezco el servicio tan valioso que ha prestado a la difusión de las doctrinas liberales.

Augusto Orrego Luco.

«El Mercurio», 11 y 12 de marzo de 1933.

Santiago, marzo 15 de 1933.

Señor don

Augusto Orrego Luco.

Presente.

Señor de mi mayor respeto:

Por acuerdo especial y unánime, la Junta Ejecutiva del Partido Liberal me encarga que ofrezca a usted el aplauso más entusiasta de nuestro Partido por el estudio tan conceptuoso como brillante que usted ha publicado en forma de carta a nuestro muy distinguido correligionario, don Luis Arricta Cañas, en «El Mercurio» del 11 y 12 del presente mes.

El señor Luis Arricta Cañas, en dos magistrales trabajos ha profundizado la doctrina socialista y la de libertad, definido la filosofía de una y de otra, y patentizado con vigorosa lucidez y con el mérito de irrefutables experiencias el desastre histórico del socialismo y la triunfante reacción de los principios liberales. La obra del señor Luis Arrie-

ta Callas fue acogida en nuestro Partido con el más fervoroso aplauso.

Desde la altura de sesenta años de servicios eminentes prestados a la medicina y a la enseñanza, a las letras y a la historia, al periodismo y al liberalismo, altura en la cual lo veneran a usted el afecto y la gratitud de los chilenos, ha encendido usted en esta hora cruenta el faro de su palabra y ha iluminado el horizonte con la nítida transparencia de sus juicios y con el mágico esplendor de su clarividencia.

No cabe imaginar más hermosas ni más conducentes demostraciones que las de usted: el fundamental vacío de la ciudadanía marxista; la efectiva y progresiva influencia del industrialismo en la vida económica y social; los desvaríos de los tiempos de guerra y posguerra que transitoriamente dilatan las funciones de la autoridad; y las subsiguientes regresiones a la barbarie que se advierten en no pocos sectores de las costumbres, de la política, del arte y de la mentalidad de nuestros días.

Gracias señor, reciba nuestras más efusivas gracias. Todos los chilenos se las debemos. En nombre de nuestros correligionarios tengo el honor de ofrecérselas.

Dígnese aceptar, señor, mi mayor respeto y mi consideración personal más afectuosa y elevada.

ANTONIO HUNEEUS GANA,
Presidente.

Incline el observador dependiente sobre el mostrador y muestra las cualidades de una tela, asegurando que no se encontrará otra, a ese precio, en parte alguna; la descontiada señora, erguida y firme, discute palmo a palmo, palpa el género y pide rebaja.

Ni uno ni otro saben, probablemente, que en ese momento se ha colocado sobre el tapete una de las cuestiones más considerables que dividen a la humanidad contemporánea y que el género discutido podría simbolizar sin mucho esfuerzo, nada menos que al género humano.

¿En qué consiste el valor?

El vendedor dirá: en la calidad de mi mercadería, en su duración, en mil cualidades que la hacen útil y apetecible. La presunta compradora: en la necesidad que tengo de ella, en los sacrificios que pueda prestarme, en la facilidad o dificultad para obtener otra más barata.

Esto parece obvio, elemental, de sentido común. Sin embargo, es posible que entonces el vendedor o la compradora pertenezca a par-

de izquierda, y entonces, sin saberlo, estará impugnando prácticamente los principios que su doctrina le impone sostener en teoría.

Porque Karl Marx, supremo pontífice comunista —socialismo integral y comunismo resultan idénticos—, sentó en la base de su edificio una teoría de valor completamente distinta y de la cual derivan, directamente, el concepto de explotadores y explotados; luego, la lucha de clases; en seguida, la necesidad de la revolución social, y por último, la dictadura proletaria.

Es decir, todo el proceso histórico que se ha venido desarrollando en Rusia por una pendiente fatal, y que sólo ahora parece superarse a fuerza de fracasos.

Según Karl Marx, el valor de las cosas no consiste en su utilidad ni en su rareza, y la ley de la oferta y la demanda no puede ni debe fijar los precios. El valor de una cosa debe determinarse, racionalmente, por «la cantidad de trabajo material incorporado en su objeto, por la suma de horas de esfuerzo laborioso que el obrero acumuló sobre la materia prima hasta convertirla en materia industrial, elaborada».

A primera vista, la teoría satisface: un objeto muy trabajado que suele valer más, debería, lógicamente, valer más que un objeto poco trabajado.

Pero inmediatamente surge esta duda: un obrero hábil fabrica en pocas horas un utensilio que otro, torpe, no fabrica o echa a perder en muchas. ¿Tendrán igual valor esos resultados distintos?

Y otra duda semejante: además del trabajo material, más o menos discernible, incorporado a un artefacto, existe el trabajo intelectual, el del inventor, el del empresario, el del que organiza y dirige la fábrica, el de quien gastó su inteligencia y su vida para obtener o hacer posible la obtención de un producto.

Esa cantidad de trabajo, ¿no se avalúa ni remunera? ¿Y cómo se estimaría, cómo podría pesarse, contarse y medirse para avaluarla y remunerarla de acuerdo con las conveniencias sociales?

Karl Marx contesta: esas actividades no significan nada. Y como única prueba les pone un nombre: las llama «actividades parásitas». Con lo cual decreta que no existen y pasa adelante.

Ese paso adelante es lo que importa. Sus consecuencias no pueden ser más formidables. Si las cosas valen, exclusivamente, por el trabajo material que representan, su valor pertenece al obrero material, es decir, el obrero material puede considerarse su dueño legítimo y absoluto y tiene perfecto derecho a disfrutar de ellas. Por tanto, cualquier otro que, con cualquier pretexto, se arrogue su dominio o usufructo, comete un verdadero robo y, literalmente, despoja al obrero, lo oprime y lo explota.

Y así tenemos la división de la sociedad en dos grandes grupos de *explotadores y explotados*, y claramente definida *la lucha de clases*.

En virtud de estos conceptos y a nombre de esa tesis, Lenin con-

virtió a Rusia en República Socialista Soviética, y Stalin sigue exterminando los restos —por lo demás inextinguibles— del maldecido capitalismo. Con el libro de Marx en la mano, infinitos agentes de propaganda política gozan de altas situaciones y mueven a las multitudes incitándolas a la destrucción del «inicuo orden social burgués», y partidos poderosos llegan a los Parlamentos, presionan al Ejecutivo y se demuestran implacables con sus adversarios.

Lo curioso es que esa teoría del valor de Marx, incompleta, sin ninguna base científica ni aun racional, fue abandonada por su propio autor en los tomos siguientes (1) de su obra, de la cual sólo se conoce generalmente, el primero, o sea, la crítica del sistema capitalista, y sin embargo ha seguido extendiendo su influjo por el planeta y desequilibrando las instituciones fundamentales de los pueblos modernos...

Frente a ella, el liberalismo económico y el régimen democrático, creados por la aspiración al mejoramiento de la vida popular, y que han cumplido esa aspiración, van tomando el aspecto de una mística pretérita, contraria a la justicia, funesta al progreso y causante de todos los males. Todo ello con tanta fuerza de sugestión colectiva que hasta muchos liberales ilustrados y aun ilustres, vacilan en sus convicciones y, sea por inseguridad real o por simple conveniencia, cubicionan y miran hacia el lado izquierdo.

Quedaría por examinar cómo ha sido humanamente posible la difusión de este absurdo que salta a los ojos del más ignorante, que en la práctica no ha sido ni podrá ser aplicado jamás y que el vendedor más comunista no se atrevería a sostener por un instante en presencia de la señora menos versada en cuestiones sociológicas.

«La Nación», 5 de febrero de 1933. ALONE.

La «Biblioteca de Estudios Sociales» (Ideas y Hechos) ha lanzado a la publicidad el cuaderno N.° 4 de la colección que se refiere al marxismo y a sus relaciones con la cuestión social.

El tema, como puede verse por las materias que trata, es de una actualidad palpitante y en los momentos que vivimos todas las publicaciones alrededor de los temas sociales tienen un permanente interés

---

(1) Véanse las páginas 50 a 67 del estudio del señor Luis Arcalrían en este artículo. ta Cañas. Las referencias precisas y detalladas a obras, autores, etc. se

El folleto que nos ocupa en sus setenta y ocho páginas, da cima a uno de los propósitos más difíciles para ser realizado en una publicación corta: sintetizar y compendiar los aspectos más salientes y principales de las teorías de Carlos Marx y las relaciones que estas ideas tienen con los problemas sociales.

Es curioso lo que ocurre en torno a la figura e ideas de Marx. Seguramente en nuestro siglo ninguna influencia ideológica y conceptual ha echado raíces tan profundas en el movimiento de ideas del mundo como la de Marx y sin embargo, es fácil al mismo tiempo comprobar que la mayoría de los que invocan el nombre de Marx para justificar, explicar o comentar siquiera, determinadas ideas o movimientos económicos, políticos o sociales no conocen nada o casi nada de las ideas del maestro. Ningún libro ha sido tan citado acaso en los últimos años como «El Capital» de Marx; ninguno también ha sido menos leído y menos estudiado. Sólo puede compararse al influjo y rango de Marx en el campo de las ideas económicas, el influjo e importancia que Rousseau dio a sus ideas, en el siglo XVIII, en el campo político.

Cuando la estructura económica mundial atraviesa por los más agudos trastornos y cuando una porción no pequeña del mundo como es Rusia, en nombre de Carlos Marx y de sus ideas se debate en un caos en el que aun no aparece ningún signo de estabilización, es defer de cultura, por lo menos, tratar de acumular antecedentes, informaciones acerca de las doctrinas económicas del equivocado sofista judío Treves.

Guiado por este propósito, el señor Luis Arrieta Cañas, que ha dedicado su vida toda a la meditación y estudio de los problemas y doctrinas sociales, ha compendiado en este enjundioso folleto, los puntos capitales de la doctrina marxista y al mismo tiempo ha puesto de relieve la falacia de esta doctrina estudiada al calor de la realidad.

La que da el señor Luis Arrieta Cañas a sus lectores es una suprema lección, que ya al estudiar la doctrina marxista en sus fuentes originales se nos había aparecido como la máxima enseñanza. Marx ha tenido con la realidad muy mala suerte; todas sus afirmaciones, todos sus postulados económicos han sido desmentidos paulatina, segura y crecientemente por la realidad, Hoy ya en verdad no puede hablarse de la «miseria creciente de los salarios», pues todas las comprobaciones estadísticas que se han efectuado, demuestran que las remuneraciones lejos de ir en descenso han ido en aumento; tampoco puede creerse en la «acumulación de capitales y de masas de riquezas», los hechos han demostrado que el capital se ha ido extendiendo en forma creciente desde que Marx lanzó su postulado, mitad profecía, mitad dogma; la teoría de la «plus valía» y del «valor trabajo» de Marx no es considerada hoy día por ningún centro científico; la «interpretación materialista de la historia» pertenece más bien a la categoría imaginativa que a la de la ciencia experimental.

Puede afirmarse que todo Marx y quizás si a causa de él, sólo se sostiene en la actualidad la lucha de clases, empleada esta frase como una bandería política, pantalla de movimientos electorales y tomacales, sin ninguna raigambre ni en los hechos, ni en la experiencia, ni en la ciencia.

El señor Luis Arrieta Cañas ha hecho en su folleto una labor utilísima. Ha demostrado con números, con esa terrible y clara argumentación numérica ante la que se estrellan inútilmente todas las disquisiciones demagógicas de las asambleas, que en la actualidad, en todo pensamiento honesto, serio, consecuente puede aceptar como verdades las afirmaciones marxistas, pues éstas han sido desmentidas por los hechos económicos desde que el apóstol las enunció. Algunas de los postulados marxistas tuvieron peor suerte; enunciados en los primeros tomos del «Capital» o en las páginas de «Miseria de la filosofía» fueron negados y abandonados por el maestro en sus obras posteriores.

Es claro que la demostración de los hechos y sucesos que ocurren para los místicos marxistas no tiene ninguna importancia. Ya uno de los más ilustres comentadores y discípulos de Marx, judío también, Nicolás Lenin, ante la demostración de que lo que ocurría en Rusia en 1919 contradecía abiertamente en los hechos los principios que sustentaba, tuvo una contestación entre estúpida y genial: «peor para los hechos...»

Los conocimientos y estudios del señor Luis Arrieta Cañas han puesto orden y luz en los problemas sociales, en toda esta terrible cuestión social de la que siempre se habla y que casi nadie conoce y, lo que es más importante, hacen llegar al conocimiento de todos, los puntos capitales de las ideas de Carlos Marx, de quien también todos dicen algo y como en el verso clásico ninguno lo entiende...»

ABEL VALDÉS A.

La Biblioteca de Estudios Sociales ha publicado ya dos cuadernos interesantísimos, hace algún tiempo, «El Liberalismo y la Cuestión Social» y últimamente «El Marxismo y la cuestión social», debidos a la pluma de un distinguido filósofo —antiguo alumno de L'Ecole Des Hautes Etudes de Paris, y de otras sabias escuelas de Europa— No por mera coincidencia, sino por aquello de que «Les Beaux Esprits se rencontrent», el señor Luis Arrieta Cañas tiene su estudio y su valiosa biblioteca donde mismo escribiera Eguía sus famosas le

yes Marianas y la Constitución Política que hizo grande y respetable a la República, junto a las fuentes rumorosas y en el mismo hermoso y extenso parque en que Bello compusiera su Gramática y reflexionara sobre las sabias disposiciones de nuestro Código Civil.

Los bolcheviques acostumbran a poner al frente de cada libro, revista o folleto que publican, un emblema en que se entrelazan un combo que simboliza la necesidad de destruirlo todo, y una gradaña que recuerda que hay que segarlo todo a ras de suelo, para preparar así la sociedad del futuro.

El señor Luis Arrieta Cañas, en cambio, ha engalanado sus dos folletos con la imagen de La Libertad, que levanta en alto su haz de luces, porque pertenece a la antigua y clásica escuela liberal, que ha desarrollado intensamente las energías individuales, lo que sólo es posible bajo un régimen de libertad, difundiendo el cultivo intelectual y moral, no produciendo artificialmente una igualdad monstruosa, al nivel más bajo de la especie humana.

En este segundo cuaderno que, como hemos dicho, lleva por título «El Marxismo y la cuestión social», el señor Luis Arrieta Cañas estudia, en poco más de setenta páginas, los tres principales cargos que el Marxismo o «Socialismo Científico» hace al régimen capitalista.

Los estudia a fondo, los analiza y los destruye con un acopio de razonamientos, con el auxilio de prolijas estadísticas y con un poder de lógica, digno del propio Marx, y en un estilo enérgico y nervioso, con notas románticas y a veces, también, con brillantes chispazos del más refinado humorismo.

El primero de estos cargos es lo que Marx llama, «la miseria creciente». Se sostiene que el régimen capitalista tiende necesariamente a la absorción de los pequeños industriales, al total aniquilamiento de la pequeña burguesía, que sume rápidamente en el proletariado. Estos pequeños industriales, convertidos así en simples jornaleros, reciben en seguida, como los demás, un salario ínfimo, que apenas si les permite subsistir.

El señor Luis Arrieta Cañas, con un lujo de estadística, comprueba que esta afirmación perentoria de Marx no está de acuerdo con la realidad de los hechos, y refuerza esta aseveración con numerosas citas de autores socialistas que reconocen este error fundamental del maestro. «Lo que nos enseñan las estadísticas, dice Berstein, en todos los países civilizados, es un aumento y no una disminución del número de los poseedores». Kautsky en un Congreso Socialista en Stuttgart, dice a su vez: «Son los capitalistas y no los proletarios los que aumentan en número, de modo que el desarrollo económico nos aleja cada vez más de nuestro fin, y nuestras esperanzas no se materializarán jamás». Cita también otros autores eminentes, aunque no socialistas que contradicen abiertamente la opinión de Marx, al afirmar, por ejemplo,

que: «las clases medias y proletarias de la Europa son las que pagan de las nueve décimas partes de la renta» (P. Leroy Beaulieu). Todas estas citas y numerosas otras, dejan de manifiesto que esta afirmación categórica de Marx, que es el más fuerte argumento de los llamados socialistas científicos», que con gran capitalista siempre aborte á los pequeños, carece en absoluto de valor real.

En cuanto al corolario de este primer cargo, o sea al empobrecimiento gradual de la clase proletaria, y su inevitable sometimiento a la ley de acero del salario insuficiente, el señor Luis Arrieta Cañas lo destruye también de un modo absoluto. Hace presente que durante todo el siglo XIX —el siglo capitalista por excelencia— los salarios —industriales y agrícolas— han sido en constante aumento, mientras el costo de la vida ha seguido también en aumento, pero en escala mucho menor. Así, en 1810, los salarios industriales y agrícolas eran de cien y el costo de la vida de ciento también; cincuenta años más tarde (1860), los salarios industriales eran de ciento cuarenta y seis, los agrícolas de ciento ochenta y tres; en cambio el costo de la vida subía hasta a ciento veintinueve. En 1910 los salarios industriales y agrícolas llegaban a doscientos sesenta y ocho y el costo de la vida únicamente a ciento cuarenta y uno.

Queda, pues, en evidencia, concluye el señor Luis Arrieta Cañas, la *futilidad* de la teoría marxista de la *miseria creciente*, a que el régimen capitalista habría condenado a la masa proletaria. Con todo, agrega, es muy posible que esta teoría marxista, siga repitiéndose y que las palabras de Marx, en Su Capital: «La acumulación de riquezas en uno de los polos de la sociedad, significa al mismo tiempo la acumulación de la miseria, del trabajo penoso, de la esclavitud, del embrutecimiento, de la ignorancia, del decaimiento moral en el polo opuesto», siga siendo parte del credo marxista, a pesar de que como muy bien dice Smitchovitch, *la vida ha traicionado la doctrina de Marx y hoy tiene apenas la importancia de una curiosidad histórica.*

Concluye este capítulo, manifestando que todos los economistas modernos, de la escuela liberal clásica, están de acuerdo en que el salario alto, conveniente, desarrolla la productividad del trabajo y reduce el costo de la obra; recordando que Ford paga los más altos sueldos y realiza grandes utilidades, todo lo cual prueba que la ciencia económica, reconoce que existe también una armonía entre las conveniencias de los capitalistas y las de sus obreros.

El segundo cargo que hace Marx al capitalismo es que las radicales transformaciones técnicas de las industrias y las frecuentes crisis comerciales que caracterizan a este régimen, han sometido la vida del trabajador a innumerables vicisitudes y aumentan, sin cesar la cifra del hambriento y tenebroso «ejército de reserva» del trabajo, formado por la masa de los semiocupados y de los totalmente desocupados.

Con igual profusión de estadística y citas de autores renombrados buscados en el campo mismo de las ideas socialistas, refuta el señor Luis Arrieta Cañas este segundo y aun más injusto cargo hecho al capitalismo. Sostiene el autor que no existe y no puede existir un sistema que suprima en absoluto las vicisitudes que aparecen en la vida económica del mundo, puesto que ellas dependen, muchas veces, de causas que el hombre no puede controlar; como las guerras, las malas cosechas, etc.; pero sostiene asimismo que la benéfica expansión del comercio internacional y el no menos beneficioso imperio del libre cambio, permiten aminorar esas desgracias, y condena con energía, los supuestos remedios con que el socialismo y el comunismo creen poder curar estos males; recuerda el fracaso del laborismo en Inglaterra al pretender, por medio del seguro (dole), concluir con la cesantía; el de Alemania al querer, por medio de la «economía dirigida, organizada u orientada» remediar las penurias que le trajeron la guerra y su derrota y mil otros casos en que la intervención desatentada de los Estados no ha hecho sino agravar las miserias que pretendía remediar. «Los curanderos del marxismo, dice el señor Luis Arrieta Cañas, merecían por esto, haber perdido todo su prestigio, pero no ha sido así desgraciadamente. Al pueblo ignorante le gusta el médico que receta siempre, que promete la salud pronta y completa y contra este estado mental nada pueden ni el razonamiento honrado ni la evidencia de los hechos».

Destruye, por último, el tercer cargo de aparente importancia que el marxismo hace al actual orden de cosas: el de que los capitalistas se apoderan de la supervalía o plusvalía (como lo llaman otros) que resulta del proceso de la producción.

Esta es, sin duda, la parte mejor del folleto, en la que hay mayor cúmulo de ciencia, citas más interesantes y pertinentes, de los más eminentes autores y en que el poder de razonamiento del señor Luis Arrieta Cañas alcanza su mayor eficiencia. Destruye una a una las afirmaciones antojadizas de Marx, las suposiciones en que hacen descansar toda su argumentación, afirmaciones y suposiciones que le recuerdan necesariamente las razones que según «El médico a palos» del gran Molière, explicaban de un modo incontrovertible la mudez incurable de la chiquilla enamorada.

Concluye este folleto con una página, que a pesar de la falta de espacio, creo necesario reproducirla. Hela aquí:

«El capital nació de la primera desigualdad manifestada por la superioridad de uno sobre los demás (mayor inteligencia, fuerza, agilidad, vista, etc.). Con el capital advino el primer hombre que pudo hacer otra cosa que perseguir la res, que pudo pensar en cosas diferentes de aquellas a las cuales viven apegados los hombres primitivos, exclusivamente preocupados de adquirir el alimento. Con el capital nació la cooperación, se vislumbró el progreso, la civilización. El trabajo es la forma de la actividad salvaje primitiva; el capital es la forma de la

actividad civilizada. Lejos de mí la idea de deprimir la importancia social del trabajo, su indispensabilidad, su moralidad, su virtud. Quiero solamente colocar al capital, fruto del ahorro, del ejercicio de las más altas facultades, de las más nobles aptitudes intelectuales y morales, objetivo de nuestras más nobles aspiraciones, quiero, lo repito, colocar al capital en la situación que le corresponde y señalar su importancia civilizadora. Enaltezcamos al trabajo, despojándolo de la falsa y peligrosa idolatría que le profesan los aduladores del populacho, hábiles explotadores del sufragio popular; pero enaltezcamos también, al capital, pues sin él, estaríamos aún en el estado de las sociedades primitivas.»

Tales son, esbozados a la ligera, los principales puntos que el señor Luis Arrieta Cañas trata en el interesante folleto que acaba de dar a la publicidad, con el sano propósito de propagar una doctrina tan verdadera como importante, que cree indispensable hacer conocida de todos, sin preocuparse si ella ha de influir o no, en los cerebros apasionados que sustentan la doctrina contraria, y que ha escrito por amor a la Ciencia, a la Verdad y a su Patria, que son sus grandes amores.

CARLOS ORREGO BARROS.

«El Mercurio».

El muy distinguido publicista que encubre su personalidad bajo las iniciales L. A. C., acaba de lanzar al público un folleto acerca de «El Marxismo y la cuestión social». Es el segundo de una serie que ha de complementarse con dos o tres más, y en que el autor se propone dilucidar cuál de los posibles regímenes políticos y económicos es el más justo y tiene más posibilidades de resolver la cuestión social. A su juicio, es el liberalismo el que más dignifica al hombre, y que más beneficios y progresos de toda índole ha traído y promete a la humanidad; en cambio, los otros sistemas, sólo ruinas, miserias y tiranías auguran a las sociedades contemporáneas. Es la tesis que se propone demostrar en el curso de sus publicaciones.

Hace ya algunas semanas, en «El Liberalismo y la Cuestión Social», preludiaba el autor a esta amplia y categórica demostración, exponiendo los principios políticos, morales y económicos del liberalismo y su perfecta conveniencia para la solución del problema social de segura y magistral manera, con sólidas erudición y filosofía indicaba ahí, en breves pero substanciales páginas, las condiciones y resultados de un régimen político de libertad. Se aplicaba entonces a desarro-

sar esa noción de todos los agregados parásitos, de las deformaciones, de las incorrectas y mal intencionadas interpretaciones que suele darsele. Como resultado de su análisis, en el fondo del crisol nos deja ver, fúlgido y purísimo, el diamante sin máculas de la libertad.

Continuando su demostración en este opúsculo de hoy, aún más pleno y categórico que el anterior, el señor Luis Arrieta Cañas estudia en sus fundamentales conceptos el marxismo como solución del problema social. Con didáctica claridad y método, expone aquí los tres o cuatro postulados básicos del marxismo en economía política, y el régimen social que ellos condicionan. Doctrina destructora y de usurpación la de Marx, ella se cifra casi por entero en una crítica de la sociedad actual. El señor Luis Arrieta Cañas se hace cargo de los más aparentes y plausibles de esos reparos y objeciones para sacudirlos y derrumbarlos desde los cimientos. Habla el apóstol marxista de la minimización de los salarios que se traduce en la ley de bronce de Lassalle; de la inseguridad y perpetua contingencia de la condición del operario, en gran parte derivada del maquinismo y que forzosamente engendra la cesantía; y por último, de la injusta y expoliatoria apropiación por los capitalistas del aumento de valor de las mercaderías, de lo que él llama supervalía. Esta forma la cúspide de la construcción marxista; ahí culmina el ataque al capitalismo y tiene su consigna la guerra del proletario contra las clases adineradas o siquiera burguesas.

Acerca de todos estos capítulos, da nuestro autor un veredicto condenatorio de Marx, evidenciando la falta de verdad y sinceridad de su teoría, el desacuerdo de ella con los hechos, la torcida y maliciosa presentación e inteligencia de éstos. No le es difícil la demostración. Con hechos tangibles que todo el mundo conoce o puede comprobar, con estadísticas oficiales, manifiesta él cómo los salarios, en vez de disminuir han aumentado en importancia absoluta y relativa, cómo hoy día el obrero gana más y compra a mucho más bajo precio que antes y disfruta al presente de una multitud de comodidades que antaño ni soñara. El nivel ético e intelectual del proletariado, su eficiencia económica se han levantado enormemente, fuera de toda proporción con los anteriores. La clase media ha ido aumentando considerablemente, a lo que ha contribuído con eficacia la fundación de *trade unions* y de sociedades anónimas que permiten la creación y difusión de las pequeñas rentas. Esto, como bien se comprende, implica una refutación de la supuesta *ley* de bronce que supone al operario condenado eternamente a un mínimo de salario por su trabajo. En esta parte el folleto en estudio es particularmente completo y demostrativo: él prueba que el maquinismo, denunciado por Marx como el verdugo de los proletarios, no sólo no produce un aumento de la población cesante obrera, con las consiguientes bajas de salarios y pauperismo, sino que, por la virtud de los *trade unions* organismos autónomos que, lejos de la tutela del Estado, han permitido el libre juego de los intereses en

lucha, por el ascenso de los más aptos y por la formación de clases proletarias seleccionadas, abre mucho campo a las iniciativas obreras mejora inñnitamente su condición, asegura sus ahorros y, en determedida, les permite convertirse a su turno en capitalistas. Así, el cielo de plomo que Marx imagina ver tendido sobre el mundo proletario, se atenúa, esclarece y levanta hasta perderse de vista. A este respecto, las estadísticas de varios países prestan al autor poderosos auxilios; establecen ellas, en síntesis, que no sólo los salarios han aumentado, sino que a la par ha crecido su poder adquisitivo. Es decir, que la teoría marxista del progreso y fatal empobrecimiento de las clases trabajadoras se derrumba al contacto de la experiencia y de los hechos.

Igualmente claro y preciso está el señor Luis Arrieta Cañas, al tratar del salario, sus modalidades y características. Con sobra de razones tomadas de la vida diaria y de la teoría refuta él la del salario necesario, demostrando que en la presente organización industrial el término medio de la efectiva remuneración guarda relación estricta con el promedio del rendimiento del trabajo de todos los miembros de la sociedad. Con insistencia marca el autor el gran papel que en la tasa de los salarios y en sus vaivenes desempeña el capital, que en el hecho viene a ser el antecedente de toda solicitación de trabajo.

En este punto de su demostración, el señor Luis Arrieta Cañas se detiene a refutar el cargo que se hace al capitalismo de producir las crisis que hoy nos alarman. En cuatro páginas profundas y excelentes demuestra él que dichas crisis en gran parte provienen de imprevistos e inevitables fenómenos naturales pero también, no en menor escala, de la inconsulta y nefasta intrusión del Estado, que violenta las leyes económicas e introduce en el organismo social trastornos inmensos en sus *economías dirigida y orientada*.

Donde la argumentación del autor adquiere mayor plenitud es al abordar el problema del valor. Aquí pone en juego toda su proficiencia dialéctica, su cabal noticia de la literatura pertinente y un vigor de raciocinio que no deja en pie ningún argumento contrario. Toda la red de artificios y sofismas marxianos acerca del valor y la supervalía aparecen expuestos aquí con meridiana lucidez, en toda su sutileza y perversa intención; su refutación es total y definitiva. En realidad, dentro de la literatura patria no conocemos páginas más densas y autoritativas, de más penetrante buen gusto que éstas. En esta importantísima noción, del valor, el señor Luis Arrieta Cañas discierne con científica precisión la parte del trabajo y la del capital, explicando el modo como ambos elementos concurren a formarlo y cómo resulta radicalmente inexacto el aserto de que único factor del valor sea el trabajo. Por ello es falsa también la conclusión de que en todo valor exista un superávalor que corresponda íntegramente al operario que lo habría creado en horas extraordinarias de faena. No se cansa el autor de poner en

jeve las infinitas contradicciones, íntimas e insalvables, del sistema en este punto.

Así, en vigorosos acápites recuerda cómo el marxismo anticapitalista ha creado la más despóticamente capitalista de las tiranías; cómo esta doctrina de la igualdad terrenalmente para todos los hombres ha instalado ahí la más fija desigualdad cívica y política de que haya ejemplo; y cómo el repudio especulativo de la inteligencia generadora de desigualdades ha debido ceder el paso a un proceso llamado a todos los intelectuales para que asuman la dirección del país y lo resuciten. Como expresa el autor, la antinomia de esos hechos con la doctrina marxista es fatal e ineludible consecuencia de las exigencias del individuo y la sociedad.

El final de esta briosa y estricta polémica es la conclusión científica de que el marxismo, sus premisas y consecuencias son falsas, sofísticas, inspiradas en el odio y la envidia, en la ambición de constituir un poder sobre las voluntades inermes y las inteligencias embrionarias de las multitudes. Implícita en esta conclusión está la conciencia de que sólo el liberalismo con sus ilimitadas iniciativas e independencias posee la clave de los problemas contemporáneos, económicos y sociales.

Algo hay en estas páginas que les da un carácter y un tono especial: en ellas, como en el anterior opúsculo, el señor Luis Arrieta Cañas se cuida especialmente de no separar los aspectos ético, económico y social de las cuestiones que discute. No limita, pues, la acción del liberalismo y del marxismo al mero aspecto materialista y utilitario a que éste último se circunscribe, sino que lo extiende a todas las demás esferas de las actividades humanas, que no son, por cierto, las menos transcendentales en una asociación de individuos. Hay en estas páginas —y es lo que las hace amables y persuasivas—, una ardiente predicación de nobleza y aspiraciones intelectuales, de mejoramiento y justicia sobre todo de exaltación del sentimiento de la dignidad personal que es hoy, más que nunca, indispensable a las generaciones egoístas, positivas, codiciosas, faltas de escrúpulo y conciencia. Estas ideas y sentires que arraigan en el alma misma del autor, lo inspiran del principio al fin de su trabajo. De ahí un estilo caluroso, ávido de convencer; de ahí los gestos de indignación, la ironía y candente desprecio que animan estas páginas como el más íntimo y personal de los alegatos. Es que al refutar el marxismo, el señor Luis Arrieta Cañas defiende indirectamente la libertad, el ideal supremo de su vida.

R. D. S.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

No todos los que afirman: «Hay una grande ignorancia en cuestiones sociales» tienen el derecho de hacerlo. Por eso esta frase corriente impresiona poco en labios de cualquiera. Para tomarle su peso y su sentido es preciso escucharsela a quien, como el autor de este folleto, ha vivido una larga existencia exclusivamente consagrada a estudios y lecturas de esta índole; que está al cabo de cuanto se ha escrito y se escribe sobre la materia en los distintos países; que conoce la teoría y la práctica del asunto, dilucidadas en Europa, aplicadas en Chile; que ha podido considerar el pro y el contra de las soluciones y se ha resuelto, firmemente, por determinada escuela y la sostiene con argumentos concretos, con citas, con observaciones personales y el vasto material que le proporcionan su biblioteca de trabajo *mil volúmenes*, formada pacientemente y lúcida en una residencia de campo, sin que nada ni nadie le quite el tiempo...

Aunque apuntar estos datos casi equivalga a nombrar a la persona —tenazmente oculta detrás de un seudónimo— creemos necesario hacerlo, en obsequio a los curiosos de ciencia efectiva; seguramente no existe en nuestro país otro que junte tales y tantas condiciones de competencia. ¡Los maestros de sociología que ahora priman, suelen improvisarse con una facilidad y pontifican con un dogmatismo! Descubrir un erudito real, un sabio verdadero, constituye hallazgo demasiado raro para no señalarlo a la atención pública.

No pretendemos resumir ni aún comentar al señor Luis Arrieta Cañas. Allí está su folleto, a la mano de todos. Aborda el corazón de la cuestión palpitante: el Marxismo y la Cuestión Social. (Ya había hablado, a guisa de prólogo, sobre la misma Cuestión y el Liberalismo). Señalamos sencillamente su aparición, seguros de interesar con la noticia a los que desean informarse e ilustrarse, sinceramente, sin prejuicios ni pasiones doctrinarias. El señor Luis Arrieta Cañas es eminentemente objetivo, cita con exactitud sus fuentes y cualquiera puede en cualquier momento, comprobar sus afirmaciones y discutir sus puntos de vista.

Ignoraríamos lo que ha sido este año si no mencionáramos las publicaciones de índole social. La propaganda socialista y comunista lanzó una avalancha de folletos revolucionarios, más o menos inclinados a la acción directa. Toda, por lo demás, literatura de segunda o tercera mano, principalmente de mano soviética. A esa ofensiva han seguido voces autorizadas, a veces obras de investigación y pronunciamientos personales, aunque discutibles, como el libro de don Carlos Keller, UN PAÍS AL GARETE, que no puede confundirse con el montón y en mayor abundancia, folletos, monografías, estudios de problemas precisos, puestos de actualidad por los acontecimientos nacionales. Citaremos, entre los principales: «El Liberalismo y la Cuestión Social», por el señor Luis Arrieta C

gas, pensador y erudito con perfiles de maestro; «El fin del Socialismo Soviético», por Valentín Brandau, vigoroso y concluyente; «La Proletarización de los gremios y su crítica, por Carlos Orrego Barros, el notable discurso de don Héctor Rodríguez de la Sotta, en que expone nuestra crisis política, económica y social; «El Socialismo», magnífica definición formulada por don Armando Quezada A.; etc. Ellos demuestran que no necesitamos entregarnos en brazos de la propaganda extranjera ni pedirlo todo prestado a la moda ideológica para considerar nuestra situación.

«El Mercurio».

«...hoy por hoy, no queda nada, absolutamente nada (fuera de su índole y poder de agitación política) del doctrinariamente célebre socialismo científico...»

Si no fuera por el inciso entre paréntesis, podría preguntársele al señor Luis Arrieta Cañas para qué emplea tanta erudición y tan vehemente dialéctica en aplastar una doctrina ya del todo aniquilada.

Pero hay el inciso.

En realidad, como doctrina científica y económica, el marxismo se ha derrumbado y así lo reconocen cuantos sabios y hombres de estudio examinan el asunto sin pasión política, sin compromisos de partido o secta. La cuestión, en tal aspecto, puede darse por zanjada, aunque es claro, los interesados protestarán a grandes voces.

Esas voces hijas de la pasión o el interés, van a ser difíciles de acallar; no basta para ello aniquilar unas tras otras las tesis del sistema ni demostrar su falsedad en la práctica, a la luz de los hechos.

El señor Luis Arrieta Cañas lo ha hecho con su habitual lucidez y su erudición insuperable.

Aun así, mucho tememos que fragmentos infinitamente pulverizados de la teoría del valor, por ejemplo, uno de los sofismas de Marx más cargados de confusión se introduzcan en los oídos y en los ojos de mil teorizantes empecinados en seguir divagando sobre una cuestión que, aparentemente, el simple sentido común debiera aclarar.

¿Y cómo evitarlo?

La actividad de cada día, el simple hecho de comprar y vender plantea el problema, y una prensa estrepitosa, insistente, incansable se apresura a revolverlo, no ya en artículos de fondo, sino en las gran-

des letras titulares, para que lo vean todos, hasta quienes no compran el diario ni lo leen.

Ir allá con razonamientos y distingos parecería cosa de locos; y sin embargo, es preciso; y el señor Luis Arrieta Cañas lo hace en sus folletos: y no sin resultado.

Se preguntan por qué suben sin medida los precios. Se contesta —Especulación. ¿Avaricia de los propietarios, codicia de los comerciantes, explotación de los ricos a los pobres?— Sin embargo, dos años atrás, los precios bajaban y bajaban, también sin medida: ¿los propietarios, entonces, no eran avaros, no eran codiciosos los comerciantes y eran los pobres los que explotaban a los ricos? ¿No había entonces especulación o la había al revés, para perder en vez de ganar?

Para bajar los precios, se crea el Comisariato, y éste se precipita sobre los vendedores, los comerciantes y les entierra los dientes y uñas de que, con tal objeto, lo han armado. Sorte tan poco, o tan mal o contraproducente efecto en acción, que en sus mismas filas se nota perplejidad.

Nadie o casi nadie advierte un pequeño detalle.

En toda compraventa intervienen dos: el que vende y el que compra. Ahora bien, nunca, jamás, en ninguna circunstancia, por ningún motivo, un vendedor, un comerciante vende o ha vendido algo en una suma superior a la que el comprador o los compradores están dispuestos a pagarle. Esto es una ley. Si el vendedor la viola ¡ay de él!: se arruina y desaparece. Porque ocurre que el comprador no le compra y el primero necesita del segundo aún más que el segundo del primero.

En estas circunstancias si allí hay dos ¿por qué no se atiende sino a uno, al vendedor? ¿Por qué, si de culpa se trata, no se culpa también al otro, al comprador?

De hecho, es culpable. Si todos los compradores se ligaran y convinieran en no pagar sino tales y cuales precios, los vendedores tendrían que someterse, a menos que, no conviniéndoles el negocio, se arruinaran. Pero los compradores no hacen tal cosa, por una sencilla razón: porque tienen dinero; lo tienen de sobra y son ellos y no los otros los que hacen subir sin medida los artículos. Pero el Estado en vez de quitarles el dinero para que no paguen tanto —lo cual no constituiría una medida menos absurda que la de fijarles precio a las mercaderías para que no suban— hace exactamente lo contrario: les aumenta sus sueldos y salarios, crea empleos con altas remuneraciones y los reparte, instala oficinas destinadas a protcger al consumidor, a darle facilidades y fabrica más y más papel moneda para que circule y tengan los compradores con qué seguir comprando.

Naturalmente, los compradores compran y mientras más compran más suben los precios. Todo negocio es un remate en que luchan la oferta y la demanda, la mercadería y el dinero. Por el gran canal de

los presupuestos públicos, año tras año inflados, desagua en la masa consumidora una cantidad creciente de dinero: justo es que a mayor oferta siga menor precio; porque cuando se dice que todo sube se comete una inexactitud de lenguaje y de pensamiento; el dinero no sube, sino al revés: baja vertiginosamente. Baja en razón directa de su abundancia.

Y no hay ninguna esperanza de que, disminuyendo, suba.

El Estado democrático, de elección popular, sostenido por la masa proletaria, necesitada y clamorosa, tiene, como todo ser vivo, su instinto de conservación y quiere no solamente ser, sino ser más cada día, en el espacio y en el tiempo.

Ahora bien, si acaso el Estado detuviera la baja de la moneda o pretendiera subirla, inmediatamente se produciría este efecto: no podría seguir aumentando sin límite, los Presupuestos, no podría seguir creando y repartiendo empleos ni alzando los sueldos y salarios públicos y particulares... Porque ya se ha convenido en que el Estado no manda sólo en lo suyo, sino también, y con más soltura de cuerpo, en lo ajeno. No pudiendo subir los sueldos ni crear más empleos, el Estado sufriría este otro efecto: perdería rápidamente su popularidad o sea su base de sustentación. Con este resultado: rápidamente también caería.

En consecuencia; el Estado, único poder capaz de sujetar la baja de la moneda, que está obligado a detenerla, y que promete hacerlo, se halla de tal manera interesado en no sujetarla, más aún, en seguir bajándola, que, como se ha visto, la moneda baja y baja sin medida ni término calculable.

Es una paradoja.

Veamos otra.

Todas las creaciones de puestos que hace el Estado tienen por objeto administrar mejor es decir, beneficiar a la masa pobre y consumidora, defenderla contra la explotación de los ricos, terratenientes y productores. Perfectamente. Pero como para crear esos puestos y para inflar éstos debe inflar la existencia de moneda e impedir su alza, ocurre que esas medidas dan por resultado:

1.º) Encarecer las propiedades, subsistencias, arriendos, etc., es decir, empobrecer cada vez más a los pobres; y

2.º) Mediante ese mismo mecanismo encarecedor enriquecer cada vez más a los ricos, los cuales se ven ampliamente compensados, por la mayor utilidad, los mayores impuestos con que costean las mayores oficinas públicas.

O sea, que un Gobierno de izquierda política hace obra de ultraderecha económica.

Y esto no por la voluntad de nadie, ciertamente, sino por una especie de fatalidad, casi diríamos de mecánica sociológica.

Suele llamarse al fenómeno de la inflación de los precios y el

aumento de los salarios ala rueda infernal; porque no se sabe desde
ni cuándo empieza a girar.

Creemos que dejando el campo económico y penetrando en el político, se ve con bastante claridad dónde y cuándo empieza a girar la rueda y cuáles resortes la echan a andar.

Sería, por desgracia, más difícil indicar los medios efectivos para detenerla.

Nos hemos alejado un poco del señor Luis Arrieta Cañas, aunque no tanto como parece. Este cuarto cuaderno suyo que se recibe tiene, como los otros, entre sus principales virtudes, la cualidad de estimular y sugerir; porque está cargado de fluído eléctrico. Es uno de sus méritos y sus fines.

«El Mercurio», 4 de junio de 1944.

Atenea.

Bajo el título «El Marxismo y la cuestión social» acaba de aparecer un estudio sobre el socialismo científico.

Es un interesante ensayo que ya conocíamos por haberse editado anteriormente. Vuelve a ser publicado por su autor, don Luis Arrieta Cañas, para satisfacer la curiosidad de cuantos repudian la economía dirigida implantada por el marxismo en el mundo.

La tesis socialista que hace responsable al régimen industrial capitalista de la destrucción de la clase media y de la pequeña industria, de producir la miseria de los asalariados, de mantener una remuneración injusta y de muchos otros daños sociales, es rebatida en el presente ensayo a la luz de las estadísticas recientes.

Comprobado el fracaso del socialismo en los gobiernos de Europa, de Australia y de América algunos sedicentes economistas para disimular el fracaso a su flamante sistema lo llaman, ahora, con el nombre de economía orientada.

El autor sostiene, después de acumular irrefutables antecedentes, que la acusación hecha al liberalismo capitalista de ser la causa de todos los males económicos es una acusación tan falsa como hipócrita, después de la bancarrota del capitalismo del Estado en la Rusia Soviética en donde el marxismo integral se aplicó totalmente.

Examina el señor Luis Arrieta Cañas los tres cargos que se hacen a la dirección capitalista de la industria y al régimen de la libre competencia. Sintetiza en tres puntos esa acusación dirigida contra la economía liberal, a saber: Primero, que tiende dicha economía a re-

decir el salario del trabajador al límite que apenas basta para su subsistencia; segundo, que ha hecho la vida del trabajador, miserable e insegura, como del comercio una operación perfectamente incierta y oscilatoria; y, tercero, que ha obligado muchas veces al capitalista a incautarse del total aumento de valor de las mercaderías, valor creado por el trabajo del obrero y que, por lo tanto, debiera pertenecer a éste.

El autor demuestra que todas las reformas planeadas por el socialismo no son más que una pura repetición de los antiguos errores en que se fundaba el prestigio de las teocracias o autocracias de las pasadas comunidades humanas, época en la cual la brutalidad de las clases gobernantes ensangrentó la historia con misticismos políticos que repiten hoy día los déspotas rusos, después de haber llamado a las clases más incultas al ejercicio del poder.

Este pequeño tratado de economía social editado por los talleres de «El Imparcial», con la pulcritud tipográfica que acostumbra, merece ser lectura preferente de nuestros estadistas y políticos, de la gente de prensa y del hombre de negocios.

«El Imparcial».

MAJADERIAS SOCIALISTAS

Las declaraciones y discursos provocados por la reciente división del socialismo chileno ilustran y corroboran tan oportunamente la tesis central de este libro que su autor tendría derecho para enrostrar a los directores de ese partido el clásico:

—¡Te dixit!

En realidad, antes que el señor Luis Arrieta Cañas, ellos lo dicen.

Va diferencia de la teoría al hecho.

No se puede negar que, en la esfera doctrinaria, la escuela socialista contiene belleza de orden moral y que su programa está construído sabiamente, conforme a la ética y a la lógica. Cada problema bien planteado, encuentra allí solución adecuada; en él hallan satisfacción aspiraciones profundas del corazón y de la mente; la justicia se junta a la conveniencia general para conseguir al hombre la mayor suma de bienestar posible.

Parece que sólo faltaría aplicarlo.

Pero es allí, precisamente, donde falla.

Lo está demostrando la práctica.

La creación ilimitada de organismos fiscales y semifiscales, indispensables para racionalizar la economía, tiene por primera consecuencia dividir al país en dos castas: por un lado toda una graderia de funcionarios, públicos provistos de autoridad y de renta; por otro, una muchedumbre de semiposeedores sin sueldo, fuera del que su trabajo les procura, y que, en vez de disfrutar del don de mando, deben someterse a los otros, cuya renta pagan a su costa.

¿Cómo ha podido crecer y mantenerse un régimen de tal modo depresivo no sólo desde el punto de vista económico, sino para los más elementales sentimientos?

Es uno de los misterios cuyo estudio permite abordar el libro del señor Luis Arrieta Cañas.

Ha habido, sin duda, y hay, sobre todo en el último tiempo, condiciones históricas singularmente favorables al desarrollo del sistema socialista y de su expresión última y perfecta, el comunismo: la multiplicación y el vuelo complicado de la industria y el comercio, el aumento de la población y las de masas obreras acumuladas en los centros fabriles crearon situaciones desconocidas que fue preciso afrontar rápidamente; el dogma de la soberanía popular culminante en el su-

fragio sin restricciones y la libertad absoluta de propaganda, en una época de publicidad frenética, todo ello, si bien se mira, fruto del sistema liberal capitalista, han coincidido para posponer y desacreditar en la opinión pública las doctrinas liberales y el régimen del capital privado.

Después de sus cuatro cuadernos, que son otras tantas obras eruditas y de macizo fondo, «El Liberalismo y la Cuestión Social», «El Socialismo de la Cátedra», «El Socialismo de Estados» y «El Marxismo y la Cuestión Social», el señor Luis Arroyo Cañas acaba en éste, con acopio de datos concretos y anécdotas significativas de su estilo libre familiar y vehemente, la crítica de las «tesis» y fórmulas consagradas que él llama, irrespetuosamente, «blasfemias».

Son las que repiten sin cansarse y, a menudo, sin entenderlas cuantos, por una u otra razón, aspiran al establecimiento del régimen socialista.

Desde luego, los ataques al Partido Liberal, al «laissez - faire», al manchesterismo, etc.

El blanco que se les ofrece aquí es inmenso. Los liberales capitalistas hacen, generalmente, poca propaganda. No son por naturaleza oradores ni ideólogos; son gente de trabajo con su tiempo ocupado. El sistema mismo apenas puede considerarse sistemático, no ha brotado de los libros, sino de los hechos; tiene la irregularidad aparentemente ilógica de la vida y rehusa los desarrollos elocuentes, capaces de halagar el instinto simétrico de los retóricos o el oído de los primarios y los poetas. Tampoco hace promesas fabulosas e inmediatas a las clases inferiores; incita, por el contrario, al esfuerzo personal duro y perseverante, a la previsión, al ahorro y al cálculo.

Delante de una asamblea de electores, el socialista presenta a las masas ávidas, irritadas y sufrientes todo un panorama de conquistas rápidas y no les pide sino algo tan fácil de dar y tan insignificante de apariencia: una firma y un voto. A su lado, los liberales, que hablan de lucha cotidiana y sumisión a la realidad, que dan el triunfo a los mejor dotados y eficientes y sólo garantizan campo abierto para el trabajo, asumen una posición desventajosa y toman un papel distante de atraerles simpatía.

El socialista parte de la base de que todos los hombres son iguales y tienen por tanto igual derecho a gozar de los bienes: el pequeño número de los ricos queda en el acto, frente al gran número de los pobres, como una banda usurpadora. El liberal empieza por reconocer las inevitables desigualdades psicológicas, esa evidencia meridiana, e insinúa por allí una explicación justificadora de las desigualdades sociales y económicas. El socialista ofrece subir progresivamente los impuestos para vaciar su contenido en las arcas públicas de donde, por los canales de las reparticiones públicas, irá a vaciarse en los bolsillos de sus funcionarios.

Se comprenderá que unas doctrinas con armas tan diferentes manejadas por hombres tan diversos alcancen un resultado distinto.

Dada la rapidez con que ahora se verifican los procesos políticos, la batalla habría terminado hace tiempo con el triunfo apabullante de todas las izquierdas si, de cuando en cuando, no interviniera para detenerlo, como una constante advertencia, ese factor sin rostro, mudo, pero irresistible, que se llama la naturaleza de las cosas, el enemigo que detuvo a Napoleón.

Se le puede contrariar durante cierto espacio; circunstancias transitorias, por ejemplo, las guerras, permiten, como un estado de fiebre, desconocerla o eludirla; pero cuando al cabo, empieza a restablecerse la normalidad o sobrevienen una crisis, su voz tiene que escucharse.

Entre las expresiones más elocuentes aunque menos observadas que emplea la realidad para oponerse a los ensueños debe contarse el valor de la moneda.

Cada reforma administrativa que se dicta, cada organismo fiscal que se crea, cada empleo público que se provee para aplicar disposiciones, por supuesto, siempre muy benéficas y absolutamente indispensables, disminuye otro poco el tamaño de ese pequeño signo, representación de todas las realidades.

Las subsistencias encarecen, los consumidores protestan, el legislador se alarma. Remedios, nuevos organismos destinados a detener el alza de los artículos de primera necesidad —cuyo límite exacto tampoco se conoce— y nueva disminución del valor adquisitivo de la moneda por las nuevas contribuciones para costear nuevos empleos. Es la rueda del círculo vicioso que hacen girar con ritmo acelerado las emajaderías socialistas, los típicos doctrinarios, el ensueño metódico de quienes han pretendido sujetar a normas intelectuales algo tan rebelde y ajeno a esas normas como es la vida.

Si la prensa y los números no estuvieran diciéndonos cada día el desarrollo avasallador de las teorías socialistas y su aplicación desenfrenada, el alza de los presupuestos fiscales y semifiscales por un lado y la baja correlativa de la moneda, por otro, bastarían para indicarnos con suficiente claridad qué camino llevamos y a qué velocidad corremos por su pendiente, aguas abajo.

Medio a medio de esa corriente, atrincherado entre miles de volúmenes, provisto de todas las herramientas y de un coraje que ignora el desaliento, el señor Luis Arrieta Cañas observa los hechos, examina las teorías, reduce los fantasmas a su verdadera proporción y se opone formando remolino.

Tanto o más que sus anteriores volúmenes, éste de las «Maderías Socialistas» encierra un diagnóstico del mal contemporáneo y pone y vuelve a poner, con repetida insistencia, el termo-cautero sobre la llaga. Claro que van a desoírle quienes, voluntaria o involun-

erianamente, se niegan a percibir la realidad: ni los primarios, ni los poetas, ni los ideólogos ni los interesados se contarán entre sus discípulos; pero, tarde o temprano, ineluctablemente, la realidad acudirá en su ayuda. Ojalá que entonces todavía sea tiempo...

«El Mercurio», 7 de febrero de 1943. AUGUR.

Los románticos de la Economía Política que, bajo diversas etiquetas, continúan haciendo la crítica de la doctrina liberal de manchester, sin conocerla, deformándola constantemente, y que vaticinan el próximo fin del capitalismo, harían bien en leer el libro titulado «Malabaristas Socialistas» que el señor Luis Arrieta Cañas, ha dado a la publicidad.

En un país como el nuestro y en estos días, en que se capa de buen gobierno, se ha llegado hasta fijar por el Comisariato, la fecha de la madurez de la uva y por el Ministerio del Interior, la naturaleza de las comidas que debían ingerirse durante la jornada única, es conveniente que cada ciudadano se ilustre acerca del papel que le corresponde al Estado dentro de un concepto razonable y del que se atribuye por el socialismo, reñido con el sentido común.

Nunca la doctrina liberal que, para denigrarla, los ignorantes de la economía política han llamado «la moral de los almaceneros» o que la confunden todavía con la fórmula del *laisser faire et laisser passer* sostuvo que el Estado no podía intervenir en las actividades industriales o comerciales de un pueblo. Por el contrario, el liberalismo económico reconoció siempre que en el campo de la producción, el Estado puede y debe regentar ciertas empresas que jamás prosperarían en manos de la iniciativa privada.

La doctrina liberal se diferencia de la doctrina socialista en que es constante aspiración de la primera el desarrollo de la responsabilidad individual en vez de suplantarla; en facilitar la expansión de la propiedad privada, en vez de incomodarla, hostigarla o suprimirla, y antes que todo, en permitir que sin tropiezos, el ciudadano despliegue todo su esfuerzo personal en vez de sustituirle por la providencia paternal, pero tiránica, del Estado.

Respecto de la distribución de la riqueza, el liberalismo económico no siente escrúpulos en apelar al Estado para que intervenga en las actividades particulares de los ciudadanos y restrinja y reglamente la libertad natural de los industriales y comerciantes en sus negocios

y en sus tratos. El liberalismo repudia, de manera absoluta, el [illegible] que las cosas crezcan y se desarrollen como ellas quieran. No renuncia, en consecuencia, a la ayuda necesaria de una buena economía gubernativa, que, citémosla como un ejemplo, en Chile acabamos de verla aplicada en la cuestión del trigo, cuando la equitativa intervención del Presidente de la República, zanjó la discordia entre los productores y los industriales.

La matraca del «laisser faire et laisser passer», de quienes persisten en hacerla sonar para desprestigio del liberalismo económico, se quiebra con las puntualizaciones que consigna el autor del volumen tan gráficamente titulado «Majaderías Socialistas».

Los protectores del pueblo, llámense Socialistas Cristianos, o Radicales Socialistas, Democráticos y Comunistas, con todas sus reglamentaciones, no pasan de ser sino unos imitadores del cangrejo. Marchan hacia atrás. Lo que ellos estiman como un progreso político y social engendrado por sus cerebros, ya lo pusieron en práctica los cabildos del siglo XVII, cuando permitían para la curación de los enfermos la infusión de ranas calcinadas y de piedras de araña, y prohibían el consumo de la miel de palma, de la chicha y de los alfajores, como nocivos para la salud.

Las majaderías socialistas, como la estupenda invención del proyecto económico del actual Gabinete, en lo referente a los cánones de arrendamiento de habitaciones que no permite alzarlos, aunque aumente el precio del agua, del gas, del carbón y el sueldo de mayordomos, ascensoristas y porteros, sólo se explican, como escribe el señor Luis Arireta Cañas, porque el pueblo gusta de taumaturgos y de charlatanes.

Siempre fueron admirados por el pueblo esos médicos que recetan tomas para curarle de todos los males, y, con mayor entusiasmo aplauden a los estadistas que califican al buen sentido del liberalismo económico, como «la moral de los almaceneros».

«El Imparcial», 1.° de febrero de 1943.

ENCICLOPEDIA DE CIENCIA SOCIAL ES LA OBRA DEL SEÑOR LUIS ARRIETA CAÑAS

Así la califican destacadas personalidades, con motivo de la publicación del 8.° y último volumen

Los señores Ricardo Dávila Silva, Héctor Rodríguez de la Sotta, Alejandro Silva de la Fuente, José María Cifuentes, Hernán Díaz Arrieta y Valentín Brandau, han enviado la siguiente comunicación al señor Luis Arrieta Cañas, con motivo de la publicación del último volumen de su obra.

«Nuestro muy querido amigo: Ha tenido usted la bondad de enviar a sus amigos el octavo y último volumen de la muy bella y muy útil obra a la cual ha consagrado su vida desde hace quince o veinte años. Es, pues, el momento de hacer llegar el testimonio de nuestra admiración y de nuestro respeto al sabio ilustre y ciudadano ejemplar cuya diligente ancianidad ha venido sirviendo tan noblemente los intereses más altos y más extensos de nuestro país.

«Decimos «más altos y más extensos» porque la obra de usted es, verdaderamente, una enciclopedia en el dominio de la ciencia social, como que en ella se exponen detenidamente y analizan a fondo las opiniones, las grandes corrientes de ideas y sentimientos y los problemas que nos afectan como nación, y que afectan asimismo a tantos otros pueblos de nuestro desdichado mundo de hoy.

«Nada vemos, en realidad, que haya escapado a los exámenes esenciales contenidos en su obra —y quien desee conocer en adelante las condiciones de subsistencia de nuestra civilización occidental, y, al mismo tiempo, los vastos y muy graves peligros con que ella se enfrenta al presente, deberá acudir, como obligadamente, a sus libros. En sus páginas podrá imponerse, en efecto —lo aseveramos con entera seguridad—, de cuantos hechos debidamente observados, de cuantas informaciones luminosamente expuestas y de cuantas ideas afirmativas o negativas necesita posesionarse todo hombre y, con mayor razón, todo ciudadano que quiera pensar en función del bien y la prosperidad de su patria.

«Y este es, precisamente, el aspecto más importante y fecundo de sus escritos: en todos ellos aparece de manifiesto la calidad propia de las obras capaces de enriquecer los espíritus y de señalarles las ver-

dades, a la vez preciosas y elevan, sin el auxilio de las cuales no sería posible detener la marcha de nuestros pueblos hacia la desmoralización y el caos. En este sentido primordial, usted ha hecho lo que se esperaba a su inteligencia, su cultura y su civismo.

«Nosotros, sus amigos y admiradores, le felicitamos, pues, muy afectuosamente, y nos felicitamos de saber terminada su obra y de poder acompañarle en la satisfacción que ello significa seguramente para usted.»

Ricardo Dávila Silva. — Héctor Rodríguez de la Sotta. — José María Cifuentes. — Alejandro Silva de la Fuente. — Hernán Díez Arrieta. — Valentín Brandau.

«El Mercurio» y «El Diario Ilustrado», abril de 1954.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
1-OCT 1957
Secc. Control y Cat.

Esta obra se terminó de
imprimir el 29 de Agosto
de 1957 en los Talleres
de la Imprenta Siglo XX,
Sto Domingo 684,
Santiago de Chile.